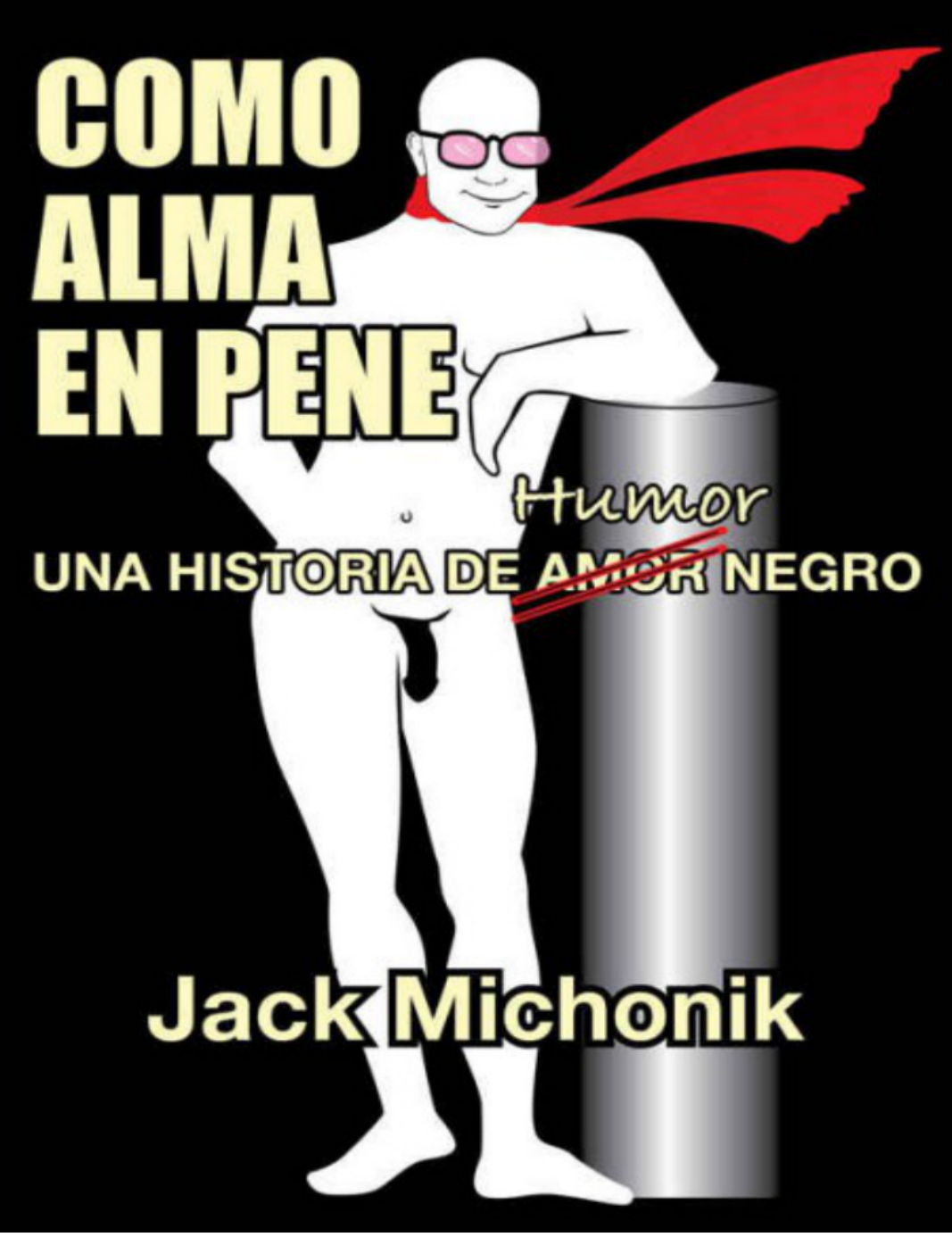
COMO ALMA EN PENE



Humor

UNA HISTORIA DE ~~AMOR~~ NEGRO

Jack Michonik

Todos los derechos reservados por el autor

© U.S. Copyright Office, Registration № TXu1-318-463

Registro de la Propiedad Intelectual, Madrid
Asiento registral 16/2013/8237

Querido lector:

Jamás en la historia de la humanidad se escribió un libro más chistoso que el que estás sosteniendo en las manos, según mi esposa y mis mejores amigos. La opinión de Celia y de mis amigos me halaga, por supuesto, pero sé que no es más que una bienintencionada exageración. Más preciso sería definir esta obra como una crónica bufa en la cual, a ratos, las escenas son un poco subidas de tono.

Si lo obsceno te ofende, suspende en el acto la lectura y devuelve el libro a su lugar; pero si quieres leer algo que te haga reír, continúa.

Como Alma en Pene es mucho más que la insólita historia de un hombre llamado Christian White; es un carnaval de ocurrencias estrafalarias, de rimas divertidas y de juegos de palabras, no siempre aparentes, en castellano casi todos, en otros idiomas de vez en cuando.

En mi afán desmesurado de darle doble sentido a cada palabra y de ponerle colorido a una historia recargada de negro y blanco, estuve a punto de publicar esta obra bajo el seudónimo de Blanca Moreno. Había considerado otros tres nombres igual de claroscuros: Alba Negret, Clara Pardo y Bruno Cano. De los cuatro seudónimos prefería el primero por estimar que White concuerda más con Blanca que con Alba, Clara o Cano. En cuanto a los apellidos, Moreno se me hizo el más cantinflesco. Finalmente, me pudo la vanidad y opté por usar mi nombre verdadero, abrigando la esperanza de que el picante del libro lo haga saltar a la fama.

Jack Michonik

El mérito que esta obra pueda tener se lo debo en gran parte a Susy Dehas, quien se inventó la fascinante historia que aquí relato, y a nuestra común amiga, Minny Ziatiba, quien me alentó a escribirla. Mi profundo agradecimiento también a Larry Saa, sin cuyo aporte este libro no hubiera hecho reír a nadie.

PRÓLOGO

Mohamed Rosenblatt no es tan loco como parece, sino bastante más. Todo es incongruente en ese literato de nariz e inteligencia sobresalientes, principiando por su nombre.

—Es mi madre la que me lo puso —explica Mohamed—. A ella le fascinaban las obras de Shakespeare, en especial *Otelo, el Moro de Venecia*, quien, bien es sabido, era musulmán. (¿Entendiste, querido lector? ¿**O te lo** explico?)

Si el nombre de pila se lo dio su madre, la chifladura la heredó del padre, Cornelio Rosenblatt, un ganadero tejano con una teja corrida. Tan cornudo era Cornelio, que había quienes decían que Mohamed no era hijo suyo, escogiendo ignorar el marcado parecido entre los dos. El viejo Rosenblatt nació bajo el signo de Tauro. Quizá por eso le apasionaban los toros, a pesar de haber sufrido una cornada que le dañó la córnea de un ojo. Cornelio era fuerte como un toro porque comía toronja con toronjil. Siempre se atoraba, pero juraba por la Torá que no había mejor alimento. El rico hacendado vivía feliz en su casa de campo. Ni vacaciones ni bacanales le daban más placer que sus vacas, y si alguien se lo reprochaba, no decía ni mu. Taurófilo

desde niño y tahúr desde que se hizo rico, repartía su tiempo entre la vacada y el bacará. Se mantenía en los corrales, entre las vacas, cuando no estaba en su casa o en el casino. **Casi no** había quien le ganara en los juegos de azar. Era un mago en la ruleta y un as con los naipes. Siempre triunfaba en los juegos de un dado y de dos dados, dados sus ágiles dedos. Un día le dio por jugarse la hacienda con toda su ganadería. Esa vez la suerte no estuvo de su lado y el infeliz cayó en una depresión profunda cuando vio su ganado perdido. Tomó su revólver (marca Colt, por supuesto, con cacha de cacho) y se disparó dos tiros, uno en la mano que había arrojado los fatídicos dados y uno en la sien. Uno en cien jugadores se suicida de esa manera.

Al verse de repente sin marido ni dinero, la viuda se lanzó desvergonzadamente a la vida licenciosa, la cual no le duró mucho, pues al poco tiempo murió de pena inmoral.

Rosenblatt, el hijo, quedó huérfano cuando apenas era un niño de treinta años y medio. Fue por esa época que empezó a escribir.

Conozco a Mohamed Rosenblatt desde hace más de diez años. Para ser exacto, hace veinticinco años. He seguido de cerca su extraordinario desarrollo intelectual. Rosenblatt es un sicólogo innato, un filósofo, humorista y dramaturgo a la vez. Escribe permanentemente. Nadie diría que tiene tanto talento. En efecto, nadie lo dice.

A mí siempre me hace reír. A veces me causa tal hilaridad que se me salen las lágrimas, lo cual es sorprendente, porque nunca dice ni hace nada chistoso. Eso siembra en mí una duda: ¿Está el humor en él y yo lo hallo, o se halla en mí y él me lo saca? Me inclino más por lo primero.

Mohamed suele contar cuentos extraños, mas yo nunca tomo en cuenta cuanto cuento cuenta. Lo considero un genio incomprendido. Sólo él pudo haber escrito una obra tan extraordinaria como la que le sirvió de base a la presente.

Cuando Mohamed Rosenblatt me entregó el manuscrito para que se lo ayudara a pulir, nunca pensé que su obra llegaría a apasionarme a tal extremo que terminaría escribiendo mi propia versión. ¿Cómo resistir la tentación? Tenía ante mí una obra genial; mal estructurada, mal hilada, mal redactada, pero genial. Una obra cuyo inmenso potencial se encontraba aplastado bajo toneladas de razonamientos lógicos que Mohamed lanzaba a diestra y siniestra sin caer en la cuenta de que la genialidad de su obra radica precisamente en las ideas ilógicas, en los personajes ridículos y en las situaciones absurdas. ¡Pobre intelectual desorientado! Yo, que no poseo la inteligencia ni menos aún la erudición de Rosenblatt, tengo lo que tanto le hace falta a él: el sentido de lo armónico y el de la

proporción. Eso me permitió tomar su manuscrito y reescribirlo de nuevo, depurándolo de lo que lo daña y sacando a la superficie el humor que se ahogaba en una sopa de palabrerías.

Rosenblatt no se molestó por el hecho de haber basado yo mi obra en la suya. Por el contrario, se mostró muy contento y me alentó a que publicara el libro. Lo único que me pidió es que intercalara unas palabras aquí y allá, todas absolutamente innecesarias, para esclarecer las partes que él consideraba que no estaban claras. Precisamente por eso accedí a ponerlas, por ser absolutamente innecesarias.

—Quiero que leas esto —me dijo el día que me hizo entrega del grueso cartapacio de papeles escritos en tinta verde chillona.

—¿Qué es?

—Es una especie de autobiografía. Se intitula *Alma en Pena*.

Aquella noche, mientras leía con avidez línea tras línea de palabras verdes, no encontraba en el colorido relato nada que me recordara la vida de Mohamed Rosenblatt, por lo menos como yo la conozco.

—Debes tener en cuenta —me explicó Mohamed un par de días más tarde, cuando nos reunimos para comentar el manuscrito— que la historia que relato no tiene lugar en el mundo real, sino en el mundo como yo lo percibo.

—¿Acaso existe el mundo real? El mundo es como cada cual lo percibe. Cada individuo tiene ***su***mundo, diferente del de los demás —manifesté, dando a mis palabras el tono de seriedad que consideré apropiado para la profundidad del tema.

Me encanta la filosofía barata.

—Te encanta la filosofía barata.

Sonreí. Rosenblatt me conoce como si fuera yo mismo.

—Me conoces como si fueras yo mismo.

—Tú también me conoces como si fueras yo mismo —observó, devolviéndome la frase y la sonrisa—, pero hablemos del manuscrito. ¿Te gustó?

—Me pareció muy... raro —dije, a falta de una palabra mejor.

—¿Qué es lo que no te gustó?

—¿Quién dijo que no me gustó?

—Bueno... ¿Qué es lo que se te hizo... raro?

—Todo.

—Por lo menos ¿te pareció bien escrito?

—No. Yo creo que la obra falla por su estilo. Tienes que deshacerte de tantos comentarios sobrantes y dejar sólo la esencia.

—¡Ajá! —exclamó en tono de aprobación, pero era evidente que no entendía a qué me refería.

—Por esencia quiero decir el humor y la crítica —le aclaré.

—Vamos por partes y concretémonos.

—Está bien.

—¿Por dónde empezamos?

—Pues, si no va contra tus principios, principiemos por el principio.

I

Yehuda Schwartz tenía la impresión de que la mascarilla de tela que le cubría la nariz y la boca le impedía respirar. Sudaba profusamente tras el camisón verde claro que llevaba sobre el traje y de vez en cuando una gotita de sudor rodaba por debajo del sombrerito de la misma tela verde que le cubría la cabeza. Ataviado como estaba, se veía tan cirujano como el médico que se hallaba a su lado.

Dolores estaba tendida boca arriba sobre la cama, las piernas

ligeramente encogidas y abiertas de par en par, en esa indecorosa pose que las parteras determinaron siglos ha que es la mejor para traer niños al mundo.

Las condiciones no son adecuadas para esto gruñó el doctor Kuntz Merlinsky, inclinándose sobre la cama.

No tengo palabras para agradecerte que hayas accedido. Créeme que... que...

Yehuda Schwartz de verdad no tenía palabras.

Sólo por ti lo hago, Yoda. Es tan incómodo aquí; no hay facilidades, no hay asepsia, no hay nada. ¡Uf! exhaló un suspiro de protesta El riesgo se aumenta considerablemente. Recuerda que la obstetricia no es mi especialidad.

Schwartz le hizo una seña rápida con las cejas a la vez que señalaba a la muchacha. "¡Atención, que te oye!", quiso significar con su seña disimulada, pero Kuntz no la vio porque tenía la vista fija en la vagina dilatada. Dolores tampoco vio la seña porque mantenía los ojos cerrados, ni oyó lo que dijo el doctor Merlinsky, pues la infeliz sólo podía escuchar sus propios gemidos, que hubieran sido alaridos si no fuera por la punta de almohada que ella misma se había embutido en la boca.

Agarrada a la almohada con ambas manos, Dolores ahogaba sus gritos en un esfuerzo por ayudar a sus padres a mantener el secreto más guardado de la familia. Era un esfuerzo desperdiciado el de Dolores. Bien hubiera podido gritar a sus anchas, pues si algún sonido alcanzara a salir de la inmensa mansión, quedaría perdido en las veinte hectáreas de jardín que rodean la casona de tres pisos y cuarenta habitaciones.

Cinco meses llevaba la joven sin salir de la mansión. Tan pronto su vientre empezó a inflarse, desapareció de la vista pública.

Está muy delicada les decía el ama de casa a quienes preguntaban por su hija, y agregaba sin especificar la misteriosa enfermedad que supuestamente la tenía reducida al lecho, pero el doctor dice que se va a mejorar.

Dolores estaba pasando la última etapa de su "mejoramiento". Un bebecito procedente del tibio mundo de las tinieblas asomaba la cabeza al bien iluminado mundo de penas y alegrías.

Un poquito más y ya está le decía el doctor Merlinsky a Dolores, quien seguía gimiendo con la almohada en la boca, los ojos cerrados y el rostro empapado de sudor.

Yehuda mantenía la vista fija en Dolores, alternando entre el rostro contraído y la vagina dilatada. Adoraba a su hija y la despreciaba al mismo tiempo. Era ella quien, desde el día en que nació, le había dado los únicos momentos de verdadera alegría que

conoció en la vida; pero ahora, era ella la que había puesto en peligro lo que él con tanto esfuerzo había logrado levantar durante seis lustros de perseverancia: su posición social. Yehuda Schwartz no estaba dispuesto a perderla.

¡Qué diferencia entre el prestante personaje que todos admiraban industrial destacado, patrocinador de obras sociales, mecenas de las artes, influyente en la política, allegado al presidente y el mísero inmigrante que era cuando se estableció en San Quixotá treinta años atrás! Yehuda ni siquiera hablaba el idioma del país cuando llegó a esa conservadora ciudad a fines del siglo diecinueve. No tenía amigos ni dinero, pero cuando este último principió a multiplicarse como por arte de magia, empezaron a aparecer los primeros, igualmente como por arte de magia. Ambos eran indispensables para surgir en la puritana sociedad de la época, donde las pocas familias oligarcas manejaban el país como si fuera su propio negocio.

Varios factores se interponían en la vía del progreso de Yehuda Schwartz. En primer lugar estaba su religión. No había ni una persona que supiera la mínima cosa sobre ella y, no obstante, tampoco había nadie dispuesto a tolerarla. En segundo lugar estaba su nombre, que la gente no podía pronunciar. Venía luego su aspecto físico que, aunque muy agradable por cierto, hacía resaltar su procedencia eslava, lo cual constituía una seria desventaja en el seno de una sociedad xenófoba. Por último estaba su origen desconocido, que se prestaba para conjeturas desfavorables en cuanto a él y a su familia.

Uno por uno Yehuda fue eliminando los obstáculos. El primero fue el más fácil de suprimir. Simplemente, abjuró de su religión y se convirtió. Bueno… no se convirtió formalmente, sino empezó a ir a misa todos los domingos, como un buen católico, antes de que a alguien se le ocurriera que no lo era. El segundo obstáculo no fue tan sencillo de eliminar, pues cuando pensó en cambiarse el nombre ya lo conocían demasiadas personas como Yehuda Schwartz y, peor aún, su nombre figuraba en varios documentos. Optó entonces por presentarse siempre como "Yoda Suars" y la gente se acostumbró a esa pronunciación, más fácil de articular, sin poder determinar el origen del apelativo. Para afianzar la mutación, empezó a firmar "Y. Suars" y a adquirir bienes bajo ese nombre. Con el tiempo hizo "corregir" el apellido "mal escrito" en los documentos viejos, completando de hecho un cambio de nombre sin que nadie lo notara y sin llenar los requisitos legales. En cuanto a su fisonomía europea, logró disimularla a la perfección haciéndose el peinado con carrera al

lado izquierdo y dejándose crecer el bigote y las patillas, conforme a la costumbre local. La ropa elegante que lucía llamaba más la atención que el cuerpo ancho que cubría, y sus anteojos oscuros camuflaban muy bien los ojos claros. La gente sabía —por él mismo— que era rumano, pero en su mentalidad pueblerina lo creían vecino del Vaticano. Para terminar, todas las conjeturas adversas que se hacían sobre él y sobre su familia cesaron definitivamente cuando contrajo nupcias con Doña Consuelo de la Torre de Iglesias, la joven viuda de Don Rodolfo Iglesias, desaparecido en un absurdo accidente: la letrina de su casa de campo se desfondó cuando él la estaba usando. "Rodolfo rodó al fondo de un hueco redondo, hondo y hediondo", explicaba crudamente el mayordomo. "Se lo tragó la tierra", decía Doña Consuelo, sirviéndose de un eufemismo que, de paso, le daba sepultura a su desaparecido marido.

El padre de Consuelo, Don Fortunato de la Torre, uno de los hombres más importantes del país, conoció a Schwartz cuando acababa de llegar a San Quixotá, se dio cuenta de la inteligencia del joven inmigrante, lo hizo su protegido y le confió la administración de una de sus empresas. Cuando Consuelo enviudó repentinamente, Fortunato esperó un tiempo prudencial y concertó el matrimonio de su hija con Yehuda. A su nuevo yerno le dio una participación en sus negocios, lanzándolo de esa manera en su carrera ascendente.

Doña Consuelo no tuvo hijos del primer matrimonio, pero Yehuda le hizo tres en rápida sucesión. El mayor fue Modesto, no de carácter sino de nombre; Dolores la segunda y Enrique el menor. Todos nacieron en la navidad de años consecutivos, pues fueron concebidos en la primavera de años consecutivos, el primero por voluntad, la segunda por casualidad y el tercero por accidente.

Dolores nunca tuvo pretendientes, quizá porque era fea e inteligente, y los varones de San Quixotá, más que en otras partes del mundo, preferían a las mujeres bonitas y tontas. Pero el sol, los hombres y las mujeres son ardientes en aquella remota región de Latinoamérica, y a los veinticinco años de edad Dolores resolvió que no iba a guardar más su virginidad.

Para poner en práctica su resolución, escogió como compañero de lecho al jardinero de la mansión, un negro musculoso de dieciséis años de edad, llamado Inocencio Constantino Vergara. Juzgó que él era el más indicado para desempeñar tan delicada función porque, siendo trabajador de la casa, su presencia no podría llamar la atención. Además, Inocencio era un adolescente ingenuo, recientemente llegado de Machu Picchu, que de hablador tenía poco y de macho mucho.

Con su comportamiento de campesino campechano, el alegre negro de blanquísima dentadura conquistó la simpatía de las

muchachas del servicio. Para acortar su largo nombre lo llamaban por su apellido abreviado, de suerte que Inocencio Constantino Vergara quedó "Verga" para todo el mundo.

Verga cumplía a cabalidad sus funciones, tanto las de jardinería como la otra. Se afanaba por complacer y se ufanaba de lo bien que lo hacía. "Aquí picho mucho más que en Machu Picchu", solía decir. En efecto, tres veces por semana, a las cuatro de la tarde, el fornido muchacho se acostaba con Dolores y se levantaba aliviado. Las relaciones entre la hija de los dueños de casa y el jardinero no hubieran podido llevarse a cabo sin la complicidad de Pura, el ama de llaves. Ella les dejaba usar su pieza y hacía las veces de centinela. "Ni sé por qué lo hago", se preguntaba, temerosa de ser descubierta. "Ruego al Señor que el señor no se entere. Amén. Si mi ama ama al negro y él ama al ama, pues ¡que se amen!"

Durante un año, tres veces por semana, sin fallar ni una sola vez, estuvo Verga entrando en la pieza oscura de Pura, con la verga dura, listo a fornicar con locura. La constancia de Inocencio Constantino mantenía a Dolores constantemente contenta. Fue Pura la primera en sospechar que la señorita de la casa estaba en cinta, pues Inocencio no tenía la malicia para notarlo. Cuando la vieja le contó sus sospechas, el negro se puso blanco del susto y resolvió tomar las de Villadiego. Verga, quien tanto hizo suspirar a su patrona, desapareció para siempre.

Dolores había dejado de gemir. Respiraba profundamente sin quitarse la almohada de la boca y continuaba con los ojos cerrados. Fue el llanto de la criatura el que se los hizo abrir. Frente a ella vio, colgando de los pies, el cuerpo oscuro y mojado de su hijo. Su apariencia produjo una conmoción, una especie de ola electrificante que afectó a cuantos se encontraban en la habitación.

Empapado de sudor, el doctor cambió de color. "¡Qué horror!" exclamó con estupor. Para Dolores fue tal el golpe, que se le esfumaron los dolores de golpe. Miró a Yehuda y se quedó muda. "¡Ahora no hay duda!" dijo Enrique, mordiéndose el meñique. "¡Y tenía tan buena fama! La creíamos una dama." Sulama, la mucama, se retiró de la cama. ¡Qué drama! "¡Dios mío! ¿Qué es esto?" gritó Modesto desde su puesto. El suceso funesto lo había indispuesto y se sentía indigesto. No es que Modesto fuera tan honesto, por supuesto, sino que para esto no estaba presto. Al ver ese revuelo, Consuelo soltó su pañuelo, se haló el pelo en gesto de duelo, alzó los ojos al cielo y se desplomó por el suelo. “¡Y yo soy el abuelo!” gimió Yehuda, quien ante la pena aguda, no sabía a quién pedir ayuda.

La causa de la conmoción era el color del recién nacido, algo entre café y gris oscuro.

—¿Será que está morado por el parto? —balbuceó Yehuda.

—Pues… —contestó Kuntz, sin verdaderamente contestar.

Nada podía cambiar el hecho: Definitivamente, el niño no era de raza blanca.

—¡Por Dios, Dolly! ¡Como si haber quedado embarazada no fuera suficiente!

—Ahora no, por favor, Yoda —imploró Consuelo.

Yehuda caminó nervioso de un lado al otro de la espaciosa habitación.

—¿Y qué hacemos ahora? Adam no va a querer recibir al niño.

—Págale más —sugirió Modesto.

—Ni pagándole más lo haría. El problema no es la plata, sino el niño. No podría hacerlo pasar como suyo.

Schwartz se refería al profesor Adam White, un humanista profesional—nadie sabía exactamente qué era un humanista profesional, ni si eso tenía que ver con su título de profesor— que había llegado de Nueva Escocia unos cinco años atrás y se disponía a regresar a su helado país en los próximos días. En su calamitosa situación, Yehuda veía en Adam White un enviado del cielo. Más de diez años llevaba Adam tratando de preñar a su esposa, Fecunda, cuando el astuto ricachón, muy discretamente, le hizo la propuesta.Los White tomarían a la criatura próxima a nacer —de cuya existencia nadie debía enterarse— y se la llevarían a Nueva Escocia, donde la harían pasar como la suya propia. Junto con el bebé recibirían también una fuerte suma de dinero.

—¿Y ahora qué hacemos? —seguía preguntando Yehuda Schwartz a las cuatro de la mañana, rodeado de sus más allegados.

Había sido una noche cargada de emoción. La pasaron meditando y discutiendo, a veces en parejas y a veces todos a la vez. Cada uno opinaba sin escuchar lo que los otros decían, mientras el viejo Schwartz caminaba de un lado al otro y repetía periódicamente la misma pregunta.

—¿Y ahora qué hacemos?

Fue el doctor Merlinsky, el renombrado médico de San Quixotá —más famoso por sus tratamientos poco ortodoxos que por sus curaciones— el que salió con la idea.

—Pintaremos al niño de blanco.

Todos fijaron su atención en Kuntz Merlinsky.

—¿Pintar?... —preguntó incrédulo Justiciano Paz, abogado de los Schwartz y confidente de Yehuda.

—¿De blanco?... —tartamudeó Enrique.

—¿Al niño?... —susurró Modesto, sin salir de su consternación.

—Eso no se puede hacer. Es imposible —protestó Doña Consuelo.

—Yo sé cómo —aseguró Kuntz.

—No se puede cubrir el cuerpo humano con pintura. No existe tal cosa —intervino el abogado.

–Así es –asintió Consuelo, y los demás la secundaron con expresiones de aprobación.

—¿Qué saben ustedes? —los calló el galeno, levantando su voz por encima de las otras— ¿Acaso estoy hablando de pintura común y corriente? Ni siquiera estoy hablando de pintura —bramó indignado. Luego, bajando de tono y poniéndole algo de misterio a la voz, continuó—: Estoy hablando de un líquido de propiedades extraordinarias, de una substancia *sui generis* que yo desarrollé, pero no así no más, sino tras veinticinco años de estar comparando el pellejo de las gallinas con la cáscara de las papayas; veinticinco años de estar investigado el efecto de las verduras sobre las plumas de las aves y el efecto de los olores sobre el color del pelo de los humanos; veinticinco años de estar estudiando cómo la luz y la oscuridad influyen en la epidermis de los niños de padres divorciados. Cuando la revele al mundo, mi fórmula secreta revolucionará los fundamentos de la química inorgánica.

Todos se quedaron mudos, los ojos fijos en el doctor Merlinsky. Al cabo de unos segundos, Yehuda fue el primero en reaccionar.

—Es demasiado arriesgado —dijo—. La pintura se puede pelar.

—Ni se pela ni se desgasta ni le hace daño al niño, cuando se aplica en horas de la noche, con la mano izquierda, en sentido oeste-este —dictaminó autoritariamente el doctor—. Déjamelo a mí. Yo me hago responsable.

No fue fácil convencer a Yehuda Schwartz, pero el viejo terminó aceptando la insólita propuesta, más por desesperación que por convicción.

Al caer la noche del día siguiente, el médico aplicó al cuerpito de la tierna criatura el mejunje de su invención, un líquido incoloro que llenó la alcoba de un aroma agradable, muy parecida a la de vainilla. Merlinsky aplicaba la substancia con una brocha de afeitar, bajo la luz de una vela. Como por arte de magia, la piel del bebecito se tornaba blanca al contacto con el oloroso mejunje. Confiado en sí mismo, Kuntz se cuidaba de no utilizar la mano derecha ni de dar los brochazos en sentido contrario al de la rotación de la tierra.

El genial Merlinsky había sometido su invención a las pruebas más rigurosas —siempre con éxito—, salvo a la prueba del tiempo, la cual sólo se puede realizar con el transcurso de los años.

Estaba convencido de que su pintura mágica no se podía desgastar. ¡Qué equivocación!

El niño fue entregado a los White en una noche negra, sin luna ni estrellas, cuando la ciudad dormía, pocas horas antes de que el profesor y su esposa abordaran el navío que habría de llevarlos de regreso a su tierra. Justiciano Paz lo había cargado envuelto en una frazada verde —color de la esperanza, decía Consuelo— y lo había depositado cuidadosamente en los brazos de Fecunda, quien lloró de emoción. ¡Por fin tenía el hijo que nunca pudo concebir!

El profesor White se fue sin despedirse de nadie, sin dejar amigos ni enemigos en la ciudad donde vivió cinco años. Dejó, eso sí, una vívida impresión entre los habitantes de San Quixotá, quienes habrían de recordarlo por su alta figura, siempre ataviada en ropa vieja y estrecha que alguna vez estuvo de moda, pero ciertamente no cuando él la usó.

Adam y Fecunda White llegaron a Nueva Escocia rebosantes de felicidad. Su dicha se debía a la criatura que había llenado sus vidas, aunque la bolsa que les había llenado Yehuda también tenía que ver con su buen estado de ánimo.

Bautizaron a su hijo con el nombre de Christian, y ni el agua bendita que le derramó el cura en la cabeza lo hizo desteñir.

Podría decirse que Christian era un niño lindo, pero no se estaría diciendo la verdad. Tampoco sería justo decir que era feo, por supuesto. "Rara" sería una buena palabra para describir su apariencia, aunque tal vez no la mejor. Christian era un niño blanco, sumamente blanco, demasiado blanco, de cabello castaño rizado, ojos pardos e inquisitivos, nariz chata y labios gruesos dispuestos siempre a sonreír. Su rostro denotaba con frecuencia una expresión de curiosidad. De su abuelo materno que nunca conoció y que ni siquiera llegó a saber que tuvo, heredó las orejas y el pene grandes, por no decir nada de la inteligencia. Fecunda consideraba que esas cosas grandes habrían de serle útiles a su hijo en la vida. Las orejas, porque le permitirían captar mejor lo que ocurriere a su rededor, y el pene y la inteligencia por razones obvias. Christian era extrovertido y hablador, lo cual, en un chico de cuatro años, podía tomarse como un rasgo positivo.

Fecunda, quien durante quince años de matrimonio no había podido quedar embarazada, adoraba a ese hijo que ella no vio nacer y a quien todos tomaban por el suyo.

—¿De dónde salió tan blanco? —le preguntaban las amigas.

—De mi matriz —contestaba con candor.

—Del candor de Fecunda —contestaba Adam White cuando la pregunta iba dirigida a él.

Preocupada por la extraordinaria blancura de Christian, Fecunda lo llevó al doctor Howard Yuh, uno de los mejores dermatólogos de la ciudad.

—No es nada, mi señora —le dijo el médico después de examinar al niño—. Verdad que su color es muy... lechoso, pero no tiene nada de anormal. Es un chico sano, puede estar usted tranquila.

—¿No es albino?

–Al pan, pan y al vino, vino. No es lo mismo ser muy blanco que ser albino. Si fuera albino tendría el pelo blanco; las pestañas y las cejas también.

—Entonces ¿a qué se debe que sea tan blanco?

—Herencia, probablemente. ¿En su familia no hay gente muy blanca? ¿o en la de su marido?

Fecunda reflexionó unos instantes. En verdad, no sabía cómo eran los parientes de Christian. Por el lado del padre eran totalmente desconocidos para ella, y por el lado de la madre no había nadie blanco en especial, aunque Yoda, el abuelo del muchacho, era tan extraño... ¡Vaya a saber cómo serían sus antepasados! De repente tuvo un pensamiento que le erizó la piel. Le llegó como una

revelación. ¡El niño era el fruto de la unión entre Dolores y un ángel!

—Señora —dijo el médico tomándola del brazo— ¿se siente bien?

—Ah... sí, sí. Disculpe. ¿Me decía?

—Le preguntaba si en su familia, o en la de su esposo, no hay gente muy blanca.

—Tal vez sí, en la de mi marido, pero no hasta tal punto —dijo por salir del paso.

—Ahí lo tiene, mi señora. Usted sabe, las características hereditarias se transmiten por los genes y pueden pasar de generación en generación sin manifestarse, hasta que un buen día aparecen, cinco o diez generaciones más adelante.

Fecunda nunca le contó a su marido sobre el pensamiento que tuvo. Sabía que él lo rechazaría de plano, reprochándola por considerar semejante ocurrencia. Pero en el fondo de su corazón ella estaba segura. ¡Christian era el hijo de un ángel! Eso explicaba su blancura suprahumana, su pureza celestial.

Nunca se supo el motivo por el cual la piel del chico se cubría periódicamente de unas manchitas oscuras, redondas y equidistantes que lo hacían ver con el pijama puesto cuando estaba desnudo. El brote −que causaba escocimiento en el niño y migrañas en la madre− desaparecía al contacto con aceite de oliva, como descubrió accidentalmente Fecunda un día que estaba preparando una ensalada. De ahí en adelante, tan pronto aparecían las primeras manchas, Fecunda bañaba a Christian en aceite, tanto para limpiarle la piel como para aliviarse ella su migraña, aun arriesgándose a dejar caer al suelo a su hijo resbaloso. El profesor White atribuía las manchas oscuras a alguna sensibilidad que el niño había traído del trópico y que los vientos helados de Halifax exacerbaban. Según él, el aire de Nueva Escocia causaba escocimiento. Algo de cierto habría en eso, pues, en efecto, cuando la familia se trasladó a los Estados Unidos, las manchas jamás volvieron a aparecer; los dolores de cabeza de Fecunda, tampoco. La migración acabó con la migraña.

Adam y Fecunda White dejaron la ciudad de Halifaxde la misma manera como habían llegado: en barco, con buen dinero en la cartera —obtenido más por un golpe de suerte que por la habilidad del profesor White— y fe en el futuro. Estaban contentos de abandonar las costas de Nueva Escocia e irse para siempre de esa tierra que no era ni Escocia ni nueva. Los White nunca pudieron volver a integrarse a la sociedad de su tierra natal después de haber vivido en el cálido ambiente de San Quixotá, donde la gente —mezcla de indígenas, negros y españoles— lleva fuego en las venas, música en la sangre y pasión en el corazón. En su frío país el profesor White no había encontrado lo que buscaba —él mismo no sabía exactamente qué— y

estaba convencido de que en los grandiosos Estados Unidos de América habría de hallarlo. Nueva York, con su ritmo acelerado y su población de toda procedencia, de todo tipo racial y de todo fondo cultural, lo hizo sentir a gusto desde el principio.

Los White se instalaron en Long Island, donde encontraron una casa adecuada para sus necesidades. Las primeras memorias que Christian tuvo de su infancia se remontan a esa época, en la casita de Marimba Street, donde jugaba con su perro *dauchshund*, y se pasaba horas mirando a través de la ventana de su alcoba (la alcoba de Christian, no la del perro, fue la primera aclaración innecesaria que Mohamed Rosenblatt me pidió intercalar).

La vida era monótona pero agradable en aquel apacible poblado de Long Island, con sus casas bonitas, todas con jardín y garaje para uno o dos automóviles. A ambos lados de las calles anchas y limpias, árboles frondosos proyectaban su sombra acogedora.

La casa que Adam White había comprado tenía la curiosa particularidad de ser más grande por dentro que por fuera, dándole cabida a cuatro alcobas amplias, tres baños, una sala con chimenea, una cocina bien equipada y varios closets grandes. Además, era la casa más bonita de la cuadra. A Fecunda se le hacía ideal. Era calientita y tenía rincones sumamente placenteros (la casa, no Fecunda, fue la segunda de las aclaraciones de Mohamed, a las cuales el lector se tendrá que acostumbrar). Lo que más le gustaba a Fecunda era que la tina del baño de Christian era azul, lo cual evitaba que el blanquísimo cuerpo del niño se confundiera con el fondo, como ocurría cuando lo bañaba en la tina blanca de la casa de Halifax.

Junto con la casa de Marimba Street recibieron al perro de ñapa. Se llamaba Frankfurter y parecía una salchicha con patas.

—Yo me voy a vivir a un edificio de apartamentos donde no admiten perros, así es que, si ustedes quieren, pueden quedarse con él —les dijo el vendedor del inmueble.

Adam y Fecunda aceptaron el ofrecimiento por darle gusto a Christian. El chico gozaba de "montar a caballo" sobre el pobre animal, lo cual seguramente no era tan divertido para el perro, pero perro y amo se mantenían juntos no obstante el maltrato que el segundo le daba al primero.

Cuando veía su imagen reflejada en un espejo, Frankfurter se excitaba y principiaba a saltar. Cristian y su madre reían a carcajadas viendo al can bailar con su imagen. Al espectáculo ése le pusieron el nombre de *can can*.

Sentado en el tablado y comiendo helado con Frankfurter a su lado, Christian se entretenía viendo televisión. Generalmente la miraba por las mañanas porque presentaban dibujos animados. Una tarde vio por casualidad algo que lo impresionó sobremanera: lucha

libre. Dos hombres grandes y musculosos se torcían los brazos y se daban patadas. En cierto momento uno alzó al otro, lo arrojó al piso, se le arrojó encima y antes de que el hombre pudiera reaccionar empezó a levantarse y dejarse caer con fuerza sobre él. Una y otra vez le caía encima con todo su peso, mientras el luchador postrado, en vez de defenderse, gemía y hacía teatrales gestos de dolor.

—¡Mami! —gritó Christian aterrorizado— ¡Un señor está matando a otro!

Fecunda corrió desde la cocina y sonrió al ver la pantalla.

—Es un púgil —dijo.

—¿Púgil?

—Sí, porque es ágil y puja. Pero, mi amor, ¿para qué miras eso? Apaga el televisor.

Fecunda lo dijo sin prestar atención, pero de esas palabras, como de todo lo que ella o su marido le decían, el niño sacaba conclusiones que iban más allá de lo que sus padres querían significar. En esta ocasión, por ejemplo, el pequeño Christian aprendió que ante la presencia de algo desagradable, lo único que tenía que hacer es no mirar. A lo largo de su vida no dejó de aplicar el principio: las situaciones que causan preocupación, vergüenza o dolor pueden eliminarse simplemente... apagando el receptor.

A eso de las siete de la noche, el mismo día en que los White se pasaron a su nueva residencia, se presentó en la puerta de la casa la señora Ingrid Bravoleone. Ingrid era una rubia grande y fuerte, danesa de origen, que debía su apellido italiano a su marido, un rico negociante en obras de arte que repartía su tiempo entre Nueva York y el viejo continente.

—Buenas noches —saludó con una amplia sonrisa cuando Fecunda le abrió la puerta—. Yo soy Ingrid, su vecina. Vivo en la casa de al lado, la de la verja blanca. Vine a darles la bienvenida.

—Muy amable, señora. Siga, por favor.

—Gracias. Espero que les guste —dijo extendiendo el plato que traía y sobre el cual una reluciente torta de chocolate hacía salivar al pequeño Christian—. La hice yo misma —añadió.

—Muchísimas gracias. No debía haberse molestado. Mira Chris: ¡Qué linda torta!

—¿Es su hijo menor?

—Es mi hijo único.

—¡Qué mono! Parece un ángel.

"Hijo de ángel", pensó Fecunda.

Christian miró a la señora Bravoleone y algo en ella le infundió miedo. Quizá fueron los ojos azules, penetrantes y fríos.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Ingrid con voz melosa.

—Chinco —contestó la criatura levantando su manita con tres dedos extendidos.

—¡Uy, qué grande! —exclamó la señora, riéndose de la gracia del chico que, dicho sea de paso, no tenía ni tres años ni cinco, sino cuatro.

Ingrid Bravoleone no había traído la torta sólo como un gesto de buena voluntad, sino para ver de cerca a sus nuevos vecinos y averiguar lo que pudiera sobre ellos. Al concluir su visita quedó satisfecha. Los ocupantes de la casa eran blancos, cristianos y cultos. Ahora podía permitir sin recelo que su hijo Placido jugara con el pequeño Christian.

—Mi hijo tiene más o menos la misma edad —le dijo Ingrid a la señora White—. Estoy segura de que van a entenderse bien.

En efecto, los dos se entendieron divinamente bien. No sólo eran vecinos, sino que eran los únicos chicos en la cuadra. Pasaban gran parte del tiempo juntos, bien en el *kindergarten*, bien en la casa de uno distrayéndose con sus juguetes, o bien en el jardín de la casa del otro jugando con el perro *dauchshund*.

De plácido, Placido no tenía nada. Chicos traviesos hay en

todas partes, pero traviesos como Placido, pocos. No se le podía dejar solo ni un minuto sin que hiciera un daño. En su casa ya había perforado todos los cuadros al óleo con su juego de dardos, pintado las paredes con lápices de colores, inundado el baño del segundo piso para observar el chorro de agua cayendo en cascada por las escaleras, limado las cuerdas del piano para escuchar el gracioso sonido que hacían al reventarse y arrojado las copas de cristal por la ventana, una por una, para verlas explotar contra el pavimento.

—¡Dios mío! ¿Qué hice paramerecerme esto?—chillaba Curzio Bravoleone, el padre de Placido, mientras se arrancaba en desesperación los pelos que aún le quedaban en la cabeza.

Las chismosas del barrio decían que la calvicie prematura del señor Bravoleone se debía más a los disgustos que le causaba su hijo que al exceso de virilidad, como lo insinuaba su esposa a cada rato. Curzio se dejaba crecer largo el cabello a los lados de la cabeza y se lo peinaba hacia el centro, donde no tenía ni un pelo. Con frecuencia su mujer lo miraba hacerse el elaborado peinado y exclamaba: "¡Qué cursi, Curzio!"

Es de suponer que la Divina Providencia velaba por la seguridad de Placido Bravoleone, de otra manera no podría explicarse cómo salía ileso de algunas de sus travesuras, como cuando se colgó de la lámpara del comedor, se lanzó de la ventana del segundo piso usando un paraguas como paracaídas, o incendió el sofá de la sala y, de paso, su camisa también.

Christian no era travieso y ejercía sobre Placido una influencia moderadora. Los dos amiguitos estaban a gusto en su mutua compañía, se comunicaban bien y no comprendían por qué los padres de Placido se enfadaban con frecuencia.

A Placido le gustaba más jugar en su casa, pero la señora Bravoleone prefería que los chicos jugaran en la casa de Christian para que fuera la vecina y no ella la que tuviera que aguantar los daños que causaba su hijo. Christian también prefería jugar en su propia casa, no porque hubiera más que hacer allá, sino porque le tenía miedo a la madre de Placido. Ingrid era una mujer grande. A Christian se le hacía que era la mujer más grande del mundo y, además de grande, malvada; por eso —creía él— regañaba tanto a su amigo (al amigo de Christian, no al de ella, aclara Mohamed). Muchas veces, estando los chicos en la sala sin molestar a nadie, entraba la señora Bravoleone y pegaba unos gritos horribles simplemente porque habían derramado unas gotitas de tinta en el tapete persa —¡como si se notaran entre todos esos dibujitos!pensaba Christian— o habían roto algún jarrón de porcelana que, a entender del niño, de todas maneras no servía para nada. La señora Bravoleone abría grandes los ojos, ceñía a Placido por el brazo (a Christian le parecía que le enterraba las uñas) y con los

labios apretados, hablando entre dientes, le decía, primero quedamente y luego a gritos:

¡Qué hiciste! ¡Salvaje! ¡Troglodita!

Christian no sabía lo que quería decir troglodita, pero estaba seguro de que su amigo no era eso. Tampoco era un salvaje. Ella era la salvaje. Le pegaba a su amiguito. A él no lo tocaba, pero le lanzaba miradas de odio y los gritos que daba también iban dirigidos a él. Placido se echaba a llorar a moco tendido y Christian, haciendo un esfuerzo por contenerse, se ponía a sollozar.

Relacionando a Ingrid con los luchadores que había visto en la televisión, le preguntó a Placido en cierta ocasión:

¿Tu mamá es púgil?

No, es danesa.

¿Eso es como púgil?

Danesa es que viene de Dinamarca, un país que hay.

¿Y a todas las danesas les **dan esas** furias?

¿Cuáles?

Las que le dan a tu mamá.

Puede ser... Las danesas son muy fuertes.

Y grandes.

Mi abuelo es más grande que mi mamá. Cuando era joven era famoso por su fuerza.

Entonces era púgil.

¿Qué es eso?

Grandotote y forzudo.

Pues sí. Él era un gran danés.

En los días más calurosos del verano, Ingrid Bravoleone solía realizar sus trabajos domésticos en ropa interior, haciendo caso omiso de la presencia de los niños. Para ella era lo mismo que estar sola, y rondaba por la casa descalza, con sólo los calzones y el sostén. Vestida de esa manera, o, mejor dicho, desvestida de esa manera, era cuando Christian le tenía más terror, pues le recordaba a los luchadores de la televisión y le parecía que si llegara a darle uno de sus ataques de furia, le rompería los huesos tanto a Placido como a él.

La ocasión que habría de demostrarle a Christian que su vecina era en efecto una amazona, una especie de terrible gladiador, no tardó en presentarse. Cierto día, a eso de las cuatro de la tarde, se hallaban los niños en la pieza de Placido cuando oyeron llegar al señor Bravoleone en su automóvil. Se entretenían armando una torre de cubitos plásticos y, justo cuando estaban a punto de terminarla, la torre se derrumbó. Placido se puso a reconstruirla sin lamentarse siquiera. Christian no tenía paciencia y se acostó en el piso a descansar. Fue entonces cuando oyó unos ruidos que le llamaron la atención. Se puso de pie y salió en silencio de la habitación. Su amigo

seguía armando la torre. Christian escuchó voces que provenían de la alcoba de la señora Bravoleone y se encaminó sigilosamente hacia allá. No se atrevió a entrar, por supuesto, pero desde la puerta entreabierta pudo observar una escena dantesca que a tal punto habría de impresionarlo, que no pudo librarse de recrearla en su mente todos los días durante mucho tiempo, y que por las noches lo atormentaba en forma de pesadilla.

Curzio Bravoleone estaba completamente desnudo □seguramente también era luchador□ y acababa de montarse sobre la inmensa cama del cuarto, en el centro de la cual la señora Bravoleone lo esperaba, igualmente desnuda, con los brazos abiertos, lista a triturarlo. Los dos se pusieron a revolcarse en la cama de una forma espantosa. Evidentemente, no iba a ser una pelea fácil. El señor Bravoleone dijo algo entre gruñidos e Ingrid se puso a llorar. Sonaba como si estuviera riéndose, pero Christian sabía que estaba llorando. "¡Bravo, está perdiendo! Se lo merece", pensó. Los deseos de Christian aparentemente se iban a realizar, porque el señor Bravoleone, quien también era grande y fuerte, después de forcejear un rato logró dominar a su esposa y colocársele encima. Entonces se dio a la tarea de matarla, aplastándola rítmicamente, como el púgil de la televisión. Una y otra vez se incorporaba y se dejaba caer sobre su mujer, sin darle tregua, acelerando el ritmo paulatinamente. A ratos le mordía la boca para impedirle gritar. Ingrid debía estar sintiendo un dolor atroz, pues gemía todo el tiempo. Curzio sudaba, lo cual indicaba cuánta fuerza hacía. Pocos minutos después su cuerpo brillaba empapado de sudor. Era una escena pavorosa. Christian sintió un escalofrío correrle por la espina dorsal. La señora Bravoleone debía estar exhalando su último suspiro. ¡Pero no! Cuando Christian creía que la lucha estaba a punto de finalizar, Ingrid logró desprenderse de su contendiente y, como resucitada, empujó al señor Bravoleone a un lado y se le montó encima. Todo había cambiado de repente. Ahora era Ingrid la que dominaba la situación y estaba matando a su esposo. Utilizaba el mismo sistema que él había intentado minutos antes, es decir, la rítmica trituración. Lo que más desconcertó al chico era que Curzio no intentaba defenderse. Tal vez estaba exhausto por el esfuerzo que había hecho, si es que no se había desmayado. Si Curzio no reacciona rápidamente −se dijo Christian− está perdido. Ingrid seguía triturándolo. Se veía que ella iba a ganar. Esa malvada siempre ganaba.

El pequeño Christian no tuvo el coraje de ver el final. Además, temió que después de la pelea, si Ingrid descubría su presencia, querría acabar con él también. Se retiró, pues, tan sigilosamente como había venido, profundamente impresionado y confundido. Estaba lejos de sospechar que él también, algún día,

llegaría a ser un gran luchador.

I V

Los padres de Christian invirtieron mucho esfuerzo en la educación de su hijo. El profesor White lo matriculó en una escuela privada cuando tenía seis años (Christian era el que tenía seis años, aclara Mohamed Rosenblatt). A pesar de que la escuela era muy

costosa y quedaba lejos de la casa, los White la prefirieron a la escuela pública que quedaba a sólo dos cuadras y no costaba nada.

Cuando fecunda le contó que tendría que ir a la escuela, el chico se lanzó al suelo en un ataque de rabieta.

—¡No voy a ir! ¡No voy a ir! ¡No y no y no!

—Levántate del piso, que te piso; y déjate de iras, que irás.

Christian protestó, lloró y pataleó. Sus protestas, lloradera y pataleo no le sirvieron de nada. Sin embargo, logró arreglárselas para aplazar por un día el temible momento de ingresar en la escuela. Muy temprano en la mañana, antes de que Adam y Fecunda se levantaran, Christian salió de la casa y se escondió encaramándose en un manzano que había en el jardín. En vano lo buscaron sus padres. Tan alto y silencioso se mantenía, que ni el mismo Frankfurter se apercibió de su presencia. Ahí donde Christian meó él husmeó, pero mirar hacia arriba no se le ocurrió. Tampoco a Adam se le ocurrió, no obstante que de casualidad cayó una manzana a su lado cuando pasaba por ahí. Contrariamente a Newton, la caída fortuita no lo inspiró. Frankfurter examinó la manzana de Adam y siguió su camino.

A eso de las tres de la tarde, cuando el profesor White se hallaba en la comisaría dando parte de la desaparición de su hijo (no entregó parte de nada, rectifica Mohamed, sólo informó a la policía), Christian bajó del árbol y entró en la casa, sucio, cansado y hambriento. Frankfurter saltó y ladró de alegría.

Al día siguiente Adam y Fecunda madrugaron más que Christian; por las malas lo bañaron y vistieron, y a la fuerza lo metieron en el automóvil. Fecunda conducía. Adam sujetaba al chico en el asiento de atrás, a la vez que trataba de esquivar mordiscos y patadas. Fue así como Christian llegó a la Escuela María Montessori un día después de haberse iniciado el año escolar. Adam y Fecunda lo arrastraron hasta la clase para dejarlo en manos de la profesora de grupo.

—¡Qué niño tan mono!—exclamó ésta cuando se lo presentaron— Parece un ángel.

"Hijo de ángel", pensó Fecunda.

—Un diablo, por ratos—dijo Adam.

Christian se quedó lelo mirando a la profesora que le decía:

–¡Qué bueno que vas a estar en mi clase, Christian! Espero que te guste.

–Yo espero –contestó Adam en lugar de su hijo.

–Le gustará –aseguró Fecunda al ver que su hijo iba a entrar en una clase de primera de la primaria que era de primera clase.

En efecto, Cristian se sintió a gusto desde un principio gracias a la afabilidad de la señorita Darlene Honeymatch, la maestra de grupo. Todos los niños la adoraban. Darlene era una dulce joven de

veinte años, delgada y bajita, rubia de grandes ojos claros y preciosa sonrisa, que trataba a sus pequeños alumnos como si cada uno fuera su mejor amigo. Christian quedó fascinado con ella desde el momento en que la vio, y todos sus temores se esfumaron como por encanto.

Cinco días por semana Adam lo llevaba a la escuela, de camino a su trabajo, y lo recogía por las tardes, de regreso a su casa. Nadie sabía exactamente en dónde trabajaba el profesor White, qué hacía, ni de dónde venía el título de profesor que infaliblemente precedía su nombre como el relámpago al trueno. "Soy un humanista profesional", solía decir, pero no había quien supiera qué es un humanista profesional y nadie se atrevía a preguntárselo por temor de ofenderlo.

Adam dedicaba largas horas a enseñarle a su hijo su percepción humanística del mundo y a señalarle la diferencia entre lo que es y lo que debiera ser. Armado de una paciencia infinita trataba de explicarle al chico los principios básicos de materias que no se enseñan en la escuela, como urbanidad, etiqueta, higiene, gastronomía, juegos de mesa, lógica y ciertos aspectos de la religión. Christian, quien apenas tenía seis años, no captaba gran cosa de lo que su padre le explicaba. "Algún día comprenderás mis palabras, hijo", le decía el profesor White, y para sus adentros pensaba: "Ahora no entiendes ni un culo".

El humanista también se esmeraba en inculcarle a Christian el amor por la música. Le hacía escuchar las obras clásicas más brillantes, en especial las de Tchaikovsky, su compositor favorito, abrigando la esperanza de provocar en el niño la misma pasión por la música que él sentía. Las sesiones de música tuvieron el efecto contrario y Christian, en vez de pasión, desarrolló una aversión por la música que habría de durarle toda la vida.

También desarrolló en poco tiempo un gusto por la escuela que, si bien complacía a sus padres, los dejaba perplejos. A diferencia del primer día de desesperada oposición, el chico apuraba a su madre por las mañanas para que lo vistiera y le diera el desayuno, y luego se iba a esperar a su padre en el automóvil, acosándolo con la bocina si tardaba en llegar.

El entusiasmo del pequeño alumno se debía a su profesora de grupo. Para Christian, Miss Honeymatch, o Match solamente, como la llamaban los niños, era mucho más que una agradable maestra. El chico la admiraba, le encantaba que lo felicitara por sus trabajos, y competía con los otros niños por su atención. Hasta tal punto llegaba su fascinación por ella que la hacía sentir incómoda. Toda una mujer adulta y tenía que bajar la vista cuando sus ojos se topaban con la mirada de enamorado que ponía el mocoso de seis años. En los pintarrajos infantiles que a diario dibujaban los niños, Christian

frecuentemente pintaba una mujer de cabellos amarillos. Desde un principio Darlene intuyó que podía ser ella misma, y confirmó sus sospechas cuando cayó en la cuenta de que el color de la blusa o de la falda en el dibujo siempre coincidía con el de la ropa que ella estaba usando. Si Christian supiera escribir, seguramente le enviaría misivas de amor.

—Match, yo te quiero mucho —le dijo Christian en cierta ocasión.

—Yo también te quiero, Christian —contestó ella tratando de darle a su voz un tono de indiferencia.

Un segundo después le pesaba no haber agregado: "Quiero a todos mis alumnos".

Varias veces pensó la señorita Honeymatch llamar a Fecunda para hablarle de su hijo (el de Fecunda, aclara Mohamed), pero no lo hizo. Lo que finalmente la motivó a llamarla fue el incidente que ocurrió una tarde cuando se encontraba sola trabajando en su escritorio.

—Match...

La voz le hizo levantar la vista. Christian estaba de pie a su lado. Tan silenciosamente se le había acercado que no había notado su presencia.

—¿Qué pasa, Christian?

—Señorita...

—¿Sí?

—¿No te disgustas si te digo una cosa?

—Pues, depende, Christian.

—Tú me dijiste el otro día que me quieres, y yo también te quiero mucho, entonces...

El niño calló y tragó saliva.

—Di.

—¿No te vas a enojar?

—Habla, pues. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Quiero casarme contigo.

La cándida declaración la dejó confundida.

—Pero, Christian, eres... somos muy chiquitos para pensar en casarnos.

—No importa. Yo te puedo esperar.

Darlene tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. La mirada límpida del chico le ayudó a poner cara de disgustada.

Miss Honeymatch decidió que esta vez tenía que llamar a la madre de Christian. En vez de ella, fue el profesor White quien acudió a la cita.

—¡El niño se quiere casar conmigo! —le dijo sin rodeos.

—¡Qué gracioso, Miss Match!

Imagínese usted: ¡Una criatura enamorada de un adulto!

¿Y qué tiene de malo?

¿Le parece eso normal? Yo le recomendaría llevar a Christian donde un siquiatra. Un desorden mental por cualquier rendija se cuela, y no queremos que la escuela le deje secuela. Me apena decírselo, señor White, pero creo que debería buscar otro colegio para el niño, porque aquí mi presencia lo perturba.

Más le fastidió a Adam White que lo hubieran llamado "señor" en vez de "profesor", que lo que le dijeron de su hijo. No veía ningún motivo para preocuparse por Christian. ¿Qué le reclamaban? ¿que el chico expresaba sus sentimientos? Eso era precisamente lo que el humanista quería que hiciera. Para el año próximo matricularía a Christian en otra escuela. No escaseaban lugares donde pudiera obtener una buena educación. Si la Escuela María Montessori no aceptaba a su hijo, ¡al diablo con ella! (Con la escuela, no con la venerable señora, insistió Mohamed en aclarar.)

Es un poco vergonzoso, pero si no te lo digo a ti ¿a quién se lo voy a decir? Eres mi amigo, además de mi médico.

¿Qué pasa, Yoda?

Entre los pocos extranjeros que había en San Quixotá, Yehuda Schwartz y Kuntz Merlinsky eran los únicos que provenían de Europa oriental. De Rumania el uno y de Lituania el otro, hablaban entre sí una lengua extraña, parecida al alemán, que nadie entendía y que mantenía intrigados a los más cultos de la ciudad, pues no comprendían cómo los dos personajes podían tener un idioma común viniendo de países tan diferentes.

Yehuda Schwartz miró alrededor del consultorio, como para cerciorarse de que estuvieran solos.

La última vez que tuve relaciones sexuales me dio una punzada violenta en el corazón.

Conque eso pasó dijo Kuntz en un tono de voz que no le permitió a Yehuda saber si fue de sorpresa, admiración o burla.

Sí. Luego me quedó un dolor en el pecho que me duró uno o dos minutos.

Supongo que no estabas con tu mujer, ¿no?

¿Eso qué tiene que ver?

Todo tiene que ver afirmó el doctor Merlinsky, asumiendo una expresión enigmática. Me imagino que estabas con una mujer joven.

Pues... sí.

De unos veinte años ¿verdad?

No. Sí. Yo no sé. Puede ser. ¿Qué importancia tiene?

Muchísima. La edad es determinante.

Copulárum juvéntae, alocátum sine calzón;
copulárum adúltae, deléitum si en sazón;
copulárum senéctae, sforzátum sine qua non.

¿Qué es eso, Latín?

Lo dijo Herodes Agripa, un emperador romano que se mantenía resfriado. Quiere decir que el infarto que causa una hembra de veinte años es diferente del que causa una de cuarenta.

¿Lo que tuve fue un infarto?

Pudo haber sido. A tu edad, echarse un polvo es sumamente peligroso. Al fin y al cabo, "polvo eres y en polvo te convertirás".

¿Eso también lo dijo Agripa?

No. Es del Pentateuco, un versículo.

Déjate de vulgaridades, Kuntz.

¡Por Dios que eres ignorante! Lo del polvo está escrito en la Biblia.

Ah...

Quiere decir que "del semen venimos y al ***cemen***terio vamos".

¿Así está escrito?

¡No, hombre! Eso lo digo yo.

Y de mi dolor en el pecho ¿qué dices?

Que, indirectamente, tu riqueza es la causa. Es bien sabido: "La lujuria viene del lujo".

¿Otra vez la Biblia?

No. Es Confucio.

Muy, porque eso no tiene lógica.

Es una cita.

¿Con quién?

Con nadie, grandísimo animal. Estoy citando.

¿A quién?

–A Confucio.

–¿Para que venga cuándo?

¡Señor, dame paciencia!

Y ciencia, para que puedas diagnosticar lo que tengo. ¿Estoy enfermo del corazón?

Todavía no lo sé. Apenas estoy investigando. ¿Te acostaste con tu secretaria?

¿Cuál?

Amanda.

No.

¿Con la otra, la que se sienta en el escritorio de atrás?

No.

¿La secretaria de tu abogado?

¡No, no!

Entonces ¿con cuál?

¿Con cuál qué?

Con cuál secretaria.

Con ninguna. No fue con ninguna secretaria.

Ah...

¿Me vas a examinar o no?

Sí, sí, por supuesto. Desvístete.

–¿Del todo o a medias?

–Del todo; hasta las medias también. Puedes dejar la ropa en la silla y sentarte en la camilla.

Kuntz observó cómo su amigo se quitaba la ropa parsimoniosamente.

–¡Ah, pues claro! –exclamó– Fue con la manicurista. Hace tiempo que le tienes echado el ojo.

No, hombre, no.

No me vas a decir que fue la morenita del Café Real.

—Exactamente: no te voy a decir eso. No te voy a decir nada.

—¡Ah! Comprendo. Es una joven de la sociedad.

Schwartz torció los ojos hacia arriba en un gesto de exasperación y terminó de desvestirse.

—Listo —dijo secamente.

—Déjame ver la lengua.

—¿Para eso me hiciste desvestir?

—¡Qué gracioso! Muestra la lengua... No tienes que sacármela. Suficiente con abrir la boca. Di "ah".

—Eeeh.

—"Ah" sería mejor —dijo Kuntz aplastándole la parte de atrás de la lengua con un palito.

—¡Ugh!

—"Ah" fue lo que te pedí, pero da lo mismo. Ya está. ¿La hija del boticario?

Schwartz le hizo una mueca. El médico se puso a auscultarlo con el estetoscopio.

—¿Fue con la recepcionista del Hotel Regencia?

—¡Qué ocurrencia!

—¿La de la Frutería el Coco?

—¿Estás loco?

—¿La de Seguros Gibraltar?

—¡Deja ya de preguntar!

—¡Ah bandido! Respira profundo —ordenó mientras corría el estetoscopio de una parte de la espalda a otra—. Si sedujiste a una virgen, cometiste un acto de grave irresponsabilidad. Cargas un gran peso a cuestas.

—¿El aparatito ése?

—No hables tonterías. Enderézate. Voy a auscultarte el pecho. ¿Cuántos años tiene?

—¿Mi pecho? La misma edad que yo.

—Tu amiguita, imbécil. Apuesto a que ni siquiera tiene veinte años.

Kuntz buscó un indicio de confirmación en el rostro de su paciente, pero solo encontró un aire de irritación. Colocó el instrumento sobre el corazón y escuchó con atención.

—¿Qué oyes?

—Como un reloj suizo.

—¿Tic tac todo el tiempo?

—Y campanazos en la hora.

—No estoy para chistes, Kuntz.

—Se oye todo perfecto. ¿Fue la rubiecita de la Librería Central?

—¡Por Dios! Concéntrate en tu trabajo.

—Entonces, sí fue ella ¿verdad?

Schwartz movió la cabeza hacia los lados.

—Dame el brazo —dijo el médico.

—¿Estás pidiendo mi mano? —repuso Yehuda, y agregó en tono burlón— ¿Se te olvidó que soy casado?

—Tu mano no, el brazo, estólido.

—¿Cuál es el brazo estólido?

—¡Dios mío, dame paciencia! Voy a tomarte la presión, grandísimo ignorante —dijo mientras le envolvía el brazo izquierdo con la banda del esfigmómetro—. ¿Cómo has tenido la presión? ¡Ah pillo! ¡Quién se lo hubiera imaginado! ¿Alta o baja?

—Creo que la he tenido un poco alta.

—¡No, hombre! La muchacha: ¿alta o baja?—preguntó Kuntz, inflando la banda con la bomba de mano.

—Normal —contestó Schwartz.

—La presión también está normal. Probemos ahora en el otro brazo.

—¿La presión no es la misma en ambos brazos?

—No señor. La presión de la izquierda es revolucionaria y la de la derecha reaccionaria.

Yehuda miró al galeno con recelo. Merlinsky repitió la operación en el otro brazo.

—Está igual. *Equilibrium en brace, corpus en pace* —sentenció—. ¡Qué bandido! —añadió entre dientes y se puso a darle golpecitos en el torso con la punta de los dedos— ¿No será la gordita de la panadería?

—¡No!

—¿Duele? —preguntó Kuntz presionándole un costado del vientre.

—No.

—¿Aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—Tampoco.

—Todo se siente bien. ¿Cómo ha estado tu defecación últimamente?

—Asquerosa.

—¿Clara u oscura?

—Oscura y dura. Difícil de sacar del cuerpo.

—¡No, hombre! La muchacha: ¿clara u oscura?

—Kuntz, de veras que me estás fastidiando.

—Hago mi oficio.

—No. Me preguntas todo el tiempo cosas que no vienen al caso.

—Te equivocas. Toda información es pertinente, pues cada

mujer cause un tipo de infarto diferente. Por ejemplo, el infarto que causa una mujer de color es muy grave, pues está relacionado con la peste negra; el infarto que causa una china tiene que ver con la fiebre amarilla; el que causa una pelirroja proviene de la escarlatina; el que causa una mujer salvaje, de la tos ferina; el que causa una mujer del trópico no es grave si es oriunda del trópico de Capricornio, pero es fatal si viene del trópico de Cáncer.

—¿Y el que causa una mujer blanca?

—Depende. Si es caucásica, el infarto se relaciona con el causón; si es rubia, con la rubéola.

—Francamente, Kuntz, tus conocimientos de medicina son impresionantes.

—Y tu infidelidad increíble.

—Y tu curiosidad, patológica.

—Y tu lógica, de pato. ¿Cómo puedes decir que tengo curiosidad? Te pregunto apenas lo indispensable para poder llegar a un buen diagnóstico. Así es que dime: ¿clara u oscura?

—Pues la muchacha era... ¿cómo diría yo?... ni clara ni oscura.

—Hmm... Ni clara ni oscura, ni alta ni baja, ni ésta ni la otra. Francamente, Yoda, me queda difícil determinar qué tienes sin saber quién es la joven.

Fastidiado, Schwartz suspiró. El médico también suspiró, como contestándole. Tomó su martillo de goma y dijo:

—Veamos los reflejos.

—¿Dónde está el espejo?

—¡Qué chistoso! —exclamó Merlinsky a la vez que le daba golpecitos en la rodilla.

—¡Ay!

—Mentiroso, que esto no duele.

—Es que me clavaste una espinilla.

—La espinilla queda veinte centímetros más abajo —lo contradijo Kuntz, fingiendo no entender.

—Si quieres saber, tu estilo de examinar me da mala espina —confesó Yehuda, sacándose el clavo.

—Reflexionaste bien.

—¿Tú también desconfías de tus conocimientos?

—¡Cómo se te ocurre! Hay pocos médicos en el mundo tan buenos como yo. Lo que dije es que tus reflejos están bien.

—Lo único que me haría falta es estar enfermo del corazón.

—Vamos a ver qué muestra el electro —dijo mientras conectaba los electrodos al cuerpo—. No me digas que te acostaste con la sirvienta de tu casa. No es fea, la muchachita —añadió echándole una mirada a Yehuda, quien contestó con un gesto de negación.

Después de accionar el aparato, el doctor Merlinsky estudió

los resultados.

—Estás sano y fuerte como un toro, Yoda. Vas a vivir hasta los ciento veinte años.

—Pero algo debo tener —protestó Yehuda—. De lo contrario no me hubieran dado esas punzadas tan horribles.

—¿Dijiste punzadas, en plural? Creí que había sido solamente una.

—Fue una sola punzada, muy fuerte. Pero digo "punzadas" porque la vez anterior me pasó lo mismo.

—¿La vez anterior?

—Las últimas veces, más exactamente. Me da un chuzón horrible, luego un dolor que me dura uno o dos minutos y después me siento perfectamente bien.

—"¿Las últimas veces?" ¿Con la misma mujer?

—¿Qué importa?

—Importa mucho. Es lo que en patología llamamos "el factor de consistencia". ¿Fue con la misma mujer que te pasó eso?

—Sí —admitió Yehuda, dándole al médico una mirada de desconfianza.

—¿Tu vecina, la de los pechos grandes?

—¡No! ¡Y si sigues preguntándome sobre mis asuntos personales te juro que te rompo la cara!

—Cálmate, Yoda. Estoy investigando las causas de tu mal.

—Estás tratando de averiguar lo que no es asunto tuyo. Eso es lo que estás haciendo.

—Te sorprenderás. Todo está relacionado. Dime, ¿la punzada te dio antes o después del orgasmo?

—¿No da lo mismo?

—No. El infarto preorgásmico es causado por acumulación de fuerzas, el postorgásmico por relajación de fuerzas.

—Entonces ¿sí tuve un infarto?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no sé? Sigo investigando. Por eso te pregunto si la punzada fue antes o después.

—Pues... me llegó justo con el orgasmo.

—¡Ajá! Es un caso complicado. Dolor y placer simultáneos. *Sensátea contradictus despistárum est*.

—¿Qué es eso? ¿algo grave?

—Espero que no. Pudo ser simplemente una reacción a la erección, un retuerzo por el esfuerzo, un pasmo por el entusiasmo, o un espasmo por el orgasmo. Pero no se puede descartar la posibilidad de que haya sido algo más serio. Tenemos que hacer una prueba de esfuerzo erocardiodinámica. Eso nos dará la clave.

—¿Prueba de esfuerzo?

—Erocardiodinámica, sí señor. Es un cardiograma que se hace

con otro aparato; los electrodos se conectan de una forma especial. Cuando estés conectado yo te aviso para que principies a masturbarte. Vamos a ver qué registra el erocardiograma en el momento preciso del orgasmo y la punzada.

¿Estás loco?

Un poquito. Pero tú sabes que soy buen médico.

Esto es insólito.

Quieres saber lo que tienes, ¿no?

Sí, pero... ¿se necesita esto?

Absolutamente, a menos que prefieras que te haga una endocardioscopia.

¿Qué es eso?

Es un procedimiento que permite medir el funcionamiento del corazón mediante un catéter que se introduce por el rectum.

¿Rectum?

Ano.

¡Ah no! ¡Eso sí que no!

O eso, o la prueba erocardiodinámica.

Pues... la prueba.

Bueno, probemos. Siéntate en este cojín antimagnético. No queremos que te salga una enzima debajo.

Merlinsky abrió un closet atiborrado de cachivaches y sacó un aparato lleno de cables. Lo desempolvó golpeándolo con una toalla y lo colocó al lado de su paciente, quien lo observaba incrédulo. Le pegó a Yehuda un electrodo en la frente, dos en las sienes, dos a los lados del cuello, uno en la mitad del pecho, dos en las tetillas, dos en las costillas y dos en los testículos.

Scrótum pinchárum, pupílae lagrimárum dijo mientras hacía una seña indicándole a su amigo que podía empezar.

Esto es lo más ridículo que he visto en mi vida.

En vez de quejarte, Yoda, principia a masturbarte. ¡Manos a la obra!

Schwartz, conectado por una docena de cables a un extraño aparato, empezó a hacer lo suyo.

–No puedo creer que estoy haciendo esto.

–Deja de hablar y ponle todo el ánimo que puedas.

Estoy tratando.

Cuando lo sientas llegar me avisas.

¿Crees que con todos estos alambres y viendo tu cara de chivo tengo mucha inspiración?

Cierra los ojos y piensa en tu amiguita.

Schwartz cerró los ojos y Kuntz se puso a darle golpecitos con el dedo a uno de los indicadores del aparato.

Silencio dijo Yehuda.

—Es que la aguja se queda pegada. ¿Cómo va la cosa?

—Deja de hablar —contestó Schwartz con voz entrecortada.

—Dale más duro.

—¡Cállate, imbécil!

Kuntz esperó unos segundos.

—¿Ya viene?

Yehuda no contestó. Respiraba agitadamente.

—¿Yoda?

—¡Chito! —alcanzó a exclamar Yehuda en medio de su jadeo.

—¿Ya, Yoda?

Schwartz exhaló un suspiro.

—¿Ya? Yoda... ¿Yoda?

El entierro de Yehuda Schwartz se llevó a cabo a las cinco de la tarde. Era un soleado día de verano. Centenares de personas asistieron a las exequias de quien probablemente había sido el hombre más rico del país. De la gente importante de San Quixotá no faltó ni uno. Entre los banqueros, industriales, políticos y demás personalidades de la ciudad, se destacaba la presencia del obispo y del alcalde. La ceremonia solemne era para todos un acto social más que un rito religioso. Con su presencia cada cual quería significar que de alguna manera estuvo ligado al poderoso industrial. Nadie sufría, por supuesto (ni sufría por su puesto, me hizo anotar Rosenblatt). El ataúd fue colocado en la fosa, ante la mirada impasible de los concurrentes y de los miembros de la familia. No es que fueran muchos, estos últimos. Estaban Doña Consuelo, la viuda que todos consolaban sin que ella lo necesitara; Dolores, la hija que nada sentía; Modesto, el hijo que hacía en la cabeza los cálculos de cuánto valía su parte de la herencia; Enrique, el otro hijo, quien se aprestaba a disputarle los derechos a su hermano; y siete nietos que se mantenían juntos, deambulando entre los adultos, como los siete enanitos del bosque.

Faltaba un nieto en el entierro, el mayor, pero nadie sabía de su existencia, de la misma manera como él no sabía de la de los otros. A mil kilómetros de distancia, Christian White jugaba con su amiguito Placido, lejos, tanto física como espiritualmente, de su madre, su abuela, sus dos tíos, sus cinco primos y sus dos medio hermanos (dos medio hermanos no hacen un hermano, aclara Mohamed, explicando que cada medio hermano es un niño completo).

—¡Conque pasó en tu consultorio!

Kuntz Merlinsky se volvió para ver quién había hablado. Era el doctor Jesús María Santos, cardiólogo del Sagrado Corazón. Ubicado sobre la arteria principal, el Sagrado Corazón era el más antiguo de los hospitales de la ciudad. Hacía años que Santos mantenía un rencor patológico hacia su viejo colega.

—Hola, mi querido doctor, ¿cómo estás? —saludó en voz baja

Merlinsky, fastidiado de que entre tanta gente que había en el cementerio le hubiera tocado justo a él estar a su lado.

Jesús María Santos devolvió el saludo con un movimiento de cabeza y una cínica sonrisa.

—Yo también he tenido pacientes con infarto en mi consultorio —continuó chuzándolo—, pero nunca se me ha muerto ninguno.

—Yo no puedo hacer milagros como tú, Jesús.

—¿No pudiste hacer nada para salvarle la vida?

—Me tomó por sorpresa.

—¿No viste ningún síntoma?

—Sí, vi varios, pero los interpreté mal. Creía que se estaba viniendo, cuando en realidad se estaba yendo.

Don Alcides Alcázar Alcalá, alcalde de San Quixotá, había tomado la palabra. "Aquí yace uno de los hombres más grandes que nuestra patria haya conocido", decía en tono melodramático mientras señalaba el féretro. "Procedente de una distinguida familia europea, llegó a nosotros desde tierras lejanas, dotado de una cultura extraordinaria y de un don de gentes sin par. Aquí yace un hombre que fue absolutamente recto, incorruptible, ciudadano altruista, padre bondadoso, marido ejemplar."

—Dolores —susurró Consuelo al oído de su hija—, fíjate con disimulo quién es el que está en el cajón.

"Yoda Suars: dejaste un vacío en nuestros corazones y un legado de amor que no olvidaremos jamás. Nuestra ciudad agradecida te despide con los honores que le dispensa a sus hijos más ilustres..." El pomposo discurso del alcalde se prolongó por varios minutos y fue seguido por tres discursos más, tan semejantes uno del otro que parecían el mismo repetido varias veces.

Con las palabras de encomio no terminaron los honores otorgados a Yehuda Schwartz. Tres días más tarde el Consejo Municipal de San Quixotá nombró una calle en su honor: Avenida Suars, la ancha vía que une la plazoleta del Teatro de la Comedia al cementerio de la ciudad. Muchos años después, un joven inspector de Obras Públicas de la Alcaldía se apercibió del "error de ortografía" y ordenó cambiar los letreros a todo lo largo del bulevar, que desde ese entonces se llamó "Avenida Suárez".

VI

Al día siguiente del entierro de Yehuda Schwartz se reunieron a puerta cerrada, en la oficina del licenciado Justiciano Paz, el abogado y los miembros de la familia (de Schwartz, no del abogado). Presentes en esa ocasión estaban la viuda y los hijos con sus respectivos cónyuges: Modesto con Regina, Enrique con Prudencia, Dolores con Silvestre, y Consuelo con una jaqueca que la estaba enloqueciendo.

Silvestre Ramos era hijo de Don Narciso Ramos y de su señora esposa, Oliva Limonares de Ramos, distinguidos miembros de la sociedad de San Quixotá. Bonachón desorientado, a los treinta y cinco años de edad Silvestre no había podido levantar cabeza (sorprende que Rosenblatt haya dejado pasar lo de "levantar cabeza" sin hacer una aclaración). Poco tiempo después del parto clandestino de Dolores, Yehuda había concertado un arreglo secreto con Silvestre Ramos para que se casara con su hija. Entre los pocos solteros de buena familia que quedaban en San Quixotá, Ramos lucía como el mejor candidato. En lo fornido y tonto se parecía a Inocencio Constantino Vergara, cuya existencia □así como la del niño□ Silvestre ignoraba. Parecía como si Doña Consuelo y sus hijos varones tampoco supieran de la existencia de Verga y de su hijo, pues ni en sus conversaciones más íntimas volvieron a mencionarlos. Sólo Dolores pensaba constantemente en el niño que ya debía ser grandecito y en

su amante (el de ella, no el del niño grandecito, aclara Mohamed). "¿Dónde estará mi criatura?", se preguntaba. "¿Cuál será el paradero de Verga?"

Silvestre Ramos era un joven salvaje, cuyos cachetes de pétalo y cabellos de bejuco le conferían un extraño aspecto agreste. Fuerte como el roble y gallardo como una palmera, Silvestre personificaba la vida al aire libre y la buena salud. Yehuda y Consuelo estaban encantados de tenerlo de yerno, porque Ramos estaba emparentado con los Montes y los Arboleda, dos prestantes familias de la sociedad.

Silvestre tuvo un hijo y una hija con Dolores. La niña sufría de una extraña dolencia que ni el doctor Merlinsky ni ningún otro médico de San Quixotá supo diagnosticar: la nariz se le ponía verde cuando llovía. Afortunadamente, sin que le hubieran hecho ningún tratamiento en especial, al cumplir cuatro primaveras se curó de su mal. Floriola se llamaba (la niña, no la enfermedad). Era salvaje como su padre, ardiente como su madre, y la nieta preferida de Consuelo. Laurel, su hermano (el de Floriola, no el de Consuelo), era un muchachito callado, fresco como una lechuga, cuyo pasatiempo favorito era hacer chozas con las ramas que arrancaba de los árboles.

Yehuda también trató de concertar el matrimonio de sus hijos varones con muchachas de la sociedad, pero éstos terminaron casándose con otras mujeres que nunca les cayeron bien ni a él ni a Consuelo.

Regina se creía toda una reina. Vanidosa y altanera, trataba a la gente con una arrogancia insoportable y no encontraba en San Quixotá ni un solo joven que ella considerara digno de su atención. Tan sólo un hombre igual de presumido que ella podría atraerla, y, en efecto, lo que finalmente la hizo sucumbir al amor fue la soberbia de Modesto.

En cuanto a Prudencia, no dejó de perseguir al hijo menor de Yehuda desde el día que lo conoció. Todo el mundo sabía que se casó con Enrique para enriquecerse.

Justiciano Paz se hallaba de pie, detrás de su escritorio, y todos los demás sentados en una hilera de sillas frente a él. El objeto de la reunión era leer el testamento que en sobre cerrado le había dejado Yehuda a su abogado, con instrucciones de abrirlo en presencia de su esposa y sus hijos (la esposa e hijos de Yehuda, no del abogado).

Un silencio pesado reinaba en el recinto. El licenciado abrió el sobre con cuidado, sacó el testamento, lo desdobló ceremoniosamente y lo examinó unos segundos. Luego se quitó los anteojos, los limpió con su pañuelo, se los puso de nuevo y miró el documento otra vez. Sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Doña Consuelo.

—Nada, señora.

—Entonces lea, por favor.

El abogado se aclaró la voz tratando de disimular su sonrisa, y empezó a leer.

—"Bueno, pues, ya me fui."

Enrique soltó una carcajada.

—¡Enrique! —gritó Doña Consuelo.

Enrique puso cara de serio al instante. El abogado hizo otro tanto y continuó leyendo. El documento, escrito de puño y letra del mismo Schwartz, totalmente informal, no mencionaba cifras ni bienes concretos de ninguna especie. Yehuda Schwartz había redactado su última voluntad en términos muy generales y, no sin humor, se extendía más en comentar lo que no dejaba que lo que legaba.

Tras saludar a su familia como si estuviera de viaje y hubiese escrito una carta, Yehuda mencionaba una veintena de personas, explicando brevemente en cada caso por qué la excluía de su testamento. Para concluir, disponía que toda su fortuna fuera dividida en dos, una mitad para su esposa y la otra para sus nietos, sin que a ninguno le tocara más que a otro. A sus hijos no les dejaba nada. Se los saltaba para llegar directamente a la tercera generación. Tampoco dejaba nada para sus obras de beneficencia favoritas, pero recomendaba a su esposa "repartir una parte de tu parte y entregarla de parte mía" a diversas instituciones.

El testamento terminaba con una despedida: "Espero que estén satisfechos y que tengan una larga vida. Bueno, esto es todo por ahora".

Hubo un largo rato de silencio. El primero en hablar fue Modesto.

—No hay mucho que pensar. El testamento es bien claro. La mitad para mamá y la mitad para nosotros.

—Para nuestros hijos —precisó Enrique.

—Legalmente sí, pero es evidente que lo que papá quiso es evitar el pago de impuestos de sucesión dos veces. Cuando nosotros nos muramos, ojalá dentro de muchos años, le dejaremos todo a nuestros hijos, ¿verdad? Entonces ellos no tendrán que hacer ninguna diligencia ni pagar ningún impuesto, ya que los bienes estarán a su nombre.

—Pues... —principió a decir Consuelo.

—De todas maneras nuestros hijos son menores de edad y no pueden manejar el patrimonio—la interrumpió Modesto—. Por ley nos corresponde a nosotros hacerlo. ¿No es así, Justiciano?

—Así es, hasta que los hijos cumplan veintiún años.

—Y muchísimos más —continuó Modesto—. Indefinidamente... De común acuerdo con ellos, claro está.

—¿Entonces? —inquirió Enrique.

—Muy sencillo —concluyó Modesto—. Tú tienes dos hijos, Dolores también tiene dos y yo tengo tres. Entonces, de nuestra mitad te toca a ti dos séptimas partes, a Dolores dos séptimas partes y a mí tres séptimas partes.

Cada cual hizo la cuenta rápidamente.

—¿Cómo dijiste que es la repartición? –preguntó Dolores.

–Otra vez: Se divide la suma en siete partes, tú tomas dos, Enrique dos y yo tres.

—¡De ninguna manera! Papá tuvo ocho nietos, no siete. A Enrique le corresponden dos octavas partes, es decir, una cuarta parte, y a ti y a mí tres octavas partes cada uno. ¿O es que mi otro hijo no cuenta? –dijo Dolores, olvidando en ese momento de furia la presencia de su marido y de sus cuñadas.

–¿Cómo? –gritó Regina escandalizada.

Prudencia abrió grandes los ojos y se mordió el labio, pero no dijo nada, por prudencia.

Silvestre, más desconcertado que todos, se sintió como perdido en la selva.

V I I

—Que sepan: el examen cuenta la tercera parte para la nota final.

Dijo eso con una sonrisita cínica y observó a sus alumnos. Se veía la satisfacción en su rostro; la satisfacción de haber producido angustia entre los niños, de verlos preocupados, de hacerlos sufrir.

"¡Dios! ¡Cómo la odio!", se dijo Christian.

Sadie de Mon era la profesora de matemáticas, de por sí una materia antipática para la mayor parte de los estudiantes. Dictaba clases desde el primer año hasta el cuarto de la escuela secundaria y era la directora del departamento de matemáticas. Cada año, en el primer día de colegio, los chicos corrían a averiguar si por desgracia

les había tocado una clase con de Mon. Al enterarse suspiraban, unos de alivio y otros de desazón.

Todos odiaban a la señorita de Mon, una solterona amargada hasta la raíz cuadrada y detestable hasta la *n*potencia. Ella, a su vez, odiaba a todo el mundo. Era el tipo de profesora que no tenía alumno preferido, a menos que fuera para regañarlo. Nunca dejaba de dar tareas larguísimas —especialmente en los fines de semana— ni de revisar que fueran hechas. Marcaba con tinta roja los exámenes que daba sorpresivamente, y quitaba puntos sin misericordia por el error más insignificante. Con ella era difícil pasar hasta un examen de sangre. Sin lugar a duda, su número favorito era el cero.

Había una marcada semejanza entre esa bruja y las computadoras, no sólo porque ella funcionaba principalmente con ceros y unos, y su lengua materna era DOS, sino porque era sumamente veloz y nunca se equivocaba. Daba la impresión de vivir en la escuela, pues era la primera en llegar y la última en irse. No se movilizaba en una escoba, como era de esperar, sino en un coche destartalado que andaba sólo por temor a ella, y alrededor del cual siempre volaba un murciélago que desprendía un nauseabundo olor. Para referirse al conjunto formado por el automóvil y el quiróptero que olía a excremento, los muchachos usaban el término "AUTOEXEC.BAT", tomado del criptográfico idioma de las computadoras.

En la ciencia de la criptografía —dicho sea de paso— Sadie se desenvolvía muy bien. No por nada parecía salida de una cripta. Dada su ridícula afinidad con las computadoras, sus alumnos decían que de Mon provenía de Silly.com Valley.

Sadie de Mon tenía la sensibilidad humana de una computadora, o algo menos, porque con ella no se podía jugar juegos. *Computadora* era el mote que le pusieron los chicos. Para abreviar, algunos la llamaban *Computa;* otros preferían el superlativo *Computísima*; aunque muchos opinaban que *IBM* era lo que mejor le sentaba a la **I**nsoportable **B**ruja de las **M**atemáticas. Había también quienes la apodaban *Marquesa*, porque *marcaba* los exámenes de la forma más severa posible y, además, ese "título de nobleza" cuadraba muy bien con su nombre y su sadismo. Pero la mayor parte de los alumnos le había puesto el sobrenombre de *Atila*, no tanto por su aspecto de guerrero feroz, sino porque la consideraban "el rey de los hunos".

Christian White se quedó mirando a la detestable profesora, quien aún conservaba la sonrisita cínica en sus labios. No estaba listo para el examen que ella acababa de anunciar sorpresivamente, ni podría estarlo en los cuatro días de antelación que daba.

—¿Quieres quedarte un burro toda la vida? —lo había

regañado Adam White.

—Pero, papá, los quebrados no me entran.

—Pues quiébralos más hasta que te entren. ¿Entiendes?

Mas las matemáticas no le entraban a Christian. No era la materia en sí la que lo hacía fracasar, sino la odiosa señorita de Mon. ¡Ah maldita! El sólo verla producía escalofríos. De edad indeterminada (y de sexo también, porque parecía un hombre con peluca), olía a libro viejo. Era flaca como la cuerda de la horca y lisa como un ataúd, por cualquier lado que se la mirase. "Plana como las tablas de multiplicar", decían los alumnos de aritmética; los de geometría especificaban: "diámetro de Sir Culo", y explicaban que si alguna vez se la veía positiva, era simplemente como resultado de un doble negativo; "C coseno por 2", precisaban los de trigonometría; "número deficiente", la describían los alumnos de cálculo.

Sadie de Mon parecía una momia con anteojos. Precisamente los anteojos eran el rasgo más humano que tenía. Usaba el pelo recogido en un moño del mismo color grisoso que sus dientes angostos y largos. Su permanente expresión de limón exprimido se debía seguramente a sus rencores enteros, a sus nervios quebrados y a los cálculos que tenía en la vejiga. Con voz carrasposa daba extensas y enredadas explicaciones que le producían satisfacción cuando sentía que no eran comprendidas. Al final de esas explicaciones hacía una pausa, observaba a sus alumnos y sonreía. Nunca nadie la vio reír, pero su cínica sonrisa era muy conocida.

Christian no podía dejar de pensar en el examen que se aproximaba. Necesitaba un milagro que lo salvara. La cuenta regresiva había empezado y el tictac del reloj no daba tregua. Quedaban cuatro días. Muchas cosas podrían suceder en cuatro días. Tal vez estuviera de buenas y seres extraterrestres invadieran el mundo. ¿Por qué no? ¿Acaso no hay vida en otros planetas? O podría haber un terremoto. No era necesario que fuera todo un cataclismo; bastaba un temblor que agrietara los edificios sin causar víctimas. No era imposible que ocurriera. ¿Acaso no hay temblores todos los días en alguna parte del mundo?

Esa noche, acostado en su cama, con la luz apagada, Christian vio mejor la realidad. El milagro que anhelaba no se iba a producir. Tenía que tomar el destino en sus manos o esperar lo peor. ¿Qué hacer para evitar tomar el examen? Empezó a contemplar diversas posibilidades y terminó considerando seriamente tres:

1) Hacerse el enfermo.
2) Incendiar la escuela.
3) Matar a la señorita de Mon.

La primera posibilidad, obviamente, era la más sencilla, pero tenía varios inconvenientes. En primer lugar, podrían no creerle o,

peor aún, un médico podría dictaminar que no tenía nada. Claro que eso se podía obviar haciéndose algo para enfermarse de verdad, como comer un poquito de tierra con gasolina. En segundo lugar, el hecho de enfermarse solamente él lo señalaba entre todos los alumnos, desventaja ésta que las otras dos alternativas no tenían, pues le permitirían guardar el anonimato. Por último —y ése era el peor inconveniente—, el ardid no solucionaría el problema en forma definitiva, ya que tarde o temprano tendría que mejorarse y presentar un examen supletorio de la señorita de Mon.

La segunda posibilidad, más seductora que la primera, también tenía sus inconvenientes. Christian no quería ser el causante de un daño de semejante magnitud. No es que le importara si la escuela se reducía a cenizas —no le importaba si el mundo entero se derrumbara—, simplemente él prefería no ser el causante. Pero aún dejando los escrúpulos de lado, el plan en sí no era seguro. La escuela había sido edificada con materiales de construcción contra incendio. Si lograra hacer que algo prendiera fuego, las llamas probablemente no se extenderían; y si el incendio llegase a coger fuerza, los bomberos no tendrían mayor dificultad en apagarlo. Por último, aunque la escuela se quemara totalmente, siempre quedaría Sadie de Mon para dar el examen en otra fecha y en otro lugar.

Restaba, pues, la última solución. Esta tampoco estaba exenta de riesgos, por supuesto, pero era la única que solucionaba el problema de una vez por todas.

"Mala hierba nunca muere", dice el refrán muy acertadamente. Matar a la señorita de Mon no era cosa fácil. Christian no tenía un fusil con mira telescópica, como le hubiera encantado tener. El arma más mortífera que estaba en condiciones de procurarse era un cuchillo casero.

El muchacho se dedicó seriamente a tramar la muerte de la vieja profesora, pero la bruja no caía en las trampas que le tendía. Por ejemplo, Sadie no asistió a la cita que le fue propuesta en una carta anónima que misteriosamente apareció en su cartera. "Esta noche, a las siete en punto, espérame junto a la puerta trasera de la escuela", decía la misiva en evidente letra infantil. "No faltes si quieres ganar muchos premios." Escondido detrás de un árbol, Christian esperó nerviosamente desde las 6:30 hasta las 8:00, asiendo en su mano el martillo con el cual pensaba acercársele por detrás a la señorita de Mon y volarle los sesos de un martillazo. Al cumplirse una hora de atraso el chico comprendió que su plan había fracasado y regresó a casa. Sus padres lo aguardaban preocupados.

—¿En dónde andabas? —explotó Fecunda tan pronto le abrió la puerta.

—Estudiando aritmética donde un amigo.

—¿Con un martillo?

—Él me pidió que se lo llevara.

—¿Para qué?

Christian se encogió de hombros.

—Para clavar puntillas en las tablas de multiplicar—contestó haciéndose el gracioso.

Sadie tampoco probó ni una sola de las bolitas de chocolate que alguien había dejado en su escritorio, sobre una servilleta de papel marcada con lápiz: "Golosinas de París". No sólo no las probó, sino las botó a la basura. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, pues las bolitas preparadas con chocolate machacado y veneno para cucarachas desprendían mal olor y se veían, por decirlo con benevolencia, poco apetitosas.

Los marcianos no invadieron la tierra ni hubo terremoto. El examen de matemáticas principió a las nueve de la mañana, como estaba programado. La escuela no se había incendiado la víspera y de los tres alumnos que amanecieron enfermos, ninguno era Christian. Éste se sentía enfermo sin estarlo. Nerviosamente anotaba las cinco preguntas que la señorita de Mon dictaba mientras caminaba a paso lento entre las filas de pupitres. Esforzándose por solucionar los problemas antes de que se terminara la clase, Christian escribía bajo el ojo vigilante de Sadie de Mon (Mohamed aclara que los ojos de Sadie eran iguales; no es que tuviera un ojo vigilante y el otro no.) Le era difícil concentrarse, pues en el silencio del salón el golpe intermitente de los pasos de la bruja constituía un factor perturbante (seguramente tenía zapatos de suela metálica, especiales para los exámenes), por no decir nada de su voz carrasposa que anunciaba cada diez minutos el tiempo que restaba.

Christian acabó justo cuando sonó la campana, cincuenta minutos más tarde, sin haber tenido tiempo de revisar las respuestas. Sacó 65, la nota más baja con que se podía aprobar. No era una calificación mala, considerando que 30 de los 37 alumnos que tomaron el examen no lo pasaron. Al fin de cuentas —Christian pensó para sí— la señorita de Mon no era tan despreciable. Menos mal que no la había matado.

V I I I

Tenía trece años cuando experimentó su primer orgasmo. Varios meses atrás había adquirido la costumbre de sentarse en la sala a contemplar los álbumes de arte que sus padres contaban entre los libros más preciados de la casa. Fecunda estaba encantada del repentino interés que su hijo demostraba por el arte y veía que se perfilaba en él un futuro de refinamiento cultural.

—Tiene la misma sensibilidad artística que tú —le decía a su marido.

El adolescente no contemplaba los álbumes por amor al arte, claro está, y la única sensibilidad que tenía se le había concentrado entre las piernas. Fue por casualidad que descubrió que los cuadros de mujeres desnudas le causaban una erección. Desde aquel interesante descubrimiento, se sentaba en un sillón de la sala a contemplar embelesado las blancas modelos de Rubens, las rosadas mujeres de Renoir, o las de color de cobre de Gauguin. Examinaba absorto los cuerpos de las impasibles jovencitas de Trouillebert, los de las exóticas desnudas de Matisse, o los de las robustas mujeres de los pintores renacentistas. Fijaba su atención en los senos y, principalmente, en el lugar donde las piernas se unen. ¡Nunca se veía nada! A veces algo se interponía en el camino: una mano, la punta de un manto, un racimo de uvas y hasta —¿han de creerlo?— una hoja que el viento mantenía

suspendida justo en ese lugar. Pero aun en los casos en que ningún objeto se interponía en el camino, tampoco se veía nada; sólo piel lisa, como si los artistas hubieran conspirado para desvirtuar la realidad.

En esas contemplaciones se hallaba, con una mano sosteniendo el libro y con la otra acariciándose el miembro por encima del pantalón, cuando ocurrió. Experimentó una intensa sensación que en el futuro muy cercano habría de identificar como placentera, pero que en ese momento lo dejó pasmado del susto. "¡Algo se me reventó!", pensó al sentir que se le había mojado el calzón. Corrió al baño y se quitó los pantalones apresuradamente. Le temblaban las manos. Menos mal que no era sangre lo que vio. "¿Me habré sacado tuétano?", se preguntó, considerando la posibilidad de que la rigidez del pene fuera causada por un hueso que se deslizaba desde el interior del cuerpo hacia afuera. "No, no puede ser", reflexionó. Comprendió que se le había salido un poco de saliva de las tripas. ¿Debía contarle a su madre? ¡No! De ninguna manera. Lo regañaría por tocarse el pipí. ¿Qué hacer? Nada. Esperar. Tal vez se curaría solo. Muchas cosas se curan solas. Lo había observado en la naturaleza. Pájaros heridos que se quedaban en su nido un par de días salían volando como si nada les hubiera pasado; o ramas de una mata, habiendo sido lastimadas, volvían a recuperar su vigor. Aunque a veces se secaban y se caían. ¿Podría ser que se le secara el pene y se le cayera? Lloriqueó. "¡Mi pipicito!" exclamó en voz baja y se sorbió los mocos. "¿Lo encontraré entre las sábanas una mañana al despertar? ¿o se me quedará en la mano un día al orinar?" La idea lo hizo estremecer. "Y si se me cae ¿me volverá a crecer?" Se hizo el juramento de que si se curaba nunca se lo volvería a tocar.

El episodio del orgasmo accidental despertó en el adolescente un interés por todo lo relacionado con el sexo, impulsándolo a leer cuanto libro se lograra procurar. Principió por la *Enciclopedia de la Juventud*, que de un golpe destruyó las creencias equivocadas acumuladas a lo largo de su infancia precoz.

"Va muy bien el muchacho", se dijo el profesor White al ver que su hijo había pasado de los álbumes de arte a la enciclopedia que él le había regalado y que el chico, hasta ese entonces, había abierto en una sola ocasión, cuando recibió la obra de doce tomos y determinó que su contenido era latoso.

En la biblioteca pública del barrio pudo llenar los vacíos que la somera explicación de la *Enciclopedia de la Juventud*le había dejado. Allí abundaban los textos de educación sexual. Sobre el tema de la masturbación leyó en un libro traducido del alemán *Psicofisiología Sexual*, por A. Schmock que "el diabólico vicio causa acné, pérdida de peso, deterioro de la vista y, si no se suspende a tiempo, conduce a la demencia". Esta información lo dejó sumamente preocupado, sobre

todo porque justo en esos días había vuelto a los álbumes de arte, no obstante el juramento que se había hecho. Al fin de cuentas, la voluntad puede poco contra los llamados de la naturaleza. Un sentimiento de angustia lo mortificaba permanentemente y sólo logró liberarse de él meses después, cuando leyó en otro libro, también traducido del alemán *Crecimiento y Sexo*, por el profesorGlantz Wacker, que "la masturbación es común entre los adolescentes varones y, contrario a las creencias antiguas, no produce efectos nocivos". El libro de Glatz Wacker acabó con la angustia de Christian y lo liberó del sentimiento de culpabilidad que le producía la contemplación de los libros de arte y el ritual que la acompañaba.

Si bien su manera de aliviar la tensión sexual dejó de atormentarlo, la autoestimulación no podía satisfacerlo emocionalmente. El muchacho estaba ansioso de experimentar "la cosa" de verdad y resolvió que para lograrlo debía proponerle a alguna compañera de la escuela que se acostara con él. De inmediato concluyó que sólo dos niñas de su clase podrían ser las indicadas, puesto que eran las únicas que tenían el busto bien desarrollado entre las quince jovencitas de senos incipientes que había en el grupo. Antonia Bustamante y Enriqueta Zenón se llamaban, pero los muchachos de la clase las apodaban *Tona* y *Enriteta*. Enriteta, por dos razones obvias; y Tona para poder darle órdenes como: "Siéntate Tona" o "levántate Tona".

Cuando Antonia o Enriqueta pasaban cerca, no faltaba el joven que señalara un seno y dijera: "Esto es estética". Si pasaba una de las otras niñas, decía: "Esto es tetica". A la que tuviera el pecho plano se le llamaba “sin tética”.

Christian optó por proponerle a Enriqueta. Rubia, de grandes ojos pardos y graciosos hoyuelos, era la más alta de las niñas, aunque no la mayor.

No sé cómo decirle le confesó Christian a Rubén Darío Zuleta, el Don Juan de la clase, un chico avispado y de agudo sentido del humor, quien a la hora de la verdad sabía menos sobre el sexo que cualquiera de sus compañeros.

Tienes que preguntarle sin rodeos: "Niña de los pezones de uva, ¿cuándo quiere que me le suba?"

¡Bravo! Habló Zuleta, el insigne poeta.

¡Qué hermosa eres, Enriqueta!
Ágil como una atleta,
Pareces la diosa de Creta
Que llegó de algún planeta
O de un elevado cometa.

Me gustas por regordeta,
Por tu disposición coqueta
Y porque sabes ser discreta.

Para ti traigo esta violeta
Que brotó□créeme Enriqueta□
De mi corazón por una grieta.

¿Oyes el retintín de la trompeta
Y el repicar de la corneta?
Proclaman la confesión escueta
De mi gran pasión secreta:
Chingarte con furor, Enriqueta,
Morder tus labios de galleta
Y chuparte cual tierna chuleta.

No me oculto tras careta
Ni pretendo ser asceta.
Digo la verdad completa:
Poseerte es mi meta.

Si me rechazas, Enriqueta,
No empacaré mi maleta.
Pondré fin a mi vida cuchufleta
Con la punta de mi bayoneta

O de un tiro de escopeta.

Dejémonos ya de etiqueta
Antes de que me dé pataleta.
Conozco una vieja alcahueta
Que por una mera peseta
Nos dará su pieza, Enriqueta,
Y vigilará la puerta inquieta.

Mientras me abro la bragueta
Despójate de tu pañoleta,
Quítate el calzón, la chaqueta
Y también la camiseta.
Tiéndete en la cama, quieta,
Y deja que te lo meta.

¡Cállate ya la jeta! Hablándole como tú me aconsejas, lo único que voy a meter es la pata. Debo hablarle sin propasarme.

No te propasas si le propones en el momento prepucio.

Propicio. Pronuncias mal.

Pronuncio como es.

Pronuncio es un cura.

Pretender a Enriqueta es locura.

Y mi frustración ¿quién me la cura?

Dile entonces lo que se te ocurra.

Christian buscó la manera de hablarle a Enriqueta en las horas de recreo o a la salida de la escuela, pero nunca la encontraba sola. El par de veces que logró acercársele se le formó un nudo en la garganta que no le permitió articular palabra.

–No soy capaz de proponerle –le confesó a Rubén Darío.

–Proponle entonces a Tona, que es igual de alegrona, y no olvides de hablarle en rima si quieres terminar encima.

Christian se armó de coraje, abordó a Antonia a la salida de clases y le echó el discurso que había preparado.

–¡Cómo eres de elegante! Tu belleza es deslumbrante, tu personalidad fascinante y tu intelecto brillante, pero de ti lo más impresionante es ese busto exuberante que cautiva en un instante. Nunca vi uno más excitante. Contigo no me basta ser galante, señorita Bustamante, quisiera ser tu amante.

–¡Vaya declaración! –replicó ella, más avispada que él– ¡Qué atrevimiento! ¿Pensabas obtener mi consentimiento? ¡A otra con ese cuento! –le gritó y se alejó furiosa.

–Me mandó al carajo –le contó Christian a Rubén Darío.

–Te falta cancha, pendejo… Mira, ahí viene Celina –dijo,

señalando a una compañera de clase–. Fíjate cómo me la voy a levantar, pa que aprendas.

Esperaron hasta que la joven pasó junto a ellos.

–¿A dónde vas, Celina?

–A patinar en el hielo –fue su respuesta resbalosa.

–Te acompaño –ofreció Rubén Darío.

–Ni pienses que voy a tener un desliz.

–No, no. Es que estoy yendo en la misma dirección –dijo tomándole los patines caballerosamente–. *Ciao* Christian –agregó y se fue con ella.

Christian se quedó solo, molesto y acomplejado, sintiendo que de veras era –como su amigo lo había llamado– un pendejo. El adolescente estaba condenado a soportar las ansias de experimentar "la cosa" un largo tiempo más.

La oportunidad se presentó dos años más tarde, poco después de haber cumplido los dieciséis años. Sheila Fox fue quien lo inició en las delicias del amor sexual. La señorita Fox era una solterona, compañera de cuarto de Ingrid Bravoleone durante sus años universitarios, que vino a pasar una temporada en casa de su amiga. Trabajaba en una galería de arte en Chicago y periódicamente lograba conseguir a través del señor Bravoleone algunas obras interesantes para la galería. Sheila era fea como ella sola, pero compensaba con simpatía lo que le faltaba en belleza. Poca gente podría igualarse a ella en su altruismo. Sheila□Shee, como la llamaban sus amigos□ estaba siempre pronta a ayudar al prójimo, y su bondad no tenía límite. Tan pronto llegó se hizo amiga de todo el mundo, y en especial de los dos jóvenes, Placido y Christian, a pesar de que su edad excedía la de ellos dos juntos. Cuando oyó sobre el interés que Christian manifestaba por los álbumes de arte, quedó encantada con el muchacho. Lo llevaba a museos, a conferencias sobre el arte o a otras actividades que ella consideraba útiles para su desarrollo cultural. Si las relaciones entre Shee y Christian evolucionaron de lo social a lo sexual, ciertamente no fue por iniciativa del adolescente, ya que a esa edad no se sabe detectar oportunidades ni obrar con malicia, mucho menos ser seductor. Tampoco sería justo decir que fue ella la que tomó la iniciativa. Más bien fue el problema de las erecciones de Christian el que eventualmente los condujo a la cama.

En efecto, Christian tenía un problema: experimentaba frecuentes e incontrolables erecciones que hacían que su pene fuera, por ratos, su atributo más sobresaliente.

La protuberancia que surgía en su pantalón de un momento a otro lo mortificaba enormemente. Utilizando toda clase de trucos, siempre se las arreglaba para ocultar las erecciones, pero no había manera de evitarlas. Todo le producía una erección. La vibración del

piso causada por un motor, el virar de un coche o el movimiento de un ascensor, por no decir nada de una mujer con falda corta o suéter apretado. En la escuela lo apodaban *el bobo de la chaqueta* porque continuaba usando una chaqueta larga semanas después de terminado el invierno. El apodo era benigno comparado al que le hubieran puesto si se supiera para qué le servía la chaqueta. Usándola cerrada, o abierta salvo por los últimos dos botones de abajo, o llevándola amarrada al cinto en los días más soleados, Christian se cubría el bulto que aparecía de repente. Pero cuando hacía calor y ya no podía llevar la chaqueta, el problema se hacía más agudo. Utilizaba con frecuencia libros o cuadernos, a sabiendas de que se veía torpe sujetándolos con ambas manos hacia abajo. De la misma ridícula manera llevaba un periódico, una cachucha, o cualquier objeto, si se hacía necesario.

La mejor forma de luchar contra las erecciones repentinas era pensar en cosas tristes, aunque el método no siempre producía efecto. En cierta ocasión, viajando en autobús a su casa, se le sentó al lado una joven regordeta, de falda corta y oloroso perfume. La muchacha se acomodó presionándole el costado. Eso bastó para producirle tal erección que Christian no se atrevió a levantarse cuando se aproximaba a su destino. En vano trataba de pensar en algo triste. La erección no se le iba. Antes de llegar a su parada, como último recurso, se atrevió a imaginarse a su madre muerta. De nada le valió. Por más que trataba de abstraerse, se mantenía consciente del calorcito que emanaba de la joven y del más leve de sus movimientos. La muchacha se bajó diez paradas más adelante, y él una después de ella. Le tocó caminar dos horas para llegar a su casa, pues no tenía dinero para tomar el autobús de regreso.

La necesidad de ocultar esa protuberancia que aparecía en los momentos más inoportunos obligaba a Christian a comportarse de una forma que sus amigos consideraban muy peculiar. Caminando con ellos, por ejemplo, se apresuraba de súbito y se colocaba a la cabeza del grupo, sin volverse ni dejarse alcanzar. A veces permanecía sentado cuando todos se ponían de pie al terminar de comer, o cuando se encendían las luces al final de una película.

Sheila Fox se enteró del problema de Christian un día que fueron a ver una exposición de cuadros traídos del Museo del Louvre. Andaban lentamente, deteniéndose frente a las obras que les llamaban la atención, cuando llegaron a un óleo delicado que representaba a una mujer desnuda tendida de espaldas sobre el prado.

—Fíjate en la suavidad de los colores, en la plasticidad tan exquisita —dijo Sheila.

—Hm hm —contestó él acercándose rápidamente al lienzo.

—¿Qué haces tan pegado al cuadro?

—...quería leer el membrete.

Christian permaneció unos segundos en silencio.

—Bueno, vamos —dijo ella.

—*Bacchante endormie* —leyó el joven en voz alta, y se quedó como estaba.

—Bueno, pues, vamos —repitió Shee.

—Honoré Fragonard, 1732 a 1806 —dijo Christian, y siguió examinando el cuadro tan de cerca que su nariz casi tocaba el lienzo.

—No sé qué estás haciendo. A esa distancia no puedes apreciar nada.

Christian no contestó. Ella se le acercó.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Bueno —suspiró Shee—, vámonos.

El muchacho se aclaró la voz.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Christian dio un paso hacia atrás y señaló discretamente el bulto que le levantaba el pantalón. Ella abrió grandes los ojos y la boca también. El adolescente se ruborizó hasta más no poder.

—Se me pone así de repente —dijo con una voz casi inaudible—. Ese es mi problema.

—¿Problema?

—Hm hm —asintió Christian.

—¿Problema? ¡No seas tonto, muchacho!

En cuestión de días Shee Fox acabó con el problema. Definitivamente.

I X

Los últimos días de septiembre en los alrededores de Boston,

así como en toda la Nueva Inglaterra, son de una extraordinaria belleza. Las hojas de los árboles principian a descolorarse como un preludio a la sinfonía de colores que dos o tres semanas más tarde tiñe la vegetación de tonos amarillentos, rojizos y cafés. El clima es deliciosamente suave, tibio. Es la época del año conocida como el "verano indio", que no es verano y que de indio no tiene nada.

Decenas de miles de jóvenes provenientes de todas partes de los Estados Unidos convergen en aquella zona salpicada de universidades para formar lo que probablemente es la concentración de estudiantes más grande del mundo.

Aproximadamente una cuarta parte de estos jóvenes es nueva en el ámbito de la universidad y ensaya por primera vez vivir fuera de su hogar.

Desde la puerta de la biblioteca, dos mozos rubios, altos y delgados, observaban a Christian White.

—¡Mira qué blanco!

—Parece de porcelana. Debe tener alguna enfermedad.

—No digas tonterías. Simplemente es blanco. Se ve que es ario de raza pura —dijo Adolf Schtrupkrautenkopf con mucha admiración y algo de envidia—. Ese sí que es un buen candidato.

La fraternidad *Alfa Alfa* se había reducido considerablemente cuando perdió la mitad de sus miembros en la graduación del año anterior. Schtrupkrautenkopf, su nuevo presidente, debía reclutar el mayor número de miembros entre los novicios para preservar el vigor que la organización había tenido hasta entonces. "Copa de Champagne", decía una de las tantas hojas volantes que las diversas fraternidades repartían entre los estudiantes. "Lunes, 25 de septiembre, 9:00 PM, en nuestra sede." El aviso concluía en letra grande: "Te esperamos. α α". Mientras otras fraternidades ofrecían un vaso de cerveza, *Alfa Alfa* invitaba a una copa de Champaña. "¡El primero, el más, el mejor!", rezaba el soberbio lema de la agrupación.

Poca gente fue al evento. Christian no asistió, privando a Adolf Schtrupkrautenkopf de la oportunidad de conocerlo. Pero el presidente de *Alfa Alfa* no se iba a quedar con las ganas y al día siguiente lo abordó cuando salía de clase. Se autopresentó y se puso a hablarle con entusiasmo sobre la fraternidad y los nobles ideales que perseguía.

—Sólo recibimos gente culta y muy blanca —le dijo en tono de confidencia—. La cultura es primordial para nosotros, así como el color de la piel. Creemos que la blancura refleja la pureza de los ideales. No vayas a pensar que somos racistas —añadió levantando las palmas de las manos—. La prueba de que no lo somos es que no recibimos gente de piel rosada, por más rubia que sea. El color del cabello no nos interesa, ni el de los ojos tampoco. Recibimos gente de

ojos azules, pardos, negros, lo que haya. Aceptamos a cualquier persona, con tal de que tenga la piel muy blanca.

—Ajá —asintió Christian, mirándolo con desconfianza.

—Me gustaría que vinieras nuestra sede y conocieras a los muchachos.

Christian White, junto con otros doce candidatos, se hizo miembro de *Alfa Alfa* (ninguna otra letra servía, solamente la primera del alfabeto) en una ridícula ceremonia de iniciación que se llevó a cabo el 1º de octubre a las 0:00 de la noche, durante la primera hora del nuevo mes.

Adolf Schtrupkrautenkopf trataba por todos los medios de ganarse la amistad de Christian, no tanto porque simpatizara con él, sino porque admiraba el extraordinario color de su piel, que tanto honor le hacía al apellido. Con semejante nombre y un cutis así, Christian White no necesitaba hacer nada para mantener al presidente de la fraternidad en estado de éxtasis.

Evidentemente, Schtrupkrautenkopf tenía un tornillo flojo en la cabeza. Eso sí, era un dirigente innato, como muchos de los que deambulan por el mundo sin nadie a quien dirigir.

Schtrupkrautenkopf invitaba frecuentemente a Christian a salir con él. Con tal de verlo, no le importaba adónde iban. Sentía una especie de orgullo de estar junto a un ser tan blanco, semejante al que siente un hombre cuando se encuentra en la compañía de una bella mujer. A Christian no le agradaba Adolf. Trataba de evitarlo, pero a veces era difícil rechazar sus invitaciones sin ofenderlo. Así, pues, salía de vez en cuando con él a beber una cerveza.

—Lo mejor de la cerveza es la espuma. Es blanca.

—Hm hm —asentía Christian mientras pensaba: "¡Está chiflado!"

Schtrupkrautenkopf tenía una fuerte influencia sobre los miembros de la organización, no obstante su locura. O quizá, precisamente por ella. Sus disparatadas teorías, como todo lo que se dice con autoridad y frecuencia, afectaban la manera como los jóvenes estudiantes percibían el mundo. Adolf escupía sus discursos apasionadamente. En algunos casos sus palabras sólo penetraban hasta el tímpano, pero en otros llegaban hasta el corazón.

"Las antiguas civilizaciones de Egipto y Grecia, como otras que dejaron su marca en la historia de la humanidad, estaban condenadas a desaparecer porque se desarrollaron en partes del mundo donde no nieva. Que se hayan podido desarrollar en sitios semejantes es de por sí un fenómeno extraordinario. Sólo en los países donde la naturaleza cubre la tierra con su manto blanco todos los años, permitiéndole a los pensadores regocijar la vista y purificar el espíritu ante la presencia del inmaculado prodigio del invierno,

pueden surgir civilizaciones que desafían el transcurso de los siglos."

Ése, como los demás apotegmas que siguen a continuación, era uno de los axiomas de la extravagante ideología de la fraternidad.

"Sin luz no se puede ver y sin ver no se puede percibir cómo es el mundo que nos rodea. La luz blanca es la combinación de luces de todos los colores y el color blanco refleja cualquier luz que lo ilumine. Por eso es que el blanco comprende en forma metafísica todas las artes y todas las ciencias. No existe una 'luz negra', precisamente porque la ausencia de luz es negra y el color negro es el que no refleja ninguna luz."

"Las riquezas que el hombre encuentra cuando busca hacia abajo son negras, como el petróleo y el carbón. Todo se aclara cuando dirige la mirada hacia arriba. No es por accidente que las nubes y los ángeles son blancos, ni que las almas blancas son las que llegan al cielo."

"Cuando el humano muere la carne se le pudre y desaparece. Sólo los huesos y los dientes perduran. ¿Por qué? Por ser las únicas partes blancas del cuerpo."

"Los espíritus nobles se inclinan hacia lo blanco. De ahí que las túnicas de los santos, los uniformes de las enfermeras y los vestidos de las novias sean blancos. Blanca también es la ropa interior de las vírgenes, mientras que la de las mujeres impuras es negra."

"La hostia consagrada es blanca porque está destinada a combatir los pensamientos negros de la mente, de la misma manera como los glóbulos blancos combaten las infecciones del cuerpo."

"Al descarrilado de una familia se le llama 'oveja negra', y del malvado se dice que tiene el alma negra."

"No se le da carta blanca a quien practica la magia negra, ni se le paga con cheque en blanco a quien trafica en el mercado negro."

"Preferible esquiar en el Monte Blanco que nadar en el Mar Negro, como preferible es morir por arma blanca que por la peste negra."

"La edad de la insensatez tiene cabellos oscuros; la de la sabiduría los tiene blancos."

Cuando se graduara de la universidad, Schtrumpkrautenkopf pensaba dedicarse a la política para promover sus ideales. Su meta era fundar el “Partido Blanco de América” y llegar a ser presidente de los Estados Unidos, no sólo para influir en la marcha del mundo, sino para vivir en la Casa Blanca.

Frente al presidente de la fraternidad había que cuidarse la lengua. (No es que la lengua estuviera corriendo peligro, aclara Mohamed.) Expresiones como "elefante blanco", “tiro al blanco” o "trata de blancas" lo sacaban de quicio. (Mohamed advierte que locuciones como "sacar de quicio" no deben tomarse al pie de la

letra... y "pie de la letra" tampoco.) Blancas podían ser las noches de San Petersburgo, las magnolias y los lirios, la niña adorada de los siete enanitos, y hasta la leche y el azúcar. Pero en especial, blanco era lo noble, lo espiritual. Blancas eran las artes y las ciencias. Blanca era la literatura, como el papel en que estaba escrita.

"El papel escrito o impreso es el objeto más maravilloso que existe en el mundo, pues encierra un pensamiento. Una hoja de papel puede contener la teoría de la relatividad de Einstein, la filosofía de Platón, la poesía de Byron."

Yo le rindo culto a la cultura decía Adolf sin ocultar su fervor.

En efecto, su afición por la cultura era excedida solamente por su obsesión de la blancura. Constantemente trataba de inculcarle a los miembros de la fraternidad, más interesados en divertirse que en ideologías, el doble principio de la blancura y la cultura.

Schtrupkrautenkopf compraba no menos de dos centímetros de libros por semana. Cuando iba a una librería, siempre llevaba consigo una regla para medir el grueso del libro que quería comprar. Si el libro medía menos de dos centímetros de pasta a pasta, compraba dos libros para llenar su cuota semanal. Una persona culta, decía él, tiene que absorber por lo menos diez centímetros de cultura al mes. Compraba libros sobre cualquier tema, pero prefería los libros de política y filosofía. Estaba orgulloso de poseer más de veinte metros de libros serios, y se vanagloriaba de que su biblioteca personal crecía a razón de un metro con cincuenta todos los años.

Para familiarizar a su hermano menor con la cultura, lo ponía a revisar los libros que compraba y le pedía que separara con un cuchillo las páginas que estuvieran pegadas. "Heinrich debe sacar mucho provecho de estar en contacto con tanta sabiduría," se decía Adolf. En realidad, la separación de páginas había despertado en el adolescente una gran pasión, no por la literatura, sino por los cuchillos.

Ciertamente, el hogar de los Schtrupkrautenkopf era un hogar civilizado donde la cultura reinaba por encima de todo. Además de la biblioteca atiborrada de libros, la casa estaba llena de interesantes manuscritos, mapas antiguos y objetos de arte. En el balcón había un telescopio que servía para ver los planetas en las noches despejadas, y para observar lo que hacían los vecinos en las noches nubladas y en las despejadas.

La madre de Adolf, Gertrude Schtrupkrautenkopf, escribía historietas para niños. Entre sus cuentos mejor acogidos se encuentran *Caperucita Blanca, El Corsario Blanco* y *Barba Blanca*. Gertrude era amante del arte y con frecuencia compraba óleos de artistas alemanes y austriacos desconocidos, todos de gran tamaño (los óleos, no los

artistas). Los cuadros que compraba no eran antiguos ni valiosos, pero según la señora Schtrupkrautenkopf, tenían un "no sé qué" muy especial. Periódicamente cambiaba algún cuadro, cuando encontraba otro que combinaba mejor con el color de las cortinas.

El padre de Adolf, Rudolf Schtrupkrautenkopf, también era amante de las artes, pero no de las artes plásticas sino de las marciales. Renombrado pedicuro (curaba pies, no pedos), en el fondo de su corazón era un militar frustrado. Estaba orgulloso de la cicatriz que marcaba su mejilla izquierda desde los veinte años, cuando un camarada del Club de Esgrima le hizo el favor de implantarle el *schmisse*, esa señal de valor y virilidad, según la mejor de las tradiciones prusianas. Rudolf trataba a todo el mundo despectivamente y no toleraba que lo contradijeran. Se empeñaba en imponer sus opiniones aun cuando se discutían temas que desconocía, lo cual era la mayoría de las veces, pues en todas las materias los conocimientos de Rudy eran... rudimentarios. Además de petulante, Rudy era… rudo. Conocía todas las armas que el *homo bellicus* se ideó a través de los siglos, y era considerado una autoridad en armas blancas. Su lectura preferida eran las crónicas que sobre las grandes batallas de la historia escribieron los comentaristas militares, o los sobrevivientes de las mismas. Le gustaba analizar las batallas y especular a cerca de lo que hubiese ocurrido si los ejércitos hubieran obrado de manera diferente. Precisamente porque consideraba que servía para desarrollar su capacidad de estratega militar, jugaba ajedrez dos veces por semana, tomándose para sí las fichas blancas, claro está.

El tío de Adolf, Kurt Schtrupkrautenkopf, era director de cine. Tenía una compañía llamada Kurt-Metrage que había producido, entre otras, varias películas muy exitosas, como *Las Zapatillas Blancas, Las Blancas Nieves de Kilimanjaro* y *Arsénico y Encaje Blanco*, además de una serie de cuatro películas cómicas, intituladas todas *La Pantera Blanca*. No obstante sus éxitos, Kurt decía con modestia: Mis películas no valen nada, comparadas con *Casablanca*.

El octogenario abuelo de Adolf, Gunther Schtrupkrautenkopf, no leía mucho. Manifestaba su cultura en la compra de discos de música clásica. Semanalmente compraba dos horas y media de música. El hecho de que comprara semejante cantidad de discos se hacía tanto más meritorio por cuanto el viejo era totalmente sordo. Gunther compraba de todo, menos nocturnos, porque los asociaba con el negro de la noche. Se vanagloriaba de haber logrado coleccionar todas las obras para piano a cuatro manos y todas las de dos pianos para cuatro o más manos, además de unas raras grabaciones de las tocatas para tres y cinco manos del compositor italiano Bracciano Manco. Gunther tenía más de tres mil horas de música. Disco sobre disco, ¡siete metros

de cultura musical!

Es de suponer que si el joven Heinrich heredó de Rudolf, su padre, la pasión por las armas blancas, el hermano mayor de Adolf, Otto Schtrupkrautenkopf, heredó su talento musical del abuelo Gunther. Desde que principió a balbucear sus primeras palabras se hizo evidente que Otto tenía un extraordinario oído musical ("verdad a medias", advierte Mohamed, y asegura que los dos oídos eran igual de buenos). A la edad de cuatro años no quería hacer otra cosa que tocar el piano; a los veinticuatro ya había descubierto cómo sacarle música. Fue por ese entonces que resolvió hacer de la música su carrera. Compuso a la carrera un par de piezas y convenció a su abuelo sordo de que algún día sería un gran compositor (él, no su abuelo). Para sorpresa de cuantos lo conocían, así fue. Otto compuso más de un centenar de sonatas y sonatinas para clavicordio, y quién sabe cuántas piezas para piano. Todas ellas tenían la particularidad de requerir el uso de las teclas blancas únicamente. Las obras de Schtrupkrautenkopf eran de fácil ejecución, salvo las que compuso para contrabajo, las cuales sólo podían tocarse con trabajo. Muchas de sus composiciones eran en realidad obras de los grandes genios de la música que dejaron su huella en la historia de la humanidad. Otto tomaba dichas obras □desbaratadas, a su modo de ver□ y las "componía". Les implantaba su espíritu. Enmendado por Otto, un concierto de cierto estilo quedaba de un estilo incierto que causaba desconcierto. Un concierto de Brahms, por ejemplo, ya no era el mismo; era Otto. A él (a Otto, no a Brahms) un minueto le duraba una hora. Todo lo estiraba. Los oratorios le duraban horas y las misas, meses; pero más largas aún eran sus composiciones para instrumentos de cuerda, las cuales duraban hasta que se les acababa la cuerda. Sus obras largas por lo general eran pesadas, y las no muy largas, pesadillas. Tan pesados eran sus conciertos para piano y orquesta, que sólo los pianistas de regia musculatura podían con ellos. Si el pianoforte no era fuerte, se quebraba. El público no se aguantaba esas creaciones largas y pesadas. Para aplacar las críticas, Schtrupkrautenkopf compuso varias obras de una brevedad sin precedentes. La pieza más breve que logró componer tenía una sola nota, **no ta**n fácil de tocar, como **nota** el mismo compositor en un *étude* que escribió de *impromptu*. Otto sostiene que compuso una obra aún más corta, en tiempo de 0/0 (cero ceros, no porcentaje), que termina al mismo tiempo que principia, pero en vista de que es imposible oírla, los musicólogos opinan que no es una verdadera composición musical, sino, más bien, una música en descomposición.

En las orquestaciones de Schtrupkrautenkopf nunca figura ningún tipo de tambor. "Aunque los instrumentos de percusión no tienen nada de malo *per se*, son afines a los de **perse**cución y sólo

deben utilizarse en las *fugas*," explica el compositor.

Otto también componía música de cámara de retratar, música brillante y música muy brillante (toda en clave de *sol*) que encandilaba a los oyentes y enceguecía al director de orquesta. Otto mismo consideraba que su nocturno *Claro de Luna*, en clave de *sol*, era su creación más esplendorosa, más aún que la sonata de Beethoven del mismo nombre, que además de ser en clave de *do* (sin *u ña*), tiene muchos bemoles. "Mi nocturno es realmente magistral, le dijo con mucha convicción y poca modestia al director de la revista *Talento*. "Está lento, pero suena bien," opinó el director.

Inspirado por Bach (Johann Sebastian, no Offen), Otto compuso su propia versión de *Las Cuatro Estaciones*, que él subtituló *de Ferrocarril, de Gasolina, de Bomberos* y *de Radio*, siendo esta última la más musical de todas. A propósito de *Las Cuatro Estaciones*, cabe señalar como dato curioso que es peligroso para la salud escuchar ciertas obras de Schtrupkrautencopf en determinadas estaciones del año. Por ejemplo, el *Divertimento Otomano* de Otto causa otitis en otoño; su *Oda al Eterno* (prohibida por el gobierno) daña el oído interno si se escucha en invierno; su *Música de Cabecera* produce en la cabeza cera, fisuras en la cadera, y hasta ceguera si se oye en primavera; y su *Canto Antillano*, cuando se toca en verano, causa temblor de la mano y escozor en el ano.

Ciertas partituras que Otto quería guardar en secreto las escribía en clave-címbalo. Su composición predilecta era el *Preludio en Tres Partes*: la positiva, en clave de *si*; la egoísta, en *mi*; y la más corta, en *la menor*. Otra obra de la cual estaba orgulloso era la balada que compuso inspirado por el poema de García Lorca, *La Casada Infiel*, en la cual el compositor aprovecha las posibilidades del triángulo, se sirve extensamente del sexofón, pone los cuernos con frecuencia, explota hábilmente a la soprano y la viola. "¡Inmoral!", opinaron los críticos, refiriéndose concretamente al divertimento escandaloso en el primer movimiento y a la tocata desvergonzada en el cuarto.

Schtrupkrautenkopf despreciaba la música popular y la folclórica (en especial los *negro spirituals*), a pesar de que él mismo componía mucha música ligera. Varias de sus obras más ligeras se elevaron por el aire y nunca pudieron ser recuperadas.

"Los músicos de una orquesta sinfónica son artistas; los de una banda, bandoleros", afirmaba con autoridad. "Una banda puede tener cualquier número de músicos entre ocho y ochenta, pero una orquesta sinfónica debe tener exactamente cien músicos. Ni uno más; ni uno menos." Sus exigencias para las orquestas eran estrictas; para las bandas, elásticas. El público no soportaba los *capriccios* del compositor y consideraba sus *scherzos* de mal gusto, pero en cambio le fascinaba sus *fugas*, que eran todas espectaculares.

Más espectacular aún es su *Coro del Pintor*. El título de la obra se debe a que la partitura fue escrita sobre un calendario que decoró Corot. La escandalosa corografía y coronación del coro es lo que lo hace tan espectacular: Una copla es cantada sucesivamente por varios coros, cada uno integrado por señoras vestidas con menos prendas que las del coro anterior. La música va de coro en coro hasta que se pierde el decoro. Entre las composiciones de Schtrupkrautencopf que mejor acogida tuvieron se destacan *El Danubio Blanco, Rhapsody in White,* y las óperas *Simon Boccabianca* y *Lohenweiss*. Cuatro obras que compuso para evocar la patología del ser humano y que causaron calurosa polémica lo hicieron merecedor del gran premio "Batuta de Oro" de la Academia de Música, así como del menos grande, "Termómetro de Mercurio", de la Academia de Medicina. Las controvertidas obras fueron: *Síncope*, rapsodia sentimental, de ritmo sincopado, que conmueve el corazón; la suite *Diabetes*, conjunto de melodías dulces; la marcha *Trombosis Coronaria* (trombón, coro); y *Pulmonía*, nocturno para instrumentos de viento. Aunque nunca obtuvo un premio, la obra que más lo merecía, según los entendidos, es su muy original cantata número 0, en la cual nadie canta, intitulada *Cantata Sin Fonía.*

Brünnhilde, la blanquísima y rubia hermana de Adolf, seguramente también heredó su talento musical de su abuelo Gunther. Adoraba el *bel canto*, salvo las serenatas, por las cuales tenía una aversión similar a la de su abuelo por los nocturnos. Lo que más le fascinaba eran las óperas, por estar llenas de arias. Las de Wagner eran las que mejor conocía, pero en las baladas germanas del medievo era igual de ducha. Su dicha era cantar en la ducha. También cantaba en reuniones sociales y los hombres se deshacían al escucharla. "Cuando canto, encanto", decía ella, dándose aires de *prima donna*. Su familia entera la idolatraba, menos su prima Dona, quien sostenía que Brünnhilde era más probajo que contralto. En realidad, Brünnhilde era *mezzosoprano*, porque las arias para soprano las cantaba a medias. Esto se debía no tanto a su voz, sino a su manía de interpretar partituras cuyo tenor no conocía bien. No obstante, todo el mundo estaba de acuerdo en que su solfeo era lindo.

Brünnhilde tenía varios profesores de música, todos de edad avanzada. Su maestro de ópera era un argentino desprendido del dinero, que no cobraba por sus lecciones. "Me río de la plata", le dijo a Brünnhilde en cierta ocasión, mientras la preparaba para representar una obra de Gershwin. "Como ves, esta vez vos vas a hacer la voz de Bess *vis-à-vis* Porgy, cuya voz de *bass* vas a acompañar." Inicialmente Brünnhilde se había negado a interpretar un personaje negro. Prefería ser la heroína rubia de *Tristan und Isolde*, tan triste e isofónica como pocas, pero accedió a ser Bess por deferencia a su profesor. Brünnhilde

respetaba mucho a los catedráticos. Su maestro de canto gregoriano era un enano americano de origen mexicano que se hacía pasar por italiano. Lo conoció en Milano, se llamaba Mariano y era organista del Vaticano a pesar de ser luterano. Con sus alumnos era un tirano. Cual militar prusiano, se levantaba temprano y seguía un orden cotidiano. En un tiempo lejano había sido un aldeano fuerte y lozano, como un buey africano; mas los años no pasaron en vano, y ahora era un anciano de pelo cano y aspecto malsano, encorvado como un banano. A duras penas se veía humano. Brünnhilde lo quería como a un hermano. Lo hizo confidente cercano y siguió siempre su consejo arcano: prepararse de antemano, comer sólo carne de marrano, en especial jamón serrano, y no cantar sin acompañamiento de piano y sin tener un pañuelo en la mano. Brünnhilde cantaba sólo lo más liviano. Lo pesado lo rechazaba de plano, porque si forzaba su voz de soprano le parecía tener un habano cubano en la boca y en el ano un gusano.

Otro hermano de Adolf, Hermann, o simplemente "Mann", como solían llamarlo los amigos, era el deportista de la familia. Según el estado de ánimo en que se encontrara, Adolf lo llamaba querido hermano, o querido Hermann o querido Herr Mann. Hermann, como todos los miembros de la familia, también manifestaba una marcada inclinación por la cultura, aunque en su caso, por la cultura física. Amaba el deporte; en especial, verlo. Le encantaban los partidos de cualquier juego que se haga con pelotas blancas. Los deportes basados en agresión y violencia, como la lucha y el boxeo, le fascinaban. Sus predilectos eran los de las disciplinas marciales del Oriente. En su adolescencia practicaba *jujitsu* y *karate*; pero no *judo*, porque creía que era un deporte judío. Durante los años que practicó *karate* se esmeró por mantenerse novicio para no ascender de categoría y perder el cinturón blanco. En más de una ocasión Adolf Schtrupkrautenkopf tuvo que aguantarse puños y cachetadas cuando a su querido hermano Hermann le daba por practicar la técnica del ataque sorpresivo. Con el dolor del alma, Hermann abandonó el *karate* y se despojó para siempre de su preciado cinturón blanco el día en que Adolf, en legítima defensa, le puso un ojo negro.

Hasta los perros de la casa eran cultos. Había tres en total, llamados Hans, Franz y Fritz. Podían reventarse antes de defecar u orinarse dentro de la casa. La señora Schtrupkrautenkopf los odiaba desde el día que su marido los trajo, todavía cachorros. No podía entender cómo Rudolf había comprado perros de semejante color, habiendo blancos tan bonitos. "Pensé comprar un Pastor Alemán (no piensen que se trataba de sobornar a un cura, advierte Mohamed), pero compré los Rottweiler porque no hay perros más feroces que ésos", fue la explicación de su marido, que nunca la dejó satisfecha (la

explicación, claro está). Y, en efecto, los canes crecieron fuertes y feroces, para deleite de los varones de la casa. Obedecían órdenes ciegamente (los perros, no los varones, observa Rosenblatt; los historiadores dirían que tanto los unos como los otros). Hans, Franz y Fritz entendían cuando se les ordenaba: "De pie", "venga", "siéntese", y muchas otras cosas, pero siempre y cuando las órdenes fueran dadas a gritos y en alemán. Si en la mitad de un paseo Rudolf llegaba a gritarles: "¡*Mach pipi und kaka, schnell*!", los perros hacían sus necesidades en el acto, tuvieran ganas o no.

El presidente de *Alfa Alfa* nunca llegó a ser amigo cercano de Christian White, pero fue la persona que más lo influyó en aquella época de la vida en que se es idealista y se quiere reformar el mundo.

De sus años universitarios Christian habría de guardar dulces recuerdos: amigos y amigas, tertulias en los dormitorios o en el bien podado césped del campus, fiestas de estudiantes, noches de parranda, sesiones de la fraternidad... Como era de esperar, ni Christian ni ninguno de los miembros de la fraternidad lograron reformar el mundo. Tampoco es que se hubieran esmerado mucho. Con el correr de los años, fue el mundo el que los reformó a ellos.

X

Christian White gozó de cuanto la vida de estudiante podía ofrecer. Problemas personales no tenía, y los de la humanidad lo tenían sin cuidado. No los veía, y hasta es probable que ni supiera que existían. Siguiendo lo que él creía ser enseñanzas de su madre, había "apagado el receptor" a lo feo de la vida. Una época tan buena como la que tuvo en la universidad no se vuelve a repetir. "Juventud, divino tesoro, te vas para no volver", dice el poeta. El pragmatista agregaría: "Pero mientras estés aquí, hay que aprovechar". Más veces que menos, el joven de veinte años obra antes de pensar. En su despreocupada alegría cree que se va a pasar la vida jodiendo, cuando la realidad puede ser que se la pase jodido.

Christian no sólo gozó sus años universitarios, sino los aprovechó en el sentido académico. Cuando se graduó al cabo de cuatro años, recibió un título en ciencias políticas que, si bien lo llenó de satisfacción, no le sirvió para nada. No encontró un trabajo acorde a su nivel académico y tuvo que emplearse como mesero, sirviendo moussaka y papas asadas en el restaurante de Mustafá Papasadas, *La Isla del Sol*. Mustafá era un viejo con cara de pocos amigos que trataba brutalmente a sus trabajadores, exigiéndoles rendimientos imposibles, gritándoles y pagándoles mal. Le había puesto a su restaurante el nombre de *La Isla del Sol* en honor a Creta, su tierra natal. Para sus clientes, Papasadas era griego; para sus empleados, cretino.

—Nadie valora mi profesión —se lamentó Christian.

—No estudiaste una profesión, sino una ciencia social, lo cual no es lo mismo— le dijo Adam en un vano intento de alentar a su hijo.

—¿Y para servir en un restaurante tenía que matarme estudiando tanto?

—A veces es preferible sentirse bien que estar bien.

Con frecuencia el humanista profesional soltaba frases como ésa, que no aclaran ni indican nada, y que dejan a quien las oye preguntándose qué quiso decir.

Christian trabajó duro y mal pagado durante un año antes de ingresar de nuevo a la universidad para sacar su maestría. Dos años más tarde, tras asistir a incontables conferencias, pasarse infinidad de días en la biblioteca consultando libros, y noches enteras estudiando

hasta el amanecer, obtuvo su diploma, el cual presentó orondo a su padre.

—Estoy orgulloso de ti, hijo— le dijo Adam, y para sus adentros pensó: "Este diploma, como el anterior, no sirve pa' un culo".

La única persona que le ofreció trabajo a Christian fue Mustafá Papasadas. Esta vez no lo necesitaba para atender en las mesas sino para lavar platos, trabajando en jornada más larga por un sueldo inferior. ¡Qué degradación!

Cuatro meses estuvo Christian sudando en *La Isla del Sol*, y quién sabe cuántos más hubiera seguido allá si no fuera porque un buen día Placido Bravoleone, su amigo de la infancia, se apareció con una propuesta:

—Mi papá me regala frecuentemente cuadros de arte; más de los que me interesa coleccionar. ¿Te gustaría ayudarme a venderlos?

Desde que Placido fue expulsado de la escuela antes de terminar el bachillerato, nunca volvió a sostener un libro en las manos. No trabajaba (al menos, nadie lo veía trabajar) y vivía dedicado a la gran vida. Frecuentaba los restaurantes más costosos, fumaba los mejores cigarros cubanos, usaba las camisas de seda más finas y vestía solamente trajes confeccionados por Elvis T. Shick, el mejor sastre de la ciudad. Andaba siempre en compañía de hermosas mujeres y poseía dos Mercedes (de los que tienen fuerza motriz y bocina; no de las que tienen fuerza, matriz y vagina). Nunca le faltaba dinero y Christian, más de una vez, se había preguntado de dónde lo sacaba. Estaba seguro de que su padre no se lo daba (el padre de Placido, no el de Christian). Probablemente, tampoco le regalaba los cuadros que quería vender. Nada de raro tendría, pensó Christian, que los saque de la galería de su padre durante los viajes de éste, sin el conocimiento —ni mucho menos el consentimiento— del viejo Bravoleone. Pero ese no es asunto mío, concluyó.

—Me encantaría ayudarte a venderlos.

Y es así como, de la noche a la mañana, Christian White pasó de lavador de platos a vendedor de obras de arte. No sólo fue un drástico cambio de oficio, sino de estilo de vida. Principió a frecuentar galerías de arte, lo cual no había hecho desde los tiempos de Sheila Fox. Conoció dueños de galerías, coleccionistas, artistas y toda clase de bohemios. Se pasaba horas enteras en los lugares frecuentados por pintores, sobre todo en el Café Dada, donde se mantenían los intelectuales —los verdaderos y los falsos— discutiendo sobre el arte, la literatura y la política.

En el Café Dada fue donde conoció a Cathy, una negra muy bonita, sensual y grande, muy grande, dos metros de mujer. Hacía parte del círculo de amigos de Daniel García Vásquez, un talentoso escritor latinoamericano que hasta ese entonces no había logrado

hacerse publicar ninguna de sus obras. Aunque hablaba inglés a la perfección, García Vásquez escribía solamente en su propia lengua (¡Desechad la imagen del escritor frente al espejo, con la pluma en la mano y la lengua fuera! advierte Mohamed; García Vásquez escribía sobre papel).

Christian fue bien recibido en el círculo de amigos, a pesar de ser el único no comunista entre ellos. Todos los del grupo tenían en común un rencor patológico hacia la humanidad. Jóvenes, excéntricos, inteligentes pero lejos de ser brillantes, inexplicablemente se mantenían unidos no obstante sus marcadas diferencias. Eran nueve en total: Daniel García Vásquez, *el colombiano*, como lo apodaban los amigos, escritor que odiaba a todos los ricos; *el francés*, Shacques Pierre Soyeau, dramaturgo con pretensiones de grandeza, que también odiaba a todos los ricos, salvo a sus amigos ricos; *el siciliano*, Honorio Franco, embustero crónico, sin oficio, que odiaba a los ricos por tener dinero, y despreciaba a los pobres por no tenerlo; *el sudafricano*, Federico Diamant, gemólogo, el único brillante del grupo, quien era el que más odiaba a los ricos (para jorobarlo sus camaradas lo llamaban Fede Rico); *el andaluz*, Romeo Valentino, torero, trovador y amante profesional, que odiaba a todos los ricos, salvo a las viudas ricas; *la californiana*, Lisa Curtis, de pelo liso y corto, senos grandes y sesos pequeños, pestañas postizas, casi bonita, con nombre adoptado y aspiraciones de actriz, que odiaba a todos los hombres, salvo a los buenos mozos ricos; *el jamaicano*, Tom Tatatum, baterista de una orquesta de jazz, que odiaba a todos los blancos ricos; Cathy Seanfol, *la sudanesa*, de piel siempre húmeda, negra y brillante, que odiaba a quienes la miraran con lujuria, es decir, a casi todos los hombres; y *la griega*, Flora Tricomopoulos, bacterióloga que odiaba a todo el mundo.

Cada uno de ellos iba al Café Dada dos o tres veces por semana, a eso de las cinco de la tarde, de manera que todos los días se formaba una tertulia.

—En los viejos tiempos un escritor era un escritor —comentó Federico Diamant en alguna de esas reuniones—. Hoy día un escritor no es más que un operario de computadora.

—¡Qué exageración! —protestó García Vásquez— Yo ni siquiera sé cómo se usa una computadora. Escribo en mi vieja Underwood.

—Eso es porque eres un escritor a la antigua. Pero todo escritor moderno usa una computadora.

—Una procesadora de palabras —precisó Shacques Pierre.

—Lo que sea —dijo Lisa—. De todas maneras tiene que escribir.

—Casi que no —volvió Federico a su tesis—. Pronto inventarán

la *Procesadora de Diálogos*. Cuando sale en la pantalla el letrero "Tema:", uno escribe "amor", *enter*. Aparece "Protagonistas - Hombre:" "Jorge", *enter*. "Mujer:" "María", *enter*. "Número de palabras:" "1000", *enter*, y listo. La computadora te da el texto:

"Te amo, María."

"Jorge, mi amor," etc., etc., hasta completar mil palabras.

Risas.

—Pum pum —dijo Christian White, dándole golpecitos a la mesa mientras miraba fijamente a *la sudanesa*—. Golpeando en las puertas del amor. *Enter*.

Todos se rieron, menos ella. La bella negra no reaccionó, pero el solo hecho de no indignarse era en sí significativo, ya que generalmente prorrumpía en vituperios ante el menor intento de flirteo.

Christian le había puesto el ojo a Cathy desde el momento en que la vio por primera vez. Nada de extraordinario había en eso, pues no había quien no se exaltara ante la presencia de esa negra monumental. Grandísima pero muy bien proporcionada, despertaba en los hombres los instintos sexuales más primitivos. Todos los amigos —sin excepción— habían intentado en alguna ocasión coquetear con ella, pero se habían encontrado ante un rechazo tan categórico y brusco que ninguno se atrevió a intentar de nuevo. Sólo uno ensayó más de una vez, el más valiente, Valentino, pero terminó dándose por vencido ante las constantes negativas. No es que *la sudanesa* no tuviera vida sexual —exudaba sexo y desde lejos se le notaba su lasciva disposición—, pero sus actividades carnales aparentemente se llevaban a cabo fuera del círculo de parroquianos del Café Dada.

Sin darse cuenta del asombro de sus amigos, Cathy empezó a aceptar los avances de Christian que se hacían cada vez más frecuentes. El día en que salieron juntos del Café Dada, Romeo Valentino se quedó boquiabierto.

—No sé qué le ve.

—Es el color de la piel —dijo Flora Tricomopoulos—. Los extremos se atraen, y él es tan blanco...

—Pues a mí las blancas no me atraen —gruñó Tom Tatatum.

—Ni a mí tú —le gruñó de vuelta Lisa, y añadió lisa y llanamente—: Ni tú ni tus ridículos tambores.

Christian salió del Café Dada algo turbado. De una parte estaba contento (¿orgulloso tal vez?) de caminar acompañado de una mujer tan llamativa, de otra parte se sentía incómodo (¿avergonzado tal vez?) de estar con una negra de semejante estatura. La gente debe verme como un enano al lado de ella, pensó. Estaba equivocadísimo. La gente no lo veía como un enano. La gente simplemente no lo veía.

Se había vuelto invisible al lado de la negra escultural que monopolizaba toda la atención.

La acompañó hasta la casa, a unos quince minutos del Café Dada. Christian no dijo ni una palabra mientras caminaba a marcha forzada para mantenerse junto a Cathy, cuyas piernas bien moldeadas parecían transportarla a través de otras latitudes. No le habló porque le quedaba difícil volver la cara hacia arriba y caminar rápidamente a la vez.

¿Puedo subir? le preguntó cuando llegaron a la casa.

Ahora no. Tengo cosas que hacer.

¿Qué tal si salimos a cenar esta noche?

No creo que me gustaría salir, pero ven esta noche y con una coqueta sonrisa agregó: Te espero a las ocho.

A Christian le quedaron sonando las palabras en la mente toda la tarde. "Te espero a las ocho." No quiere salir, pero me espera a las ocho, se decía mientras miraba el reloj cada diez minutos. Es evidente que me insinuó algo.

Caminó por las calles sin rumbo determinado, pues no tenía paciencia para nada fuera de esperar que se hicieran las ocho. Le sorprendió sentirse tan excitado, dada la mundana experiencia que él se creía tener. Faltando veinte minutos para la hora se hallaba frente a la casa de Cathy, recorriendo la cuadra de un lado al otro antes de tocar el timbre, exactamente tres minutos antes de las ocho.

¿Christian? preguntó la voz por el desgastado intercomunicador.

Sí.

Sube. Apartamento 2C.

¿12?

No, 2C.

Eso es lo que dije.

No, dijiste 12.

Por eso: doce.

–Oiga: 2C

–¿Dos E?

¡No, no! 2C. Sube al segundo piso y darás con la puerta, la que tenga C.

¿Tenga sed?

C, la letra.

Ah.

No, C.

¿Qué es lo que no sabes?

¡Por Dios, Christian! Apartamento 2C. El número dos seguido de la letra C. Como está escrito al lado del botón que acabas de apretar.

–¿2C?

–¡Viva!

–Bah.

– ¿Ves?

Vi.

Bien.

Bueno.

Ven.

Voy.

Bye.

–*Bye*.

El edificio era viejo y mal iluminado. Sobre el botón del ascensor un letrero avisaba que estaba fuera de servicio (el ascensor, no el botón). Christian subió por las escaleras. Antes de tocar, la puerta marcada "2C" se abrió.

Hola, Chris lo recibió Cathy con una sonrisa.

Hola contestó sin mirarle la cara, pues la vista se le iba hacia el cuerpo medio desnudo que él no se había imaginado encontrar en negligée.

Entra dijo ella halándolo de la mano. Te estaba esperando.

Cerró la puerta y se pegó a él.

Te estaba esperando repitió en una voz profunda y sensual.

Tomó la cara de Christian entre sus manos y se la acercó como si hubiera cogido una toalla para secarse el rostro. Miró un segundo los labios sorprendidos del joven antes de darles el beso más chupado que jamás recibieron. Fue un beso largo y lascivo, que Christian recibió empinado en la punta de los pies, sin saber qué hacer con las manos. Cuando Cathy lo soltó pareció perder estatura, como si se hubiera desinflado. Cuanto menos, un barajuste de presiones hubo, pues el pene resultó inflado. Lo que le habían hecho arriba le repercutió abajo.

Ponte cómodo le dijo Cathy.

Christian se acomodó el bulto por debajo del pantalón. Luego, más a tono con lo que Cathy quiso decir, se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá.

¿Quieres un trago?

Gracias. ¿Qué tomas tú?

Whisky, *Black and White*.

¿Mezclados?

Es la marca del whisky.

Ah... Prefiero una copa de vino, si no te importa.

¿Tinto?

Blanco.

—Me lo supuse —dijo la negra.

Cathy sirvió los licores, y sosteniéndolos en las manos se sentó junto a él.

Durante toda la tarde Christian se había imaginado su encuentro con Cathy. Si no saldrían a comer —como había dicho Cathy— él haría una demostración de sus habilidades culinarias en la casa de ella. Durante la cena hablarían sobre alguno de los temas que él ya había pensado, seguramente se tomarían unos tragos, pondrían unos discos de música suave y, tal vez, bailarían antes de que él la acariciara y la besara, si es que ella lo permitiera. Todo se había imaginado, menos ese recibimiento inflamatorio.

No hubo conversación. Apenas se sentó Cathy él se le arrojó encima, incapaz de contener su deseo. Buscó los labios que lo habían enloquecido y se dejó tragar por ellos. En el acto sintió una punzada en el pecho.

—¡Mi corazón! —gritó aterrado.

Era la copa de vino que se había reventado entre sus cuerpos.

—¡Mi amor! —le contestó ella.

Christian percibió el licor rodándole por el pecho.

—¡Mi camisa!

—¡Mi bata! —se apresuró a exclamar ella al ver que él se quitaba la camisa, y sin pérdida de tiempo se despojó de su negligée.

Esta vez fue Cathy la que se le arrojó encima. Parecía aún más enardecida de deseo que él. Christian perdió el equilibrio y los dos rodaron por el suelo. Entrelazados, suspirando y gimiendo, se revolcaban sobre la alfombra en una especie de salvaje lidia precopular. De repente Cathy principió a desvestirlo con furia, arrancándole las prendas del cuerpo.

—Espera un segundo —alcanzó a decir Christian con voz entrecortada, y se puso a quitarse la ropa que aún le quedaba.

La mujer hizo otro tanto.

—Ven —dijo ella poniéndose de pie.

Cuando Christian vio desde el piso el cuerpo desnudo de la negra, erguido como una diosa monumental, cayó en la cuenta de que Cathy no era el diminutivo de Catherine, sino de catedral.

—Ven —repitió ella, y se dirigió velozmente a la alcoba.

Christian la siguió con el pene señalando el camino.

Hicieron el amor con desesperación: Encima de la cama, al borde de la cama, arriba él, abajo él, a un lado ella, al otro lado ella, de una forma y de otra forma, en todas las poses, como en una película pornográfica. En blanco y negro, claro está. Mientras las cuerdas vibraban, trompetas repicaron en la alcoba. La percusión retumbaba en medio del temblor de tierra. El órgano estaba a punto de explotar, así como el cráter del volcán que regurgitaba piedras y

bocanadas de vapor. De repente todo estalló en una erupción de lava, campanazos por doquier y una espléndida eyaculación de luces de Bengala. Hubo un largo rato de placidez. Era el *intermezzo*. En la segunda parte se repitieron más o menos los mismos movimientos: *staccato, crescendo, a tempo, accelerando, fortissimo, sostenuto* y *adagio*. De nuevo volvió la calma. Las campanas dejaron de sonar; sólo los pajaritos quedaron volando sobre la cama.

—¡Oh, Chris! —dijo ella *sotto voce*— ¡Qué terremoto! ¡Qué música!... Lástima que se nos acabó —añadió, pasándose las manos sobre los senos.

—**Se nos**acabó —repitió Christian... y suspiró.

Aún no sabía que desde ese momento su vida había cambiado para siempre. Lo vino a saber media hora más tarde, bajo la ducha de agua caliente. Al principio creyó que no había visto bien, porque el coito violento lo había dejado mareado. Ofuscado, se jabonó y se enjuagó dos veces, pero de nada le valió. Con horror constató la inexplicable realidad: tenía el pene negro.

X I

¿Es grave?

El nonagenario y muy afamado médico español, Casimiro Alvarado, volvió la cabeza hacia arriba, retirando la vista del pene negro y fijándola en el blanco rostro de su paciente. Se llevó la mano a la oreja y con sus dedos temblorosos bregó unos momentos hasta graduar el aparatito de ayuda auditiva.

¿Es grave? preguntó otra vez Christian White.

Sí, bastante grande, diría yo.

No. Grave, grave repitió Christian en voz alta.

¿Grave? Me luce que sí.

¿Qué tengo, doctor?

¿Y es fuerte el dolor?

No, no me duele voceó Christian.

Menos mal. ¿Dice usted que el cambio fue repentino?

Sí señor contestó Christian, y asintió con la cabeza para mayor seguridad.

Debo confesar que en mis largos años de profesión médica nunca oí de un caso como el suyo.

"Muchas son la cosas que usted no ha oído", pensó Christian. Casimiro se rascó la cabeza.

¿Y dice usted que el cambio ocurrió después de haber tenido relaciones sexuales?

Después, o durante.

Entiendo, con su amante.

Lo que dije fue "durante".

Ah, sí, en el momento culminante. Yo también lo hacía cuando era joven.

Yo no dije culminante.

Sí, claro, muy excitante.

No dije que fue excitante gritó Christian.

¿Dijo, entonces, incitante?

¡No!

¿Irritante?

¡No!

¿Repugnante?

¡No, no!

Entonces ¿cómo dijo que fue?

Dije que no sé si pasó después o durante.

¿Un trasplante? No, hombre, no es para tanto.

No le estoy pidiendo un trasplante gritó Christian aún más duro.

Entonces ¿qué es lo que me pidió? ¿Un calmante? ¿Un purgante? Mejor no pida nada, jovencito, y déjeme a mí decidir.

En un gesto de desesperación, Christian levantó los brazos hacia los lados y los dejó caer contra el cuerpo.

¡Uf! exclamó.

No se impaciente, hombre le dijo Alvarado.

El doctor Casimiro Alvarado usaba unos lentes sumamente gruesos, a través de los cuales los ojos se le veían redondos y pequeñitos. Era evidente que Casimiro casi no veía, por más que mirara.

Verdaderamente es un caso *sui generis* dijo el doctor como hablando consigo mismo.

Se quitó los espejuelos y, utilizando la tela de su blanco camisón de médico, los limpió con sus manos temblorosas. Se los puso nuevamente y se agachó para observar de cerca el curioso fenómeno.

¡Qué caso tan raro! exclamó mientras examinaba la piel ¿Toma usted alguna droga?

No señor contestó moviendo la cabeza hacia los lados.

¿Fuma?

Tampoco.

¿Un poco? No hay tal. Cualquier cantidad es mucho. No tiene nada que ver con su pene negro, pero le aconsejo que deje el cigarrillo. Le pondrá los pulmones negros también.

Yo sé, doctor, pero ¿qué me dice usted de esto? repuso, señalándose el miembro.

Alvarado no respondió; tal vez ni oyó. Se puso a examinarle el pene otra vez. Al poco rato exclamó:

¡Qué erección!

Doctor dijo Christian procurando hablar en voz alta perotranquila a la vez, lo que pasa es que... con esa tembladera suya...

Perdón dijo Casimiro poniéndose de pie. Su caso es fascinante, pero no es para mí. Yo soy médico general, y usted necesita un especialista.

¿De vergas?

De veras. Sólo un especialista.

¿De penes?

¿Depende? ¿De qué depende?

Pregunto que si un especialista del pipí.

Sí, sí, sería lo ideal, pero desafortunadamente no existe tal especialidad. Ensaye con un urólogo, que es lo que más se le acerca. Lo siento mucho, pero yo, lamentablemente, no puedo ayudarle.

¿Es grave?

El destacado urólogo escocés, Tomás MacAnudo, examinaba de cerca y con mucho interés el miembro de su paciente.

Francamente, no sé. Es un caso muy especial. ¿Le funciona bien?

¿Quiere usted decir en el sentido de...?

Sí, en el sentido de...

Estoy seguro que sí.

Nada es seguro aseguró el galeno. Luego, como hilando ideas, agregó: Penetración no deriva de pene. Pene a la deriva lo arrastra la corriente. El problema suyo no es corriente; es complejo. Puede desarrollar un complejo si, además de negro, no se le para. ¿Para qué lo tiene uno, al fin y al cabo? Atando cabos espero dar con el diagnóstico acertado. Dígame, ¿ya intentó...?

No he podido. Desde el incidente que le conté no he tenido la oportunidad de... es decir, ni la he buscado. Sucedió apenas hace unos días, como le dije.

Sí, sí, por supuesto.

Sin embargo, creo que yo no tendría problema en ese sentido... ¿O cree usted que sí?

Nunca se sabe, pero me inclino a pensar que no. Su pene es como un grifo que se oxidó pero que se puede seguir usando; no como una bombilla que se fundió dijo MacAnudo con una sonrisa que se le borró de inmediato cuando vio la cara seria de su paciente. Dígame continuó con entonación profesional ¿alguna vez tuvo usted una ciática irritada?

−Nunca. La única asiática que tuve era de muy buen carácter y nunca se irritaba, pero, como le dije, la mujer con quien estuve hace unos días no era oriental, era africana. ¡Esa sí que era de tenerle miedo!

−Temo que usted no me entendió cuando le pregunté por la ciática. Yo me refería a la influenza.

Sobre mí, ninguna.

¿Secreta?

Sólo usted y yo sabemos.

Quise decir: ¿Tiene secreciones, flujos?

No.

¿Ardor?

No.

¿Dificultad de orinar?

No.

¿Dolores o molestias en otras partes del cuerpo?

No.

Extraño.

¿Nunca le tocó ver un caso como el mío?

Jamás dijo Tomás. Es más: ni siquiera recuerdo haber leído en la literatura médica algo que remotamente se le parezca.

¿Entonces qué me aconseja?

No se me ocurre ningún remedio eficaz y soy incapaz de recetarle así no más. Además concluyó Tomás, soy urólogo, y creo que este no es un caso para mí. Le recomiendo que se haga ver de un sexólogo... Uno que de verdad entienda de estas cosas.

¿Es grave?

La doctora austriaca Sally Hentra, autora del *best seller* "Basic Copulation", se había puesto anteojos de sol antes de mirar a Christian, quien sostenía sus calzones (los de él, no los de ella) a la altura de las rodillas para que no se le cayeran al suelo (los calzones, no las rodillas). Un vistazo le bastó a la doctora.

Poder subir pantalones dijo, quitándose los anteojos.

¿Es grave? preguntó otra vez Christian White.

No saber. Usted parecer en buena salud.

Perdone que le pregunte: ¿Por qué usa las gafas oscuras?

En calle, para no ver luz de verano; en consultorio para no ver ano.

Ah. Creí que tenía que ver con el examen.

Sí. Así ser. Ver y no ver. Pero no hablar del color por ahora. Decirme: ¿Tener otro problema con pene?

No entiendo.

¿Problema al orinar?

No.

¿Al fornicar?

No sé.

¿No saber? Cuando su pene Sally Hentra con dificultad se expresaba, pues sólo hablaba bien el alemán en erección ¿no doler?

No.

Usted venir a doctor que no ser.

No entender. ¡Ups! Perdón. No le entiendo.

Yo ser consejera sexual. Usted necesitar doctor sexólogo de medicina. Yo poder recomendar gran especialista.

¿Es grave?

Naguro Sakamoko, el célebre sexólogo japonés, se rascó la cabeza y exhaló un suspiro, sin saber qué contestar. Examinó más detenidamente el miembro de su paciente.

No estoy seguro. ¿Cómo se le puso oscuro? preguntó Naguro.

Christian relató lo que le había ocurrido con Cathy, omitiendo los sórdidos detalles. El sexólogo japonés escuchó con interés.

¿Pasó ya un mes? preguntó en su mal inglés.

Menos de un mes.

¿Fornicaron una vez?

Por lo menos diez confesó con honradez.

¡Increíble, pardiez! ¿Y mantuvo rigidez?

Como un ciprés soltó con desfachatez. Mi pene parecía de res, grande como un pez, aunque terminó como una nuez.

¿Y qué esperaba tras de diez? Así siempre es: debuta gran danés y clausura pequinés. Le faltó sensatez, mas no quiero ser juez. Hace años yo lograba tres; dos después de mi viudez, pero ahora a la vejez... Bueno, volvamos a sus diez: ¿Fornicaron como es, o lo hicieron al envés?

¿Cómo es al envés?

Con la cara entre los pies.

¿Al estilo francés?

Ni francés ni holandés. Ni irlandés ni portugués. Universal la pose es, y se llama "el feligrés".

La ensayé de entremés dijo sin timidez. Hicimos de todo, pues, a lo largo y a través, al derecho y al revés.

Como de Sade, el Marqués.

¡Qué ridiculez! lo cortó con rapidez La comparación es soez. Tendré gustos de burgués, mas ninguna morbidez.

Se cree usted burgués, pero rudo es lo que es, como puro montañés. No tiene madurez. Pero dejemos esta tirantez y hablemos de su palidez. ¿Desde cuándo tiene así la tez?

Desde la niñez.

¿Antes de los tres?

No sé, tal vez.

Hubo eclipse hace un mes. ¿Su coito fue antes o después?

−Creo que después. Perdone lo descortés, pero ¡Qué estupidez! ¿No da igual antes que después?

El doctor Sakamoko sacó un pañuelo y se sonó ruidosamente.

No señor. El orden de los acontecimientos siempre tiene que ver con las consecuencias. Es un caso muy raro el suyo. Cuando bebe alcohol ¿nota algún cambio en su pene?

No me he fijado.

Acérquese dijo señalando un bufécon copas y varias botellas de licores japoneses. ¿Le apetece uno?

Pues... bueno.

Sakamoko anotó en su libreta: Le APTC 1.

Saque el sake y huélalo.

Christian llenó una copa.

Huele a pecueca dijo.

Sakamoko anotó en su libreta: UL A PQEK.

Tómeselo antes de que se evapore ordenó.

−¿Tan rápido se seca?

Sakamoko anotó en su libreta: Duda que C CK.

¿Me trago todo el trago de un solo trago? −preguntó Christian.

Sería mejor.

Christian se apuró el sake de un sorbo.

¿Se le hace fuerte?

Sí.

Sakamoko anotó en su libreta: C L AC fuerT.

–¿Siente que le produce algún efecto?

–Me parece que me descuadró el ritmo del corazón. ¿Es ese el efecto que debe causar?

Sakamoko anotó en su libreta: ¿DB KUsar 5P?

–Francamente, no sé. ¿Ese es el único efecto que siente?

–Y también me dio gases.

Sakamoko anotó en su libreta: I AC P2.

–¿Desea otro trago?

–¡Claro que no!

Sakamoko anotó en su libreta: No DCA.

Con el sake dentro de su cuerpo intentaremos sakarle la tintura del pene. Usted seguramente ya ha tratado de quitársela.

Por supuesto.

¿Con qué?

Con agua y jabón.

Vamos a ensayar algo más fuerte.

Naguro Sakamoko se dirigió hacia un estante donde reposaban decenas de frascos y botellas de diferentes formas y tamaños. Buscó hasta que encontró el recipiente que quería. Era un

frasco ancho, de boca pequeña, que contenía un líquido oscuro y llevaba una etiqueta (no era un frasco engalanado para una ceremonia, explica Mohamed, y el rótulo que tenía pegado era la "etiqueta") en la cual se destacaba, sobre dos fémures cruzados, una carita que podría ser una calavera o el rostro de Sakamoko. El galeno destapó el frasco, lo olió, hizo un gesto de aprobación y se acercó a Christian.

—Tome —dijo Naguro, dándole el líquido oscuro—. Es bromuro con cloruro, vodka puro y un poco de cianuro. Fróteselo duro, sin apuro.

Del frasco salía vapor. Al instante llegó el hedor, mezcla de mierda y alcanfor.

—Como ungüento no hay mejor —dijo Sakamoko con candor.

—Es para desmayarse. ¡Qué olor!

—Tengo otro que huele peor.

Christian se secó el sudor.

–¿Puede prender el ventilador?

–Lo siento. Se quemó el motor.

–Esto es horrible. ¡Qué horror!

–Vamos, no tenga temor. Úntese el pene con vigor.

Christian lo miró con estupor. Armándose de valor, se untó el mejunje sin pudor, en todo el falo y alrededor.

—Primero sentirá calor, después ardor —le advirtió el doctor.

—¡Dios mío, qué escozor! ¡No aguanto el dolor!

–Pene negro o escozor: de dos males, el menor.

–Es que no resisto, doctor.

–¿Será que cometí un error? ¿Habré calculado mal algún factor? Límpiese rápido, por favor. Séquese el pene a todo el largor.

–Sí señor.

–Siento no poder restituirle el color, pero no ponga esa cara de terror, como si hubiera perdido el honor o tuviera un problema mayor. Si el pene no vuelve a su estado anterior, al menos podrá hacer el amor.

—Eso no me consuela, doctor —contestó de mal humor.

Naguro Sakamoko se quedó pensativo.

—Soy sexólogo —dijo por fin—, y lo que usted necesita es un infectólogo. Le aconsejo que se haga ver del mejor que pueda conseguir.

—¿Es grave?

El famoso infectólogo israelí, profesor Alón Levitt, terminaba

de examinar a su paciente. Dio un paso hacia atrás, se quitó los guantes de látex y los tiró a la caneca. Se quitó la mascarilla de tela que le cubría la nariz y la boca e, igualmente, la botó a la caneca. Se quitó luego la gorra y el delantal plástico y también los tiró a la caneca.

—¿Es grave? —preguntó Christian de nuevo.

El infectólogo se quitó los tapones de las orejas y los tiró a la caneca.

—¿Me decía algo?

—Le preguntaba si lo que tengo es grave.

Alón se acomodó en su sillón y se quitó los zapatos (pero no los tiró a la caneca).

—Excúseme —dijo el profesor, reclinando su silla y poniendo los pies sobre el escritorio—. Me canso mucho cuando estoy de pie. ¿Preguntaba si es grave lo que tiene?

—Sí —suspiró Christian con impaciencia.

—Me inclino a pensar que no, pues los únicos dos casos vagamente relacionados con el suyo que tuve la oportunidad de estudiar, resultaron no ser graves del todo. El primero era el de un indio piel roja que amanecía todos los días con el pene rojo, y en el curso de la mañana se le normalizaba. El segundo era el de un jeque árabe que pignoró a su esclavo pigmeo por una pingüe suma de dinero, y cuando lo despignoró se dio cuenta de que tenía el pene sin pigmento (el pigmeo, no el jeque). Además, el viejo jeque se quejaba de que su esclavo nunca se quitaba el traje de *butler*, no hablaba, parecía bobo y había adquirido una forma torpe de caminar.

—A mí me suenan esos casos muy graves.

—¡Qué va! Al investigarlos descubrí que lo que le devolvieron al jeque no era el pigmeo sino un pingüino; y en cuanto al indio, todo el problema era que el pijama le quedaba muy estrecho.

—Bueno... mi caso es totalmente diferente.

—Quizá, pero igual me luce que no es grave.

—¿Y contagioso?

—Tampoco.

—Entonces ¿para qué tomó tantas precauciones?

—Las precauciones no fueron excesivas, como usted cree. Para los casos verdaderamente contagiosos me pongo eso —dijo el profesor, señalando su traje de buzo.

—¿Cuál es su diagnóstico, doctor?

—Siento decirle que no puedo darle ninguno. Este es uno de los casos más raros que he conocido. Lo que le pasó a su pene es una pena.

—Entonces ¿qué debo hacer?

—Por precaución, no se lo toque —LévittAlón le aconsejó—. Yo

no soy el especialista que puede ayudarle. Usted debe consultar con un dermatólogo... un buen dermatólogo.

—¿Es grave?

Nikita Niponechkov, el eminente dermatólogo ruso, continuaba examinando el miembro de su paciente con una inmensa lente de aumento. Parecía más un detective que un médico.

—Le diré la verdad —dijo sin levantar la vista de la lente—: No sé. Es un caso muy interesante. Nunca vi una mutación de color como ésta. Dígame, ¿tuvo usted alguna vez problemas de la piel?

—No. No, que yo sepa.

—Fuera del pene ¿se le puso negra alguna otra parte del cuerpo?

—No señor.

—Asombroso. Y más asombroso que el cambio de color, es la forma como se produjo, así, repentinamente.

—Como le dije, era una mujer de color. Tengo la impresión de que de alguna manera me tiñó.

El médico se acercó más al miembro que examinaba con la lupa y movió la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Yo diría, señor White, todo lo contrario: de alguna manera lo destiñó. Normalmente, yo le hubiera hecho una cristobaloscopia, pero en su caso sería una molestia innecesaria.

—¿Qué es una cristobaloscopia?

—Es como una colonoscopia, pero más informal.

—¿Y por qué opina que sería innecesaria?

—Porque su problema no es interno. Está en la piel.

—¿Hay algo que me la pueda volver a su estado anterior?

—Que yo sepa, no. Existe un ungüento a base de dioxidoblanquimopenelacitina, que dizque quita coloramientos del pene, pero la verdad es que ni quita ni pone —dijo Nikita Niponechkov.

—¿Será posible, doctor, que con el tiempo el pene se me blanquee solo?

—En la medicina todo es posible, pero, francamente, lo veo muy poco probable.

—Entonces ¿qué debo hacer?

Niponechkov se quedó pensativo.

—Soy dermatólogo —dijo por fin—, pero éste no es propiamente un problema de la piel. Yo le recomiendo que se haga ver de un especialista de enfermedades... —hizo una pausa para buscar la palabra— exóticas... Y le aconsejo que se consiga el mejor.

¿Es grave?

Watanga Kakazulo, el conocido especialista en enfermedades desconocidas, se quedó pensativo.

Kakazulo era oriundo de África, pero había cursado sus estudios de medicina en Heidelberg, Alemania, donde fue en su época el único estudiante negro de la universidad. En Río de Janeiro se especializó en medicina tropical y, finalmente, fijó su residencia en los Estados Unidos, donde se hizo una excelente reputación diagnosticando enfermedades que no existen en Norteamérica.

¿Es grave? preguntó otra vez Christian White.

¿Qué?

Pues, lo que tengo.

¿Qué es lo que tiene usted?

Yo no sé.

Yo tampoco.

¿Entonces?

Entonces ¿qué?

Estoy sumamente preocupado.

Yo en su lugar no me preocuparía.

Pero, doctor, tengo la verga negra.

Yo también la tengo negra.

Sí, pero usted es negro.

¿Y eso tiene algo de malo?

¡No, no! Nada se apresuró a contestar.

¡Ya lo creo que nada! Yo estoy muy contento con mi verga negra. Si viera lo buena que me ha salido dijo Watanga haciendo relucir sus dientes blancos.

Sí, doctor, pero no es lo mismo.

¿Por qué no ha de ser lo mismo?

Porque... yo soy blanco y... pues... creo que debiera tener la piel blanca en todas partes.

¿Por qué? preguntó de nuevo el doctor Kakazulo.

Porque... así debe ser.

No necesariamente. Mire usted: Yo soy negro y tengo blancas las palmas de las manos. ¿Ve? Y las plantas de los pies también.

Pero usted nació así.

Eso no tiene que ver. Y si no hubiera nacido así, sino que me hubiera vuelto así después de nacer ¿sería entonces esa diferencia de color una enfermedad?

No le entiendo.

Usted debe ver su anomalía como una característica de su

cuerpo, no como una enfermedad.

—¿Quiere decirme que lo que tengo es normal?

—No es "normal" en el sentido de que no es "la norma", pero si pasó, pasó. Nada de malo tiene. Es más: Yo diría, con el permiso suyo, que la piel más sana que usted tiene es precisamente ésa, la que cambió de color.

—¿Es grave?

El doctor Alexander Kusado, renombrado cirujano plástico, exhaló un suspiro (Mohamed señala que el cirujano no era plástico sino que la cirugía plástica era su especialidad). El médico examinaba el miembro de Christian con suma curiosidad. Nunca en su vida —ni durante sus estudios universitarios en Estambul, ni durante sus primeros años de práctica en Turquía, su tierra natal, ni durante los veinte años que llevaba ejerciendo la medicina en los Estados Unidos— había atendido un caso tan interesante. Kusado había visto en Kusadasi el caso de un turco a quien se le puso la nariz azul turquí, pero eso fue porque por gritar "carajo" un carabinero de Ankara le dio un golpe de karate en la cara. Lo que ahora tenía ante sus ojos era totalmente diferente.

—¿Grave? –repitió el médico la pregunta– No, yo no diría que es grave. Es... raro.

—Sí, yo sé, rarísimo.

—La forma es corriente y el tamaño, pues... algo grande, pero normal.

—Doctor —lo interrumpió Christian—, ¿podría dejar de tocármelo?

—Lo siento —dijo Alex, y retiró las manos.

—El que lo sentía era yo.

—Es que palpando es como mejor se puede examinar, pero ya terminé.

—Y ¿qué opina?

—Opino que usted se estuvo asoleando al revés.

—¿Qué quiere decir? ¿Parado en la cabeza?

—No. Cubriéndose todo el cuerpo y dejándose el pene al aire.

—Por supuesto que no. ¡Qué ocurrencia!

—Pues parece como si Pepito acabara de regresar de vacaciones en las Bahamas mientras usted se quedó trabajando en la frigorífica.

—Doctor, créame que no estoy para bromas.

—Como sea, no sé para qué acudió a mí. Soy cirujano plástico. Usted necesita un dermatólogo.

—Ya estuve donde uno. Me he hecho ver de toda clase de especialistas y ninguno ha podido ayudarme. Pensé que usted tal vez podría...

—Cuando lo vi entrar creí que usted venía por su nariz, porque la tiene un poco... Bueno, no importa. Me equivoqué de protuberancia. Lo que quiero decir es que la cirugía plástica permite cambiar la forma o el tamaño de ciertas partes del cuerpo, como la nariz o los párpados; pero hay limitaciones.

—¿Es decir?

—Yo puedo levantar los senos de una mujer.

—¡Valiente gracia! Cualquiera puede hacerlo.

—Me refiero quirúrgicamente. No sólo levantarlos, sino achicarlos o agrandarlos. Hasta puedo transformar totalmente un rostro. Pero lo suyo es otra cosa. Y no crea que no he conocido casos complicados. A una actriz de cine le cambié la forma del trasero.

—Y después de operarla ¿le deseó feliz ano nuevo?

—A un loco que se creía Van Gogh le puse una oreja de plástico para reemplazar la que se había cortado.

—Y con una oreja más pesada que la otra ¿no quedó aún más desequilibrado?

—Todo eso puedo hacer, pero para sus sarcásticas preguntas y su pene negro, no tengo respuesta.

—Doctor, ¿cree usted que hay que pensar en algo más drástico? ¿Quizá debo ir a un centro para víctimas de quemaduras, donde hacen trasplantes de la piel?

—Puede ir —Alex Kusado le contestó—, pero no creo que le vaya a servir mucho.

—¿Es grave?

Lucila O. Pérez, la reputada cirujana mexicana, permanecía sentada en su cómodo sillón, tal como la encontró Christian cuando entró al consultorio. Miraba de lejos el miembro de su paciente, sin atreverse a acercársele y menos aún a tocarlo. Parecía asustada.

—No es grave. Es... ¿qué le digo yo?... alucinante. ¿Me alcanza, por favor, el libro verde que está allá, sobre el escritorio?

La doctora Pérez recibió el libro que Christian le trajo, consultó algo y volvió a fijar la vista sobre el formidable falo negro.

—Es imponente.

—¡No señora! ¡De ninguna manera! —protestó Christian.

—¿No se le hace imponente?

—Ah, perdón. Oí mal... Sí, si a usted le parece. ¿Alguna vez le

ha tocado un caso parecido?

—No... desafortunadamente. No me ha tocado nada comparable —contestó la cirujana y suspiró, agregando en un tono que no concordaba con la seriedad de su profesión—. Puedes tutearme, Christian.

—Espero que pueda curarme, doctora Vélez.

—No, es Pérez.

—¿No hay esperanza? ¿Nada lo cura?

—Locura es demencia.

—¿Qué tiene que ver? Pregunté si lo que tengo no se cura.

—Secura es la falta de agua.

—¿Cuál falta de agua?

—Ninguna. Cero.

—¿Aguacero?

—Agua, no más, sin cero.

—Gracias. Trato de serlo.

—¡Por Dios, qué confusión! Me llamaste "doctora Vélez" y te dije que no, que es Pérez.

—Está bien, espero... ¡Ah! Ya entendí. Excuse.

—No hay cuidado. Y ya te dije que puedes tutearme. ¡Que verga tan sensacional! —exclamó Lucila, siempre sentada— Es una verdadera pieza de colección. No me pidas que le meta el bisturí; no es de operar.

—¿Acaso dije que la operes?

Lucila O. Pérez levantó la vista para mirarle la cara.

—Entonces ¿por qué acudiste a mí? Soy cirujana.

—La verdad es que no sé. Por desesperación, supongo. Acudo a toda clase de médicos porque no he podido encontrar uno que me ayude.

—Quizás eso se deba a que tu mal (si es que se puede llamarlo así) no sea del dominio de la medicina, sino del más allá.

—¿Más allá?

—Sí, del más allá. Creo que debes consultar con un parasicólogo. De todos modos, yo no hago penetomías. Sólo me ocupo de operaciones complicadas, o de bolsa.

—Comprendo.

—Por favor, no dejes de llamarme... quiero saber cómo evoluciona tu caso. Siento que no pueda ayudarte, Christian. Mucho me temo que dentro de la medicina convencional no hay remedio para ti —concluyó Lucila, sin levantarse de su cómodo sillón.

—Entiendo... —dijo Christian abatido—. Bueno... Muchas gracias por la atención. Adiós.

—Hasta luego —contestó la doctora Pérez Ossa.

¿Es grave?

Cuando llegó a los Estados Unidos, expulsado de Marruecos por –según la policía– pertenecer al Polisario, Armando Broncca se hizo conocer. El doctor Broncca era un afamado parasicólogo de quien se decía que combinaba con muchísimo éxito la farmacología con la parasicología. Broncca comprendió de inmediato que tenía ante sí un caso único en los anales de la medicina.

¿Es grave? preguntó otra vez Christian White.

La gravedad de su caso no se puede medir por cuanto el pene está pegado a su cuerpo contestó el médico con autoridad. Si no estuviera, podríamos lanzarlo al aire y observar si cae de vuelta a la tierra. Lo normal sería que no se quede arriba, sino que caiga.

No entiendo.

–Usted me preguntó sobre la gravedad de su caso, ¿verdad? Pues, gravedad es la fuerza de atracción de la tierra sobre los objetos.

Sí, yo sé. Pero ¿qué tiene que ver con mi enfermedad?

Nada, sólo que usted me preguntó. Para responderle, para que entienda, yo tendría que lanzar el pene para arriba, para ver qué pasaría. A Christian le pareció notar un destello en los ojos del médico cada vez que articulaba el vocablo “para”.

¡Por supuesto que el pene caería de vuelta! –exclamó.

Sí, pero ¿qué tan alto subiría? ¿Hasta el páramo? ¿Hasta el paraíso? No tenemos parámetro para medirlo, ni parangón para compararlo. ¿Cómo caería? ¿Bolas en paralelo, o trazando una parábola? ¿Lentamente, como en paracaídas? ¿Y en dónde caería? ¿En la punta de un pararrayos? ¿Sobre un parasol, en algún paraje del Paraguay? ¿En el parabrisaso parachoques de un autobús? Todo es una paradoja concluyó el parasicólogo.

¿Qué tengo, doctor?

Para mí que es parafina en la sangre, o algún parásito. De todos modos, si se le para no es parálisis.

Entonces ¿qué debo hacer?

Manténgase alejado de las autoridades. No olvide que su caso es penal.

Penoso, diría yo.

¡Penal, penal! No me contradiga voceó Armando Broncca.

Con todo respeto, doctor, usted me dice cosas raras, en vez de recetarme algún remedio.

¡Porque no lo hay! Podría formularle una droga para parapléjicos; podría decirle que se curaría saltando de un parapeto, o haciendo girar un paraguas, pero no quiero engañarlo con paralogismos.

¿Qué es la cosa con su "para"? explotó Christian enervado ¡Para usted todo es con “para”! ¡Para acá esto! ¡Para allá lo otro! ¡Para, para, para! Doctor, usted está loco.

Paranoico, para ser exacto.

–¿Es grave?

Sin levantar la vista del grueso libro que estaba consultando, el ilustre endocrinólogo italiano, Franco Santonini, hizo un gesto con la mano para indicarle a Christian que no lo interrumpiera. Al terminar de leer se volvió hacia él y le clavó su mirada severa.

–No quiero asustarlo, pero creo que lo que usted tiene es sumamente grave. El desenlace puede ser fatal.

De inmediato el médico notó que el pene de su paciente se aclaró un poco y gradualmente se fue oscureciendo hasta volver al color negro que tenía. Santonini quedó perplejo, sin entender el fenómeno que acababa de presenciar.

Lo que había ocurrido es que Christian se puso lívido del susto al oír sus palabras, pero, por ser tan blanco, la palidez sólo se le manifestó en el pene.

Christian White había aprovechado que el afamado endocrinólogo se encontraba en Nueva York asistiendo a un congreso médico para solicitarle que lo atendiera. Santonini ni ninguneaba a un enfermo ni rechazaba solicitudes como ésa. Para Christian era una oportunidad excepcional, pues Santonini ejercía la medicina en Milano, donde su ilustre ascendencia, por generaciones atrás, había dejado una huella importante en la historia de la ciudad. Precisamente fue un lejano antepasado suyo, Rigoberto Santonini, quien en la edad media estableció un caserío en el corazón de la Lombardía. (Mohamed Rosenblatt pide hacer una doble aclaración: 1- “Edad media” se refiere a una época de la historia y no a los años que tenía Rigoberto, y 2- la Lombardía no tiene corazón ni órganos de ninguna clase… salvo los administrativos.) Rigoberto y sus compadres le dieron al caserío el nombre de Ochoculo, sin soñar siquiera que con el tiempo crecería hasta convertirse en la metrópoli que hoy es Milano.

–Doctor, ¿hay algo que pueda curarme?

–No quiero asustarlo, pero no hay nada que se pueda hacer.

–¿Quiere usted decir que… me voy a morir?

–Me temo que sí.

–¿Cuánto tiempo me queda?

–No mucho –contestó fríamente–. No quiero asustarlo, pero yo diría que unos dos o tres meses.

–Para alguien que no quiere asustarme, debo decir que no ha

sido muy exitoso.

–Récele al Todopoderoso. El Señor le ayudará. Usted cree en milagros ¿verdad?

–No. Soy ateo, gracias a Dios.

–Christian, Christian –dijo el médico asumiendo un tono condescendiente–. No hay que perder la fe. Cometes un grave error. Quizá no me incumbe decírtelo, pero debo ser franco.

–Yo sé que eres franco, Franco –replicó Christian imitando el mismo tono condescendiente– y lo aprecio, pero lo cierto es que me han visto muchos médicos y ninguno me dijo lo que usted me dice.

–Ah…

–Doctor, ¿qué es lo que tengo?

–El pene negro.

–Sí, pero ¿por qué se me puso así?

–No tengo la menor idea.

–Entonces ¿en qué basa su diagnóstico?

–Sabe… tiene usted razón en desconfiar de mí. Yo también aprecio su franqueza… –hizo una pausa antes de continuar–. Soy endocrinólogo. Estoy opinando fuera del campo de mi especialización… y puedo estar equivocado. Eso es todo lo que puedo decirle.

Se puso de pie y agregó:

–Ochocientos dólares, por favor.

–No quiero asustarlo, doctor, pero creo que no le voy a pagar.

Christian White se dio por vencido. Una docena de médicos especialistas provenientes de diversos países no pudieron determinar lo que tenía, mucho menos curarlo. Tampoco pudo curarlo un hechicero hindú que sumergió el pene en un vaso de leche mientras invocaba a los espíritus (Mohamed quiere que se entienda que el pene sumergido era el de Christian).

No había nada que hacer. Tenía que resignarse a pasarse la vida con el miembro negro, lo cual, tomando ciertas precauciones, tal vez no sería una calamidad. Ese sería su secreto.

Durante varios meses Christian White no tuvo el coraje de fornicar; tan traumatizado quedó. Pero los llamados de la naturaleza son más fuertes que la voluntad del hombre, y poco a poco Christian volvió a la normalidad. Siguió teniendo sus aventuras amorosas como antes, solo que ahora se las arreglaba para que el momento de intimidad ocurriera siempre a media luz, cuando no a oscuras del todo. Buscaba por lo general conquistar a chicas rubias, abrigando la

esperanza de revertir el fenómeno causado por Cathy. En cuanto a ella, nunca la volvió a ver. Christian dejó de ir al Café Dada, o a cualquier sitio donde pudiera encontrársela. La sola idea de sucumbir a su atracción sexual y sufrir después quién sabe qué negras consecuencias lo hacía temblar.

X I I

Volviste a la normalidad ¡bendito sea Dios!
¿Qué quieres decir? preguntó Christian dirigiéndole a su

madre una mirada de incomprensión.

Sabrás tú mejor que nosotros. ¿Crees que no nos habíamos dado cuenta, tu padre y yo? No sé qué era lo que te comía por dentro, ni quiero saberlo, pero hubo una época en que no eras el mismo. Varias veces tu padre trató de hablarte y tú no te prestaste. Estábamos tan preocupados. ¡Quién sabe en qué líos te habías metido por andar en mala compañía!

Mamá, no me metí en ningún lío y no ando en mala compañía.

Ojalá sea así. No sabemos ni quiénes son tus amigos. Nunca los traes a casa.

Mi mejor amigo es un negro repuso Christian de buen humor.

¿Lo dices en serio?

En serio, mamá.

No te creo.

Verdad que sí.

¿Cómo se llama tu amigo?

Christian vaciló unos segundos.

Pepito.

¿Pepe? ¿Pepe qué?

...Amador.

¿Qué hace?

El joven se encogió de hombros.

¿No sabes? ¿Qué clase de amigo tienes que ni siquiera sabes en qué trabaja? continuó hostigándolo su madre.

Pues... generalmente se ocupa de drenajes, pero también es activo en el campo de la diversión.

¿Como producción de películas?

Pues... Yo diría más bien "reproducción".

¡Qué interesante! Tráelo a casa. Me gustaría conocerlo.

Te ofenderías si lo vieras dijo Christian, divertido con el juego. Si quieres saber, tú lo conociste hace años, cuando éramos pequeños. −(Christian y Pepito, no Christian y su madre, aclara Mohamed).

¿De veras? No recuerdo. ¿Cómo era?

Chiquito, callado. Muy blanco, como yo.

¿No dijiste que es negro?

Ahora sí, pero de niño no lo era.

No entiendo. ¿Quieres decir que era rubio y se le oscureció el pelo?

No, mamá. Pepito siempre ha sido completamente calvo.

¿Calvo?

De nacimiento.

Me estás tomando el pelo, Chris. Tu mejor amigo es Placido Bravoleone. Yo sé. Bien podrías mantenerte en mejor compañía.

Ni siquiera sabes cómo es Placido.

Es un indeseable, un tahúr. Dicen que jugando Póker perdió una fortuna.

Pero por fortuna la recuperó.

Además de tahúr, es un malhechor, un salvaje.

No es verdad.

¿Que no? ¿Se te olvidó cuando le perforó las orejas al perro, le puso mis aretes de esmeraldas y lo sacó a pasear con el collar de perlas que me regaló tu padre? ¿O cuando trajo esa mofeta nauseabunda y para que no oliera a feo le echó encima los mejores perfumes que yo tenía? ¿Ya no te acuerdas que se orinó en tu torta de cumpleaños para ayudarte a apagar las velitas?

¿De veras hizo eso?

¡Y cómo! El cochino ése se orinaba en la acera.

Muchos niños chiquitos hacen pipí en la calle.

Sí, pero ¿desde la ventana del segundo piso?

¡Mamá, por Dios! Estás hablando de cosas que pasaron hace mil años, cuando éramos pequeños. Él era muy travieso, no lo niego, pero ésas eran cosas de chicos. Tú no lo has visto desde hace muchos años. Ahora es un hombre serio.

Lo dudo. Debe ser el mismo bribón de siempre.

No, mamá, te aseguro que ha cambiado muchísimo. Se volvió otra persona del todo.

Como tu amigo Pepe, seguramente.

Está bien. Como quieras. De todas maneras Placido no es tan amigo como crees. Si lo veo con frecuencia es porque tenemos negocios juntos.

¿No podrías hacer negocios con gente decente?

¿Qué quieres, que vuelva a lavar platos en el restaurante de Papasadas?

No, pero hasta eso es preferible a tratar con un sinvergüenza como Placido. Tienes que encontrar un trabajo serio, asentarte un poco. Ya es tiempo de que te cases.

Christian soltó una carcajada.

Te prometo, mamá, que pronto cambiaré de trabajo. En cuanto a casarme, me temo que eso no es tan sencillo. No se encuentran muchas muchachas con quienes estaría dispuesto a casarme.

Es porque no las buscas.

¿Permanezco en la *casa*, a**caso**?

Casi **que sí**. ¿*Qué sé*? **Quizá**. *Quise* **que se**pas una *cosa*: **que si** la chica buena es escasa, el que se queda en la casa y no sale a la

caza no se casa. Y el que no se casa a la larga fracasa.

—En ese caso, me caso.

Dicho y hecho. No alcanzó a pasar un mes cuando Christian consiguió una novia para casarse. Se llamaba Rosa de Bonhomme. La conoció en una subasta de antigüedades, donde él había consignado varios cuadros que Placido quería vender. Rosa era una flor de dieciocho años. Las espinas habrían de salirle años más tarde, cuando principiaran a marchitarse los pétalos. De padre francés y madre belga, Rosa se veía norteamericana típica, si es que existe tal cosa. No era muy bonita, pero tenía una agradable sonrisa que sacaba a relucir en promedio dos veces por minuto. Rosa era hija de la señora Désirée de Bonhomme, cuya elegancia era bien conocida en los círculos sociales de la ciudad, y de su no menos conocido esposo, Maurice de Bonhomme, el menor de cuatro hermanos de una distinguida familia de Saboya, y el único establecido fuera de los confines de Francia. La familia se distinguía en lo mismo que se distingue la mayor parte de las familias distinguidas, es decir, en proceder de una familia distinguida. Adam y Fecunda White estaban encantados de ver que su hijo ingresaba en una familia así. Maurice de Bonhomme era un multimillonario que definía su profesión con una palabra que no existe pero que a todo el mundo le suena bien: "financista". Nadie sabía exactamente qué es lo que hacía. En ese sentido se parecía a su futuro consuegro, el humanista profesional.

Rosa y Christian se casaron en una iglesia católica de Los Ángeles, donde vivían los padres de la novia (Mohamed Rosenblatt aclara que los padres no vivían en la iglesia).

Para el casamiento de su hija, los de Bonhomme iban a traer de Francia al sacerdote de la familia, Guy Sadeau, pero justo en esos días el prelado sufrió una grave quemadura con una olla hirviendo. La ceremonia fue oficiada por un cura párroco, el no muy reverendo padre Mark A Pasoz.

—Este cura nos está haciendo quedar en ridículo —se quejó en voz baja Désirée a su marido—. Te dije que no tomáramos un cura de California. Fíjate qué apariencia tiene, sin sotana, en *blue jeans* rotos y zapatos tenis.

–Los curas no usan sotana hoy en día –repuso Maurice, también en voz baja.

–Sí, pero tampoco usan anteojos de sol con marco dorado, como los que lleva éste, ni cola de caballo —(en la cabeza, aclara Mohamed).

Maurice de Bonhomme frunció la boca, mas no dijo nada.

—Míralo: ¡Mascando chicle y meneándose así! —continuó su esposa—. Ahora tenemos nupcias con tres argollas: las dos de los novios y la que lleva el cura en la nariz.

Maurice reflexionó mientras mantenía en alto una ceja: "¡Vaya observación pendeja! ¡De todo se queja! Mi mujer ya está vieja... o tiene corrida una teja."

Por favor, ya, deja. Mira qué linda pareja.

Furiosa, Désirée sólo observaba al alborotado prelado, sin fijarse en los que estaban al lado. No vio a la novia y no vio al novio.

Después de la ceremonia hubo un banquete en la residencia de los de Bonhomme. La comida se sirvió al borde de la piscina, pues Desirée y Maurice querían que el evento se pareciera en algo a su propia boda en París, donde se había hecho una cena al borde del Sena.

No fueron numerosos los invitados, porque tanto los White como los de Bonhomme no tenían parientes en los Estados Unidos, ni muchos amigos en ninguna parte. No obstante, pequeña como era, la celebración fue muy animada.

Al día siguiente los novios se fueron a las Islas Vírgenes (Atención a las letras mayúsculas. Christian y Rosa se fueron a las Islas Vírgenes, pero no se fueron a las islas vírgenes). Ésa era la primera escala que harían en el viaje de luna de miel (No existe tal astro, señala Mohamed, agregando que “luna de miel” no es más que una dulce y pegajosa expresión idiomática). Habían programado un viaje por las islas del Caribe que habría de llevarlos a Bermudas (donde, contrario a lo que podría creerse, la gente no anda en bermudas), a Barbados (donde los hombres no andan barbados), a Antigua (donde la gente no viste a la antigua), y a Martinique, Aruba y las Bahamas. Fue precisamente en las Bahamas (donde, según el doctor Alex Kusado, Pepito parecía haber estado asoleándose mientras Christian trabajaba en la frigorífica) que los sorprendió uno de los huracanes más violentos que hayan azotado esa zona del Caribe. El tiempo tempestuoso no los dejó salir del hotel durante dos días. Desde su habitación, a través de la lluvia torrencial que azotaba la ventana, se podía apreciar la furia del viento que levantaba olas de seis metros y arrancaba las palmeras de la playa, a veces haciendo volar los cocos por el aire como bolas de cañón. Los recién casados se pasaban horas mirando embelesados. Ella pensaba en la naturaleza y el terror, él en la belleza y el amor; ella en la furia desatada, él en la lujuria descarada; ella en el viento cruel, él en el vientre de miel; ella en las palmas destrozadas, él en las nalgas destapadas; ella en el formidable espectáculo, él en el culo espectacular.

"¿Estará haciéndose el chistoso?" se preguntó Fecunda White al leer la tarjeta que Christian le envió desde las Bahamas. "Queridos padres," decía la postal, "Rosa y yo estamos bien. Este ha sido un viaje lindo, lleno de experiencias y emociones. Mi amigo, el negro, vino con nosotros y los tres nos estamos divirtiendo en cantidades."

XI I I

Christian White se estableció en Los Ángeles por insistencia de su suegro, quien no sólo deseaba seguir teniendo de cerca a su hija, sino también quería encarrilar a Christian en algún negocio lucrativo similar al suyo.

"El dinero atrae dinero. Ese es el principio de toda actividad financiera." Con esas palabras Maurice de Bonhomme introdujo a su yerno en el mundo de las finanzas. Maurice □o Morris, como lo llamaban en Estados Unidos□ estaba empeñado en hacer de Christian un hombre de negocios al nivel socio-económico que su hija merecía.

Además, no teniendo más hijos, necesitaba preparar a su yerno en la técnica de su profesión para que algún día —ojalá lejano— pudiera heredar su fortuna y saberla manejar.

—Quítate el saco —le ordenó a Christian—. Es un saco común y corriente —dijo después de echarle un vistazo—. Fíjate en el mío —añadió quitándose la chaqueta.

Christian la tomó y la examinó.

—Es grueso —fue lo único que se le ocurrió decir.

—¡Ya lo creo! ¿Sabes por qué?

Christian movió la cabeza hacia los lados.

—Porque entre el paño y el forro hay otro forro interior hecho íntegramente de papel.

—¿Papel?

—Billetes de dólar.

—¿Billetes de dólar?

—Sí. El dinero desprende un olor que afecta a la gente sin que se dé cuenta de qué es lo que la afecta.

—¿Toda la chaqueta está forrada en dólares?

—Todita. Hasta las mangas también. Billetes de un dólar. No es necesario utilizar billetes de mayor denominación; todos desprenden el mismo olor. Traspasa la tela y la gente lo siente.

—La gente lo siente —repitió Christian incrédulo.

—No sólo la gente, sino uno mismo. Es que no es propiamente un olor; es una especie de radiación. Ponte mi saco —dijo extendiéndole la chaqueta—. Ya verás.

Christian se la puso.

—Eso es —continuó su suegro—. ¿Sientes la diferencia?

Christian lo miró inexpresivamente.

—¿Sientes? —preguntó de nuevo Maurice.

—Siento calor.

—Y también seguridad, confianza en ti mismo, ¿verdad?

—Sí... si usted lo dice.

—Pocas personas en el mundo conocen este truco, así es que guarda bien el secreto. Tan buen resultado me ha dado, que hice empapelar las paredes de mi oficina en billetes de dólar.

—¿Toda la oficina?

—Todita. Los billetes están detrás del papel de colgadura. No salió tan caro como se podría pensar. Menos de cuatro mil dólares: Tres mil quinientos en billetes de dólar, más quinientos por la mano de obra. Y créeme que bien valía la pena. Todo negocio que realizo en esta oficina sale favorable para mí.

—Es increíble.

—Pero cierto. Rodearse de billetes, físicamente, es lo más importante. Lo segundo son los anteojos.

—¿Anteojos?

—Sí, gafas, como las mías.

—Pero yo veo bien.

—Eso es lo malo. Ves las cosas como son, y las cosas deben verse como le conviene a uno.

—¿Y para eso necesito anteojos?

—Sí, ya te dije, como los míos. Tienen un ligero tinte rosado, casi imperceptible.

—Ah, sí, ahora lo noto.

—Si no tienes defectuosa la vista, puedes mandarte a hacer anteojos de lentes neutros. Lo importante es el tinte rosado al seis por ciento. Debes hacerte otro par un tris más fuerte, digamos al ocho por ciento, por si sube el interés bancario.

—Ajá —asintió Christian, sin entender.

—Yo, por ejemplo, tengo toda una colección de gafas. En estos momentos estoy usando las de seis y medio por ciento, de acuerdo a la tasa hipotecaria de hoy. Siempre ando con el tiempo.

—Hm hm —asintió Christian de nuevo, entendiendo menos que antes.

—Sin embargo, creo que para principiar, dos pares son suficientes.

—¿Y para qué sirven los anteojos?

—Para ver el mundo rosado. Todo se ve más bonito.

—¿Más bonito?

—Ocurre a veces que haces un negocio y te va muy bien, pero la otra parte considera que la estafaste. Sin usar los anteojos podrías inclinarte a pensar que el otro tiene razón, pero usándolos...

—Comprendo.

—Por último, necesitas un reloj que se adelante de día y se atrase de noche.

Christian miró inquisitivamente a su suegro, pero no preguntó para qué era menester el reloj. Le daba vergüenza mostrar tanta ignorancia en cuestiones financieras.

—El reloj lo necesitas —explicó Maurice de Bonhomme, interpretando acertadamente la mirada de su yerno— para mantenerte adelante de los demás, para nunca llegar tarde a una cita, y para que te quede tiempo cuando creas que se te acabó. Eso durante el día, pero, como comprenderás, si el reloj se adelantara constantemente, te sacaría del presente y te colocaría fuera de la realidad. Entonces, necesitas que se atrase por la noche lo mismo que se adelantó durante el día para que tengas más tiempo para descansar y amanezcas siempre con la hora de la verdad.

Christian pensó unos segundos.

—¿Cuánto debe adelantarse el reloj?

—El tiempo es relativo. Einstein lo dijo, y él no era tonto, ¿verdad? Cuarenta minutos en doce horas es lo que yo uso, pero cualquier tiempo entre media hora y una hora puede servir. Eso depende del temperamento de la persona.

—Creo que estoy un poco confundido.

—Petróleo de Alaska y petróleo de Arabia —dijo de Bonhomme a manera de aclaración, y Christian quedó más confundido.

Madame Désirée de Bonhomme se ocupó personalmente de acondicionarle a su yerno todos los trajes con un forro de billetes, tal como hacía con los trajes nuevos de su marido. Monsieur de Bonhomme le consiguió los dos pares de anteojos de tinte rosado. En cuanto al reloj, Christian siguió usando el que tenía, que se adelantaba solamente diez minutos al mes y no se atrasaba de noche.

—Sirve sólo para dar la hora, y eso que no bien —dijo de Bonhomme con ironía.

Christian White salió al mundo de los negocios equipado con su ropa forrada de billetes, anteojos rosados y otros truquitos que su suegro le enseñó. Rápidamente empezó a ganar dinero. Durante los meses de invierno era cuando más ganaba, no porque su negocio fuera de temporada (ya que no tenía ningún negocio en particular), sino porque durante esa época del año usaba, además de su traje forrado, un abrigo de ***cash***mere que igualmente estaba forrado en billetes. Comprobó, sin lugar a duda, la veracidad de las enseñanzas de su suegro: el dinero atrae dinero. Con frecuencia encontraba en algún bolsillo de su chaqueta billetes que él sabía, con absoluta seguridad, que no había puesto allí. No sólo en los bolsillos encontraba dinero, sino en los cajones de su escritorio, en la guantera de su automóvil y

hasta en el andén de la calle, donde más de un transeúnte tuvo el infortunio de perder la billetera. El sistema de forrar la ropa en billetes era tan efectivo, que Christian ya no sabía en dónde guardar tanto efectivo.

En cierta ocasión encontró (¡eso sí fue sorprendente, además de gracioso!) sobre su cabeza, debajo del sombrero forrado en dinero, un billete de cien dólares. Aunque a Christian le pareció divertido el hallazgo, desde ese día resolvió no volver a usar el sombrero en consideración a los sabios consejos de su padre, el humanista, quien le pedía que no dejara que el dinero se le subiera a la cabeza.

Pero el dinero continuaba llegándole, buscáralo o no. En más de una ocasión descubrió que su saldo en el banco era mayor de lo que debía ser. No todos los cheques que giraba eran cobrados, y ocasionalmente los que depositaba en su cuenta se le abonaban dos veces, por error. En el extracto mensual que le enviaba el banco aparecían consignaciones que él no había hecho y notas de crédito cuyo motivo no podía comprender, ni siquiera poniéndose los anteojos rosados. Lo que compraba subía de precio aunque lo hubiera comprado caro y, consecuentemente, lo que vendía siempre le dejaba utilidad. Christian White se había vuelto un verdadero alquímico de las finanzas: Mierda que tocara se convertía en oro. Su vida iba en subida.

Nunca compraba lotería por temor de ganársela y provocar una publicidad perjudicial. Igualmente, para no llamar la atención, no hacía apuestas ni participaba en juegos de azar. Pero las cosas a veces se le salían de las manos, no obstante esas precauciones. Entonces, durante un par de días, dejaba de usar la ropa forrada en dinero para aliviar la presión.

Empezó a ser conocido no sólo en el mundo de los negocios sino en el ámbito de la sociedad. Recibía más invitaciones de las que podía aceptar y constantemente le rogaban que asistiera a tal banquete, a tal fiesta o a tal evento social. De ahí dedujo que el dinero no sólo atrae dinero sino amistades también.

Mientras antes de su prosperidad él buscaba a las mujeres, ahora las mujeres lo buscaban a él, algunas en forma descarada y otras por medio de una insinuante cordialidad. Pero Christian ya no estaba interesado en aventuras. Se había encariñado con Rosa y apreciaba el hecho de que ella, habiendo llegado inocente al matrimonio, aceptaba con naturalidad su pene negro, convencida de que así era el de todos los hombres.

¡Qué buena esposa tenía! Christian la mimaba y la mantenía feliz agasajándola con frecuentes obsequios. Por lo general le regalaba joyas grandes y llamativas. Compraba siempre alhajas de fantasía, no sólo porque eran mucho más baratas y nadie podía ver la diferencia,

sino porque a veces las joyas que compraba a precios de fantasía resultaban ser genuinas, por equivocación.

Contento de su vida conyugal y de los negocios, el rostro de Christian fue tomando con el tiempo una expresión de beato. Mantenía permanentemente una sonrisita que para muchos era de idiota, pero que en realidad era de satisfacción.

"Mejor ser joven, rico y sano, que viejo, pobre y enfermo", decía Adam White, el humanista, y no había quien pudiera contradecirle ese pensamiento profundo.

El mundo se veía bello a través de las gafas rosadas, pero Christian no estaba seguro si se trataba de una falsa impresión causada por lo bien que le iba, o si el mundo realmente era bello pero su belleza no se podía apreciar sin los anteojos.

Un señor lo ha estado esperando toda la mañana le dijo la secretaria un día que Christian llegó tarde a la oficina.

Comprendió que se trataba de alguien que había venido a pedirle dinero, pues sólo los que vienen a pedir están dispuestos a esperar horas enteras. Era Placido Bravoleone, y efectivamente venía a pedirle dinero para poder pagarles a los prestamistas que lo estaban amenazando. Placido, el mismo pícaro de siempre, no había cambiado en nada, mas Christian tuvo que quitarse los anteojos para reconocerlo. No fue un encuentro emotivo. Los sentimientos de Christian se habían debilitado al paso que su bolsillo se había fortalecido. Pero el millonario no era ingrato y recordaba que fue Placido quien lo sacó de *La Isla del Sol*, el restaurante de Papasadas, y que si no fuera por él (por Placido, no por Papasadas), en lugar de estar bañado en plata estaría bañando platos. Christian ayudó a su amigo de la niñez con más generosidad que entusiasmo. El sinvergüenza ése recibió lo que se había atrevido a pedir (pensando que Christian le ofrecería menos), agradeció muy efusivamente y salió de la oficina con el cheque en la mano, más impresionado que agradecido.

A medida que su fortuna aumentaba Christian se veía asediado de personas e instituciones solicitando ayuda. Casi nunca se negaba a contribuir, en primer lugar porque seguía las enseñanzas de su padre, el humanista, según las cuales "todos tenemos el deber de ayudar a la humanidad", y en segundo lugar, porque los agradecimientos lo halagaban.

El ascenso en la escala socio-económica alejó a Christian White de las amistades que tenía antes de su matrimonio. Nada de extraordinario había en eso, pues es lo que le ocurre a la mayor parte de las personas cuando se vuelven ricas, se casan con alguien proveniente de una clase socio-económica más alta que la suya o, con mayor razón, ambas cosas a la vez. Pero Christian se alejó también de

los padres, a quienes tan apegado siempre había estado.

—Siento como si no fueran mis progenitores —le comentó un día a Rosa.

—¡Qué raro! Lo mismo me pasa a mí —fue la extraña respuesta que recibió.

Christian creyó que su esposa también sentía lo mismo respecto a los padres de ella, pero Rosa lo había dicho refiriéndose a los padres de él.

X I V

Christian White estaba contento de ver cómo los bienes de la familia aumentaban, el monto de las cuentas bancarias crecía, las inversiones se acrecentaban y la propiedad raíz se multiplicaba; pero, así mismo, observaba con aprensión cómo el cuerpo de su esposa se hacía cada vez más voluminoso, como si estuviera ligado al patrimonio familiar. Rosa comenzó a engordar el día en que se casó. Cuando quedó embarazada, cuatro años después del casamiento, pesaba como dos Rosas de antes de la boda. No fue fácil hacer que Rosa quedara en cinta. Christian trataba con frecuencia, lo mejor que podía, pero no lo lograba. Sus frecuentes intentos de preñar a su esposa se debían no sólo al placer que le proporcionaban, sino a la presión de sus suegros. Durante el primer año de matrimonio la presión era tolerable, pues se limitaba a una que otra frase, dicha de paso, sobre la felicidad que los niños traen al hogar. Pero el segundo año los de Bonhomme empezaron a hablar en tono más fuerte. "Un

hogar sin hijos no es un hogar", sentenciaba con frecuencia Maurice de Bonhomme. "¿Queréis negarnos la dicha de tener nietos?"preguntaba su esposa para acosar más. Cuando Rosa sugirió que sería beneficioso consultar con un médico, Christian se opuso aduciendo que no había pasado suficiente tiempo como para concluir que tenían un problema de infertilidad. Hay que dejar quieta la naturaleza, insistía cada vez que se mencionaba el tema. El motivo verdadero de su oposición era que no podía tolerar el pensamiento de que un extraño viera y menos aún, tocara las partes íntimas de su mujer. Pero madame de Bonhomme acogió la idea y se encargó ella misma de llevar a su hija al ginecólogo recomendado por sus amigas, el doctor Babe Paterson, considerado el especialista más grande del mundo en problemas de infertilidad. Medía dos metros de altura y pesaba sesenta kilos; por metro, claro está. Sería imposible encontrar un especialista más grande que él. La reputación de Babe Paterson era aún más grande que su tamaño. Se sabía de tres casos concretos en los cuales mujeres que no habían podido quedar en cinta durante años resultaron embarazadas después de una sola ida a su consultorio.

¿Te examinó el médico? le preguntó Christian a Rosa tan pronto regresó de la consulta.

Claro que sí.

Y ¿cómo te examinó?

Muy bien.

¿Muy bien?

Sí. Me examinó muy bien y me dijo que no cree que mi caso sea problemático en especial. Quiere verme un par de veces más.

¡Sinver...

¿Qué dijis...

Que sin ver no puede formularte, por supuesto.

El tratamiento se extendió cerca de un año y medio. Durante ese tiempo Rosa no hacía sino engordar de mes en mes.

Los tratamientos del doctor Paterson sólo sirven para aumentar el peso de las mujeres y los ingresos de él se quejó Christian en cierta ocasión.

Pero el tratamiento sí sirvió y Rosa finalmente quedó embarazada.

Hace seis semanas que no me llega la regla le informó Rosa al ginecólogo.

Entonces, todo está en regla.

¿Sí cree, doctor, que estoy... en una situación embarazosa?

Es posible. El examen de laboratorio dirá.

En efecto, el examen confirmó el embarazo.

¡Bravo! gritó Christian cuando oyó la noticia.

Maurice de Bonhomme descorchó una botella de champaña e

hizo un brindis:

¡A mi futuro amorcito!

¡Ah, mi futuro amorcito! suspiró emocionada la señora de Bonhomme.

¡A mí, futuro amorcito! exclamó Rosa algo confundida.

¡A mi futuro, amorcito! gritó Christian, más confundido que ella.

Rosa no sufrió de mareos, náuseas u otros males característicos de los primeros meses de gestación. Antojos sí le dieron, todos relacionados con comida. Rosa tenía buena muela (tenía dieciocho muelas, precisa Mohamed, y todas buenas), comía mucho, como siempre, y engordaba mucho, más que siempre.

A mitad de su embarazo el médico le anunció que daría a luz a mellizos, pues a través de su vientre hinchado (el de Rosa, no el del médico, aclara Mohamed) se escuchaba con dificultad latir dos corazones (latían bien; la dificultad radicaba en escucharlos).

La voluminosa periferia de Rosa aumentó todavía más con el desarrollo del embarazo, convirtiéndose en una masa de grasa crasa que *grosso modo*podría describirse como esférica. Para seguir viendo atractiva a su esposa, Christian resolvió usar los anteojos de tinte rosado también en la casa. Lo primero que hacía al despertar por la mañana era ponerse las gafas. "Cuanto más golosa, más graciosa; cuanto más grasosa, más sabrosa", decía de buen humor. "¡Qué bien progresa mi princesa! Cuanto más obesa, más pesa; más grande es cada presa (sobre todo ésa) y con más ardor se expresa. Adorarme profesa y ¡niña traviesa! me besa y me besa hasta ponérmela tiesa."

En el noveno mes la gordura de Rosa era fenomenal. Le quedaba más fácil a un atleta saltarla por encima que correr a su alrededor.

Eran las cuatro de la tarde cuando Christian recibió la llamada telefónica de su esposa avisándole que las contracciones habían comenzado y que ella ya se hallaba en el hospital. Rosa se oía tranquila. Le pidió a su marido que bajara a la calle y esperara a Zbigniew, el chofer de la familia, quien acababa de salir a recogerlo.

Rosa había salido de la casa esa mañana para traer víveres del supermercado (se pasaba el día comprando cosas para comer) cuando le llegó la primera contracción. El automóvil se había detenido ante un semáforo en rojo y ella, al sentir el dolor, le dijo al chofer:

Zbigniew, ya no vamos al supermercado. Pronto voy a dar a luz.

Sí señora, supermercado, cuando cambie luz.

Zbigniew, un inmigrante polaco que hacía poco tiempo había llegado al país, ni entendía inglés ni conocía la ciudad. Los White lo recibieron como chofer, más por hacerle el favor que por requerir sus

servicios.

—¡No, no, Zbigniew! Vamos al hospital.

—¿Hospital?

—Sí, hospital.

—¿Dónde hospital?

—Por aquí —dijo Rosa señalando con el índice.

Así se hacía ella conducir por él, indicándole el camino con el dedo, aunque no era absolutamente necesario hacerlo, ya que de tanto oírlas, Zbigniew conocía el significado de las palabras "siga derecho", "cruce a la izquierda", "a la derecha" y "pare".

—¿Por qué paras? —preguntó Rosa fastidiada.

—Pfff —contestó Zbigniew, imitando el sonido que hace una llanta al desinflarse.

Rosa salió del automóvil y se puso a agitar los brazos frenéticamente en un intento de detener a alguien que la llevara al hospital. Los motoristas que veían a la gorda agitar los brazos de esa manera se asustaban, frenaban, sonaban la bocina y aceleraban, todo al mismo tiempo. Un taxi disminuyó velocidad hasta casi detenerse, pero cuando el chofer vio el globo de carne acercarse a su vehículo, cambió de parecer y salió disparado.

Ningún coche se había detenido cuando Zbigniew terminó de montar la llanta. Rosa se acomodó de nuevo en el asiento de atrás y el automóvil levantó la trompa.

—¡Vamos, Sbigniew! —ordenó nerviosa— ¿Sbigniew? ¡Sbigniew!... ¿Dónde andabas, Sbigniew?

—Guardando llanta baúl.

—¿Guardaste el gato también?

"¡Qué antipática!", gruñó pasito el polaco en polaco. "¡Burlarse así de mí, como si yo tuviera la culpa!" Puso en marcha el vehículo y quince minutos más tarde llegaban al hospital.

—Me puedes dejar allá —le dijo Rosa señalando la entrada principal—. Cuando me baje, vete a la oficina del señor White para que lo traigas acá. Voy a llamarlo por teléfono y le diré que te espere en la calle. ¿Entiendes? No tienes que aparcar. Él te espera en la calle. En la calle estará.

—¿En la calle Stará?

—Sí, sí.

Zbigniew arrancó a toda velocidad y nadie lo volvió a ver hasta el día siguiente.

Después de haber esperado al chofer hasta que sus nervios no daban para más, Christian tomó un taxi al hospital. Llegó cuando se llevaban a Rosa a la sala de partos. Cinco enfermeros la conducían en una camilla de ruedas. Uno tiraba del borde delantero de la camilla, otro empujaba del borde trasero, dos se mantenían a los lados

tratando de sostener las partes del cuerpo que sobresalían de la camilla, y el quinto dirigía la maniobra, obrando como un policía de tránsito cuando tenían que doblar un corredor. Los que estaban a los lados de la camilla no sólo trataban de levantar el cuerpo que tenía tendencia a descolgarse, sino lo empujaban hacia el lado contrario, como alejándolo, cada uno temeroso de que el centro de gravedad se corriera hacia su lado. El que empujaba de una punta gruñía todo el tiempo y de vez en cuando maldecía en voz baja, mientras el que tiraba de la otra punta le advertía: "Despacio, despacio, para que podamos parar".

—¡Rosa! —alcanzó Christian a gritar antes de que la camilla pasara al área restringida.

—¡Chris! —se oyó la voz de su mujer contestándole desde el otro lado de la puerta.

Christian llevaba esperando más de dos horas y tenía los nervios de punta (inexplicablemente, Mohamed dejó pasar sin comentario lo de "los nervios de punta") cuando una enfermera vino a informarle que había nacido una niña. Cinco minutos después volvió la enfermera con más buenas noticias.

—Nació otra niña, señor White. Todo está muy bien.

Christian sonrió de satisfacción, a pesar de que seguía con los nervios de punta. Caminaba de un lado al otro de la pieza y apretaba los dientes con fuerza (no los unos contra los adyacentes, aclara Mohamed, sino los de arriba contra los de abajo). En ésas estaba cuando apareció otra vez la enfermera.

—Es una niña —anunció sonriente.

—Sí, yo sé. Ya me dijo.

—No. Es otra niña.

—¿Otra?

—Sí. Otra.

—¿Tres?

—Tres.

Christian palideció, pero siendo tan blanco, la enfermera no notó el cambio. Notó, sin embargo, que había comenzado a temblar.

—¿Se siente mal?

—No, no. Estoy bien. Es que nunca me esperaba... ¿Cómo puede ser?

—Estas cosas ocurren a veces, cuando hay partos múltiples. ¿Quiere sentarse?

—No, gracias.

—¿Quiere un vaso de agua?

—Tres...

—¿Tres vasos?

—¡Tres niñas! No puedo creerlo.

—Señor White —se oyó la voz de otra enfermera—, todo va bien. Lo felicito. Hay otra niña.

—Yo sé. Ya me dieron la noticia: Tres niñas.

—No, cuatro.

Christian abrió los ojos desmesuradamente, estupefacto.

—Imposible —dijo, llevándose las manos a la boca.

Pero no era imposible. Rosa había dado a luz a cuatro niñas, tomando por sorpresa no sólo a su marido sino a los médicos y enfermeras que la asistieron. Algunos periódicos publicaron la noticia al día siguiente, y uno de ellos la volvió a comentar en su revista dominical. Las niñas y la madre estaban todas bien. Fueron bautizadas en la Iglesia del Santo Espíritu (menos la madre, consideró Mohamed que era importante aclarar).

Ángela, Linda, Grace y Clarabelle se llamaron las niñas, y con el correr de los años se hizo evidente que todas eran irremediablemente feas, a pesar de sus nombres. Recibieron, eso sí, la mejor educación. Las niñas eran feas pero hablaban bonito, tenían buenos modales y poseían una cultura general muy superior a la de los chicos de su edad. Ángela y Grace eran gemelas entre sí, así como lo eran Clarabelle y Linda. Las primeras dos eran grandes y blancas como la madre —nadie podía ser tan blanco como el padre—; las otras dos eran flacas e, inexplicablemente para los padres, muy oscuras de piel. Muchas personas quedaron perplejas ante esa curiosa selección de la naturaleza, pero la mayoría de los parientes y amigos de los White la aceptaron como una graciosa casualidad.

Como era de esperar, las cuatro niñas trajeron mucha actividad y alegría al hogar de los White; tanta, que los padres estuvieron de acuerdo en que esa era la máxima felicidad que podían soportar y resolvieron no tener más hijos. No obstante, a causa de sus bien arraigados principios católicos, Rosa se negaba a tomar píldoras para no quedar embarazada o a dejarse implantar cualquier tipo de artefacto anticonceptivo. Le correspondía pues a Christian asumir la responsabilidad de no preñar a su esposa.

Rosa y Christian no tuvieron más hijos. El cauto marido cumplió con su obligación, y lo hizo, por demás, de manera elegante. Durante su primer encuentro sexual, unos dos meses después del múltiple parto, Christian impresionó a su esposa al entrar de repente en la alcoba, completamente desnudo, salvo por la boina blanca y el condón del mismo color que llevaba puestos. Se veía como una criatura de otro planeta, o mejor dicho, casi no se veía, porque contra la pared blanca le faltaba poco para ser invisible. La sorpresa de Rosa dio paso a la admiración. Se quedó boquiabierta, maravillada de la monocromía de aquella visión fantasmagórica.

—*¡Quel chic!* —exclamó, fijando la vista en lo que para ella era

novedad¿Qué es?

Un condón... sobre nuestro condominio.

Te has condenado, Marqués de Sade.

Soy el Conde Nado, reina, no el marqués, y vengo equipado para amarte.

El fantasma blanco se quitó la boina, introduciendo un elemento negro en la lechosa composición surrealista: su cabello.

–Te ves bello.

Copular sin esto no sería descabellado dijo meciendo la boina, pero sin esto agregó señalándose el condón sería una falta que no se podría condonar.

Poco después el fantasma blanco introducía otro elemento negro, mas no en la composición surrealista, sino en Rosa que estaba en posición y lista.

Tan encantada quedó la gorda de la forma excéntrica y divertida como su marido había reanudado el contacto carnal de veras lo hizo **con tacto**, que resolvió agregar a sus relaciones sexuales el elemento de juego y darles de esa manera, según sus propias palabras, "un toque de originalidad y elegancia". Christian no estaba tan entusiasmado con la nueva modalidad, pero se sometió a ella por complacer a su esposa. Rosa cambiaba de "atuendo" en cada ocasión. Esperaba a Christian desnuda sobre el lecho, una vez con sus joyas puestas, otra con un turbante en la cabeza; una vez con un sombrero de plumas, otra con un antifaz.

Esta noche es de gala le dijo Rosa cierta vez que se había "puesto elegante", con sólo zapatos de charol y guantes de seda.

Christian se acostó desnudo, salvo por un corbatín negro, y casi no pudieron hacer sus cosas de tanta risa que les dio. Igual pasó cuando ella lo recibió en patines y él le correspondió deportivamente, metiéndose en la cama con guantes de boxeo. En honor a su ciudad, una noche se acostaron con alitas blancas sobre los hombros, como los ángeles listos a californicar. El día que encontró a la gorda con una bufanda al cuello, Christian se acostó con orejeras de lana para conservar el ambiente invernal. El día que la encontró en chancletas de playa y monokini (pieza de arriba solamente), se acostó con anteojos de sol para conservar el ambiente veraniego. Cuando Rosa se puso un parche negro en el pezón izquierdo, Christian se lanzó a la cama con un cuchillo en la boca, creyendo que su mujer quería crear un ambiente pirata.

Pero cualquiera que fuera el ambiente que Rosa quisiera crear, en las relaciones íntimas entre el blanco precavido y la gorda juguetona nunca faltaba el condón. Habían acordado que por fuerte que fuera la atracción, violenta la pasión, buena la intención, grande la excitación o dura la erección, no habría diversión sin tomar esa

precaución.

X V

Desde que Christian se estableció en Los Ángeles, después de su matrimonio, Adam y Fecunda White lo visitaban muy poco. No les era cómodo hacer el viaje desde Nueva York y, además, cuando lo hacían, tenían la impresión de que Christian y Rosa no se alegraban de verlos. Si iban a California dos veces al año y se alojaban en la casa de Christian, era sólo por ver a las cuatrillizas. Los viejos gozaban enormemente de ellas. Fecunda les contaba cuentos de hadas y Adam aprovechaba los escasos días que pasaban juntos para ayudarles en las tareas de la escuela, jugar con ellas en la medida en que sus fuerzas

se lo permitían y enseñarles algo de su humanismo.

—Lo que hago con mis nietas debe hacerse en forma permanente —le dijo un día a su nuera—. Deberías contratar un tutor de alta categoría para que te ayude a criar a las niñas al nivel de cultura que se merecen.

Rosa no contestó porque le molestaba que su suegro interviniera en el manejo del hogar, pero para sus adentros pensó que la idea era estupenda.

—Por ejemplo —remachó Adam—, las niñas no tienen la menor idea de los deleites de la música.

Con el fin de educar a sus nietas, el profesor White les propuso que jugaran a "la orquesta" y las llevó a una tienda de instrumentos musicales para que cada una escogiera el que quisiera. Linda se entusiasmó por la flauta, delgada y delicada como ella misma. Su gemela, Clarabelle, prefirió el violín, porque consta de dos partes que forman una unidad, como su nombre. Ángela también se basó en su nombre para escoger, y optó por el arpa. En cuanto a Grace, eligió el violonchelo porque las caderas grandes y redondas del instrumento le recordaban a su madre.

Las hermanas estaban encantadas con su nueva afición, y el abuelo satisfecho de haber abierto para ellas un nuevo horizonte. Sólo Christian estaba disgustado.

—¡Qué desperdicio de dinero! —protestaba a gritos— ¡Me van a volver loco con todos esos ruidos! ¡Hasta un arpa tenían que traer! No tenemos ni en dónde ponerla. Menos mal que a ninguna se le ocurrió tocar piano u órgano. ¿Qué tal nosotros con un órgano en la casa?

—Pero, Christian —trató de explicarle su padre—, tú sabes que la música constituye un aspecto muy importante de la educación.

—No le hagas caso, Adam —le dijo Rosa—. Christian vive obsesionado con el órgano.

Esa noche, en su habitación, antes de bajar a cenar, Adam le comentó a su esposa el escándalo que Christian había hecho por la compra de los instrumentos.

—Ya no es el mismo Christian de antes, Fecunda. No nos quiere.

—¿Tú también lo has notado?

—¿Notado? Tendría que ser ciego para no notarlo. Nos trata como a extraños.

—He estado pensando últimamente...

—Me parece muy bien, querida.

—¡Adam! Te hablo en serio. He estado pensando que llegó el momento de decirle a Christian que no es nuestro hijo. Ya es tiempo de contarle la verdad.

¡De ninguna manera! Christian nunca deberá saber que no es hijo nuestro.

¿Por qué?

Porque lo llenaría de inquietudes; inquietudes que no podría calmar. Ni toques el tema.

No lo haré, si esa es tu voluntad, pero ¿no crees que toda persona tiene derecho de saber la verdad sobre sí misma?

Toda persona tiene derecho de saber la verdad, sea que le convenga o no. Cierto. Pero ese derecho no le impone a nadie la obligación de contarle lo que no sabe. Además, no siempre se debe decir la verdad.

¿Por qué?

Porque diciendo la verdad se puede hacer daño.

¿Entonces crees que está bien mentir?

A veces sí.

Fecunda se quedó pensativa.

Pero tú siempre dices la verdad observó tras un rato de silencio.

Siento desilusionarte, querida, pero debo confesar que a veces miento. Nadie dice siempre la verdad. Las presiones sociales no lo permiten.

Fecunda sonrió.

No. Tú siempre dices la verdad insistió.

Si nunca mintiera, ya lo habría hecho al confesarte que no siempre digo la verdad. Y si dije la verdad al confesar que miento, quiere decir que miento. ¿Verdad?

Fecunda soltó una carcajada.

Demasiado complicado para mí.

Para mí también. No entendí ni jota de lo que dije.

Se rieron.

Ya verás que sí me desilusionaste. Te creía íntegro.

Trato de serlo repuso el humanista. ¿Quieres que diga la verdad y nada más que la verdad?

Lo apreciaría.

Estoy seguro de que no, pero lo haré por complacerte. Hablaré diciendo únicamente la verdad, durante un solo día, porque no creo que aguantes más.

En ese momento oyeron la voz de Rosa llamándolos desde la planta baja.

¡Fecunda, Adam! A la mesa.

¡Ya vamos! le gritó de vuelta Fecunda mientras se retocaba rápidamente el peinado.

¿Listo? preguntó.

–Sí.

–¿No te pones saco?

–¿Qué saco con ponerme saco?

–Que estarás mejor vestido.

–Está bien. Espera un segundo y saco un saco.

Abrió la puerta del clóset, buscó una chaqueta colgada entre los vestidos de su esposa y se la puso.

—Así te ves mucho mejor—observó ésta—. Durante nuestra visita anterior no usaste traje entero ni una vez.

—Es que no traje traje. Traje poca ropa.

—¡Y qué **trage**dia para vestirte! —remató Fecunda— No encontrabas qué ponerte.

—Bueno, traje un saco informal que se me incendió. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Se te incendió cuando te inclinaste para apagar las velas de la torta de tus cumpleaños.

—¿Será por eso que los llaman *blazers*? En todo caso, ahora sólo compro ropa de paño anti-fuego, para que no se prenda la prenda.

—Todos los textiles de hoy en día son anti-fuego —afirmó Fecunda mientras salían de la alcoba.

—¿Quién te dijo eso?

—El sastre que me hizo este sastre.

—Ese sastre es un desastre.

—Pues a mí me parece que es muy bueno.

Bajaron al comedor.

—Hola —saludó Rosa cuando los vio entrar.

—Hola —contestó Adam—. ¡Por Dios! ¡Cómo estás de gorda!

La sonrisa se esfumó de la cara de Rosa. Christian y Fecunda soltaron una risita, el primero porque le cayó gracioso lo que dijo su padre, la segunda, para disimular su disgusto. Comprendió, demasiado tarde, que el compromiso de su marido de decir la verdad iba a hacerle pasar un mal rato.

—Adam tiene un pésimo sentido del humor —le dijo a su nuera—. No le pongas atención, Rosita. Huele delicioso. ¿Qué es? —añadió, tratando de apartarse del tema anterior lo más pronto posible.

Sobre la mesa no había comida. El olor provenía de la cocina.

—Asado de ternera con fríjoles.

—No hay otra como tú, querida. Christian, eres muy afortunado de tener una esposa así. Hace maravillas en la cocina.

—Con semejante culo —Christian no resistió la tentación de echarla pulla— ¿cómo no iba a ser un as culinario?

—Todo un *ass* —concurrió el humanista.

Fecunda exhaló un suspiro de alivio al escuchar que, a su entender, Adam también opinaba que Rosa era una cocinera excelente. Se sentaron a la mesa.

—¿Prefieres el melón de entrada o de postre?—preguntó Rosa dirigiéndose a Christian.

—Como nuestros huéspedes quieran —repuso cortésmente. —Papá, ¿tú cómo comes?

—¿Cómo como? Como como como. ¿Cómo quieres que coma? —Creo que Adam prefiere la fruta de entrada, al estilo tropical —dijo Fecunda.

La criada sirvió el melón, luego la crema de espárragos y después el asado.

—Hijo, siento mucho lo de los instrumentos musicales.

—Olvídalo, mamá. Ya te avisaremos lo que suceda primero: o las niñas aprenden a tocar, o yo me vuelvo loco.

Rosa se incorporó para cortar el asado.

—No sabía que a Adam le gusta tanto la música —comentó.

—Es lo que más le gusta en el mundo —precisó Fecunda.

—Lo que más me gusta es chingar —la contradijo su marido.

Christian se atragantó. Fecunda lo miró y se mordió el labio. Rosa puso cara de perpleja.

—Chingar —repitió el humanista—. Echarme un polvo... ¿No está claro? Follar. Hacer el amor... Joder, tirar... ¿Coger, pichar?... Copular... ¡Fornicar!

Mudos, se observaron los unos a los otros.

—Es decir —aclaró Adam ante la mirada atónita de sus familiares—, cuando puedo, porque a mi edad no siempre logro obtener una erección.

Todos se quedaron pasmados.

—¡Adam! —exclamó Fecunda cuando salió de su estupor.

—¿Sí, querida?

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Estás diciendo unas cosas...

—¿No estás de acuerdo?

Fecunda se había ruborizado hasta más no poder.

—Adam, estamos hablando de música.

—Yo sé. Decías que la música es lo que más me gusta a mí, y yo dije que no, que lo que más me gusta es chingar.

Fecunda lo miró con ojos de súplica.

—Lo que quise decir es que la música te gusta muchísimo.

—Sí, mucho.

—Me parece una idea excelente despertar en las niñas el amor por la música —dijo Rosa en un intento de normalizar la conversación.

—Eso mismo es lo que traté de hacer con Christian cuando era niño —afirmó el profesor White—, pero aparentemente el muchacho sufría de una aversión innata a la música.

—Papá se ponía una manzana en la cabeza y me dejaba tumbársela con un arco y flecha de juguete, mientras escuchábamos la *Obertura de Guillermo Tell*.

Nadie se rio, pues aún no se habían repuesto del choque que les produjo el insólito comentario del humanista.

—Cuando me cortaban el pelo, tenía que ser a los acordes de *El Barbero de Sevilla* —continuó Christian—. Me distraían con *Los Cuentos de Hoffmann*, me alimentaban con *El Amor de Tres Naranjas*, *La Gallina* de Haydn o *La Trucha* de Schubert. Si no comía bien, me asustaban con *El Murciélago* o me amenazaban con *El Aprendiz del Brujo* o con *Los Piratas de Penzance*. Me adormecían tocando *Sueño de una Noche de Verano* y me despertaban con *El Amanecer*. *El Lago de los Cisnes* y el *Danubio Azul* eran apropiados para bañarme. Para jugar, cualquier cosa servía, desde *El Pájaro de Fuego* hasta *La Flauta Mágica*. Recuerdo que papá me llevó a ver *Fantasia* de Walt Disney unas diez veces para que me encariñara con la música de Tchaikovsky.

—Y ahora te encanta la música de Tchaikovsky, ¿verdad? —se defendió el humanista.

—Ninguna música me encanta. La de Tchaikovsky es la que mejor tolero.

—A mí Tchaikovsky me mata —dijo Adam—. De veras me mata. Su música es de una brillantez exquisita, de un colorido celestial.

—Mi compositor predilecto es Rossini —aventuró el ama de casa.

—Pues ¿cómo no iba a ser, Rosita? —la jorobó Christian— Si es casi tu tocayo.

—Más que eso —cortó el profesor—. Rossini era gordo y muy buen cocinero.

—Se dedicaron a ti esta noche, Rosita –dijo Fecunda tratando de representar un ambiente de broma, pero en el fondo sumamente avergonzada.

—No te preocupes, querida, que ya estoy acostumbrada. Lo importante es que gocen su estadía con nosotros.

—La hemos pasado estupendo.

Por poco agrega: "¿Verdad, querido?" pero se frenó a tiempo. Adam entendió lo que Fecunda quería de él, y manifestó lo único positivo que podía decir con sinceridad:

—Hemos gozado enormemente de las nietas.

—Y de tus finas atenciones, de tu regia cocina —añadió su esposa para mejorar las cosas.

—Gracias. Espero que haya sido así. ¿Más asado, Fecunda?

—No, gracias.

—¿Adam?

—No, gracias.

—Veo que dejaste los fríjoles a un lado. ¿No te gustan?

—No, no es eso. Me gustan mucho. Lo que pasa es que cuando como fríjoles me dan gases y me paso todo el tiempo echando pedos.

—¡Adam! ¡Por favor! Un poco de consideración —suplicó Fecunda.

—Precisamente por consideración hacia los demás es que no los como. Para no echarme esos pedos hediondos que ni yo mismo me los aguanto.

Fecunda no pudo más. Se puso de pie, le echó una mirada fulminante a su marido y se retiró indignada. Adam miró a su hijo y a su nuera y puso cara de niño regañado. Nadie volvió a hablar durante el resto de la cena.

—¿Té o café? —preguntó Christian cuando acabaron de comer.

—Tu papá prefiere café, yo sé, y tú té.

—Así es, café —asintió Adam.

—¿Quieres que le eche leche?

—Eche leche —dijo el profesor—; y una cucharita de azúcar, por favor.

Al terminar la cena, se incorporó de la mesa y dijo una sola palabra.

—Gracias.

Caminó hacia la sala y se acomodó pensativo en un sillón. Christian se dirigió hacia el estéreo y buscó entre sus discos.

—Aquí te dejo con lo que te gusta —le dijo a su padre mientras ponía el disco que sacó de un álbum intitulado *Ballet Classics*.

Le hizo una seña a Rosa para que lo siguiera y subió al cuarto de huéspedes. La puerta estaba abierta. Fecunda se hallaba tendida sobre la cama, llorando amargamente.

—Madrecita —le dijo Christian con ternura—, no llores, por favor. Papá siempre ha tenido sus cosas raras. No estés triste.

—No es tristeza lo que tengo, sino vergüenza.

Quince minutos más tarde, cuando volvieron a la sala, Fecunda lanzó un grito. La vergüenza le cedía el paso a la desolación. Adam White estaba muerto sobre el sillón, en la misma pose plácida como lo habían dejado. Un infarto fulminante le había cortado la vida sin hacerle sufrir. "Para morir también hay que tener suerte", solía decir el humanista profesional cuando algún conocido sucumbía a una terrible enfermedad. Adam había fallecido mientras escuchaba *El Lago de los Cisnes*, precisamente durante la parte que representa la muerte del cisne. “La música de Tchaikovsky me mata,” había dicho el

humanista durante la cena. Nunca se hubiera imaginado Fecunda hasta qué punto su marido diría la verdad.

X V I

Cuando Rosa le contó que había contratado a una tutora uruguaya para educar a las cuatrillizas, Christian se encolerizó. Lo que más lo sacó de quicio fue que la tutora se alojaría en la casa, aumentando en uno más el numeroso personal de la residencia.

—Ya tenemos un chofer polaco, flaco y feo como un macaco; tenemos un celador austriaco con facha de bellaco que apesta con su tabaco; tenemos un mayordomo inglés que hace todo al revés, como si pensara con los pies; tenemos un cocinero francés, soez y descortés; tenemos un jardinero chino más cochino que el rumano que le da la mano; tenemos una mucama venezolana que viene entre semana, otra dominicana para los domingos y dos del Paquistán que ni sé pa qué están. ¿Ahora quieres meterme un tutor del Paraguay? ¿Para qué? ¡Basta con lo que hay! ¿Qué se te va a ocurrir después? ¿veterinario japonés para el perro pequinés?

—En primer lugar, no es un tutor, es una tutora, y en segundo lugar no es del Paraguay, es del Uruguay.

—Para mí es la misma cosa. Kazakstán, Kirguistán, Uzbekistán y todos los países que están o no están, son iguales. Islas Maldivas e Islas Malvinas, ninguna diferencia. Bengala y Benghazi, Beirut y Bayreuth, Colombia y Columbia: todo es lo mismo.

Tal vez Christian no veía la diferencia entre Paraguay y Uruguay, mas la diferencia entre tutor y tutora le saltó a la vista cuando conoció a la nueva empleada. Sofía Angulo Agudelo no era ni bonita ni sensual, pero desde un principio esa mujer de nariz, quijada y senos puntiagudos ejerció sobre él una atracción obsesiva. Le fascinaba oírla hablar, y con sólo verle la lengua que terminaba en

punta se le paraba el miembro de punta. Christian constató ese fenómeno con mucho asombro y un poco de aprensión.

—Pensándolo bien —le dijo a su esposa mientras examinaba a la señorita Angulo de punta a punta—, creo que hiciste bien en tomar una tutora.

—¡Y qué tutora! —exclamó Rosa— Graduada en filosofía y, además, pulcra, ordenada y puntual.

—Muy puntual.

Los singulares rasgos puntiagudos y filudos que tanto excitaban a Christian se perfilaban ya en los antepasados de la señorita Angulo Agudelo, aunque no de manera tan aguda. La nariz de su bisabuela, Loretta Picasso, parecía pico de lora. A pesar de ese defecto, logró casarse a los treinta y pico de años con un tal Lorenzo Aguilar, cuya nariz aguileña parecía más pico de lora que la de Loretta. De ese matrimonio hubo tres varones —Eldardo, Medardo y Gildardo— que nacieron todos con narices de dardo; y una niña con cara de cuchillo, a quien bautizaron con el nombre de Filomena. Filomena a su vez se casó con Filomeno Agudelo y engendró a Filomela, la más cortante entre las mujeres de la familia. Fue ella la madre de la tutora. Pero los rasgos filudos de Sofía no le venían únicamente del lado de su madre. Se decía que su tatarabuela paterna, una india navaja, se le parecía mucho. La hija de ella, Paloma Pinzón, tenía la nariz como pico de paloma y los dedos en forma de pinza. Su hija, Tuna Espinosa, la abuela de Sofía, se casó con Filocles Angulo y engendró al padre de Sofía, Filoctetes, cuyos ángulos puntiagudos parecían estalactitas. Sin embargo, fue tan sólo cuando se juntaron los genes de la familia Angulo con los de la familia Agudelo que vino al mundo una niña de características tan extraordinarias como las de la tutora.

Sofía era una mujer culta, de modales impecables. Su padre venía de Punta Alto, Argentina, y su madre de Punta Arenas, Chile, pero ella había nacido en Punta del Este, Uruguay. Estudió en la Universidad de la República, Montevideo, donde a punta de sacrificios logró obtener un título en filosofía.

—¿Por qué estudiaste filosofía? —le preguntó Christian tratando de entablar conversación.

—La filosofía encierra todo mi ser.

—¿Te refieres al "sofía"?

—No. Me refiero al "filo" —fue su respuesta cortante.

—¿Te gusta la literatura?

—Me fascina Cortázar.

—¿Y la música?

—Me apasiona. De niña escuché a un indio de la sierra tocar el serrucho y desde ese entonces quise tocar un instrumento exótico. Mis

padres me compraron un *piccolo* en el cual practicaba *staccato* y contrapunto.

—¿Qué música prefieres?

—La de Lanza y Flecha.

Christian puso cara de perplejo.

—Mateo Flecha era un compositor español del medievo —aclaró Sofía—, y Alcides Lanza es argentino, contemporáneo.

—Creí que era cantante, como Mario Lanza. ¿Y no hay por ahí uno llamado Hacha? —punzó Christian.

—No, pero hay un Achá —le salió ella adelante.

—También hay un Khatcha... —dijo él en un débil intento por no quedarse atrás— Khatchaturian.

—¡Ah sí! De él me encanta *La Danza del Sable* —remató Sofía.

—Tienes una mente aguda —le dijo Christian con el pene ya de punta—. ¿Crees en el amor a primera vista?

—Absolutamente. Creo en las flechas de Cupido, pero prefiero que no nos metamos en un tema espinoso.

—¿Podría Cupido flechar tu corazón? —lanzó Christian, poniéndola entre la espada y la pared.

—Señor White, ese es un asunto personal que no le incumbe a usted.

—No tienes que sacar el aguijón, Sofía. Sólo estoy tratando de conocerte mejor. Eres muy puntillosa.

—Mucho. Me siento incómoda porque usted me tutea y apenas nos conocemos. Además, considero que es más apropiado para el señor de la casa no tratar a sus subalternos con familiaridad.

—Discúlpame —dijo Christian, quien no daba puntada en una discusión—, pero yo creo que el personal es el puntal de la casa y debe ser tratado con cordialidad.

—Cordialidad no es lo mismo que familiaridad —puntualizó Sofía.

—La diferencia entre las dos no es muy tajante que digamos.

—Depende del punto de vista que se tenga, pero no vamos a zanjar ni a reñir, ¿verdad? —y sin darle tiempo de responder agregó:— Y ahora, con su permiso, debo retirarme.

—Son apenas las seis.

—En punto. Tengo que servirles la cena a las niñas.

—¿Qué preparaste? —preguntó Christian sarcásticamente— ¿Pez sierra o pez espada? ¿Arroz con piñones o espino al Jerez? ¿Guisante con clavos o...

—Pinchos de carne —lo cortó Sofía, poniéndole punto final a la conversación y chuzándolo de paso.

Las niñas se acostumbraron en poco tiempo a la autoridad de

la señorita Angulo, con quien se llevaban bien sin jamás haberle tomado cariño. Sofía, a su vez, tampoco les tomó cariño, pero las trataba con delicadeza y consideración. Al principio le costó trabajo diferenciar a las gemelas. En especial, confundía a Ángela con Grace (y viceversa, agrega Mohamed).

—¿Quién eres, tú o tu hermana? —le preguntó en broma cierto día a una de las dos.

—Soy yo —contestó inocentemente la niña, y señalando con el dedo agregó—; esa es mi hermana.

La señorita Angulo se levantaba temprano por las mañanas y ayudaba a las niñas a alistarse para ir a la escuela, pero su verdadera labor principiaba por las tardes, cuando las hermanitas regresaban a casa. Las acostumbró a tener sesiones musicales en las cuales escuchaban música clásica todos los días. En sus días libres (los de ella, no los de las niñas) les dejaba instrucciones escritas sobre lo que debían escuchar. "Sinfonía sin Sofía", llamaban las muchachas esas sesiones. Cuando tocaban sus instrumentos, la señorita Angulo las acompañaba en el *piccolo*. También jugaba con ellas, les leía cuentos y, en medio de los juegos y cuentos, casi sin que ellas se dieran cuenta, les enseñaba lo que la escuela no podía darles: los refinamientos de la vida.

Observándola trabajar, volvieron a la memoria de Christian aquellas tardes de su niñez, cuando su padre, el humanista, le enseñaba más o menos los mismos refinamientos. Se sintió atraído más que nunca hacia esa mujer de ángulos agudos y, por primera vez durante sus trece años de matrimonio con Rosa, cruzó por su mente la idea de tener una aventura amorosa.

(En la obra original, Mohamed Rosenblatt analiza las causas psicológicas de la poderosa atracción de la tutora sobre el potentado, las cuales, según el aburridor análisis, se remontan a la época en que Christian era niño e idolatraba a la primera profesora que tuvo, la dulce Darlene Honeymatch. Pero Rosenblatt yerra en su metodología y, por consiguiente, en sus conclusiones. Es evidente que las causas de la recia atracción no se encuentran en la infancia del sujeto, sino en el exquisito contraste de la geometría. ¿Cómo podía Christian White resistir a la tutora de nariz y senos de pincho, después de trece años de estar acostándose con Rosa, que era toda redondez? En términos gastronómicos, las dos mujeres eran como un cono de helado: Rosa, la blanca bola de helado, y Sofía, la galleta puntiaguda. Para deleite del paladar, se complementaban a la perfección.)

—Usted me recuerda a mi padre —le dijo Christian un día que estaban hablando a solas.

—¿Tan varonil me veo?

—No, no. Por supuesto que no. Me refiero al modo de ser.

Usted sabe... yo quería mucho a mi padre.

Christian nunca lo quiso en especial, pero después de decirle que le recordaba a su padre, pensó que la frase era oportuna.

—Mire qué casualidad —dijo ella—: Aunque no lo crea, usted me recuerda a mi madre.

—¿Tan femenino me veo? —devolvió Christian la broma.

—No, no, señor White. Usted es muy varonil.

—¿Y su mamá también lo era?

—No, pero era muy blanca; así, como usted.

—Me hubiera gustado conocerla. Nunca conocí a nadie tan blanco como yo.

—Ella sí lo era. Blanca como la nieve. De niña hasta la llamaban Blanca Nieves, porque era bella como la niña del cuento.

—Usted también es muy bella —se atrevió a decir Christian.

Hubo un rato de silencio.

—Me turba, señor White.

—Sofía, es usted la que me turba a mí. Desde el momento en que la vi por primera vez no he podido dejar de pensar en usted. Cuando cierro los ojos —susurró tomándole las manos entre las suyas— veo su imagen.

—Señor White...

—Christian.

—Christian...

Le soltó las manos para asirla por los brazos, cuidándose de no chuzarse con los codos. La acercó a él. De repente sintió los dedos puntiagudos de Sofía ceñirle la cabeza. Como el resplandor de un disparo de cohete, un fulgor iluminó los ojos de ella y su cara aerodinámica saltó hacia adelante. El pensamiento fugaz cruzó por la mente de Christian: "¡Me va a enterrar la nariz!" Alcanzó a ladear la cabeza y recibió en la boca el impacto de los labios entreabiertos. Christian se quedó atarantado de la sorpresa. Ávida de amor, la tutora lo abrazaba con fuerza y le chupaba el labio inferior con tal violencia que Christian temió que se lo arrancara. ¡Quién se lo hubiera imaginado! Sofía era como un barril de pólvora en espera de una chispa para explotar. El flirteo de su patrón fue lo único que necesitó para liberar toneladas de amor reprimidas quién sabe durante cuánto tiempo.

Aquella misma noche, a eso de la una de la mañana, Christian se levantó sigilosamente de la cama y salió de la alcoba como un fantasma, cerrando la puerta sin hacer ruido. Regresó a las cuatro de la madrugada y entró en la habitación tal como había salido, en absoluto silencio. Rosa la gorda había dormido profundamente, sin oír los crujidos, gemidos y suspiros que provenían de la pieza de la tutora.

Christian White se levantó tarde al día siguiente. Se sentía adolorido, estaba ojeroso, tenía hinchados los labios, especialmente el inferior, que parecía estirado como el de los indígenas de cierta tribu africana, y sobre su cuello blanco resaltaban tres moretones.

—¿Qué es eso? —preguntó Rosa cuando los vio.

—No sé.

—Parecen chupados.

—Sí. Ja, ja, ja —se hizo el que se reía—. Ayer me tropecé contra... una puerta... y no me di cuenta de que me había golpeado tan duro.

Cuando se quitó el pijama en el baño, antes de entrar en la ducha, se asustó de verse el pecho herido, cubierto de rasponazos, sin duda alguna causados por los senos puntiagudos de Sofía.

Tan pronto salió de la casa, Christian se dirigió a un puesto de salud para hacerse vacunar, pues consideró que debía tomar precauciones en su nueva relación con la tutora. Con tetas como las de ella, se dijo, debo vacunarme contra el tétano.

Para el encuentro amoroso de la noche siguiente, Christian se envolvió el torso en una sábana doblada cuatro veces a lo largo. Logró de esa manera resguardarse el pecho, pero eso no evitó que amaneciera con más moretones en el cuello y en los hombros. Los advirtió cuando se miró en el espejo, al salir de la ducha. Para que Rosa no los viera, entró en la alcoba envuelto en la toalla, pero no como solía hacerlo, de la cintura hacia abajo, sino del cuello hacia abajo, hasta donde alcanzaba la toalla, que no era lo suficientemente grande como para tapar lo que generalmente se busca ocultar. Rosa soltó una carcajada cuando lo vio enrollado en la toalla de tan ridícula manera. Todo era juego para ella. Christian hundió el cuello entre los hombros, haciendo una mueca que la hizo reír más. Mientras sujetaba la toalla con la mano izquierda para que no se le deslizara del cuello, con la derecha bregó hasta que pudo coger toda la ropa que necesitaba para vestirse. Rosa lo miraba divertida sin decir palabra. Sujetando la ropa interior, los zapatos y las medias en la mano, el pantalón colgándole del hombro y la camisa presionada entre el brazo y el costado, caminó difícilmente de regreso al baño. Escuchó la risa de su mujer cuando dejó caer todo para poder cerrar la puerta, sin volverse, de espaldas a la habitación.

Christian estaba furioso. El día anterior, cuando amaneció con los tres moretones, le había pedido a Sofía que dominara sus impulsos y se abstuviera de chuparlo durante los momentos de intimidad, pero ella había ignorado su recomendación. Esta vez le daría tal reprimenda que ella no se atrevería a volverlo a hacer. Resolvió también suspender por un tiempo sus visitas nocturnas para demostrarle lo disgustado que estaba. Y en efecto, las suspendió

durante una semana, a pesar de que la tutora lo asediaba cada vez que se le presentaba la ocasión. Al cabo de siete días la furia había disminuido y la libido había aumentado.

La resistencia de Christian se derrumbó en la séptima noche. Era justo la noche en que Rosa había invitado a cenar al Conde Ives de Faucigny, a su esposa, la Condesa Marie Claire de Faucigny, y a sus padres (los de Rosa, no los de la Condesa). La mesa estaba puesta de estricta etiqueta en honor a los distinguidos visitantes, amigos de Maurice de Bonhomme desde su infancia en Saboya. La señorita Angulo tenía asignado un puesto en la mesa, pues los White desde un principio le habían conferido un rango especial en la casa, más cercano al de huésped que al de empleada. Rosa la sentó en la punta de la mesa (se vería ridícula sentada ahí, opina Mohamed, y aclara que Rosa le asignó puesto frente a una de las puntas de la mesa). La tutora se acomodó en su silla, entre Christian y su suegra (la de Christian, no la de ella).

—La comida estaba exquisita, querida —dijo *madame* de Faucigny cuando sirvieron el postre.

—Gracias, Condesa. Para que vea que en los Estados Unidos se come tan bien como en Francia.

—Sólo en tu casa, Rosita —intervino el Conde de Faucigny—. Por lo general la comida aquí no es buena.

—¡Ives! —lo reprendió su mujer— ¿Cómo puedes decir eso? La comida en América es excelente, y hay de todo en abundancia.

—Quiero decir —aclaró él—, que los ingredientes son de primera calidad, pero la gente no sabe cocinar. Cuando la comida no es insípida ni sabe a plástico, todo es demasiado salado o picante, o dulce hasta no poder más. Los alimentos son exageradamente ricos, con vitaminas y proteínas postizas o, por el contrario, son robados de su contenido natural de grasas y sal, deformados y esterilizados. Los dulces se preparan con substitutos de azúcar, las bebidas con sabores sintéticos, las sopas con cubitos de cebolla deshidratada, las carnes con ablandadores, los postres con colorantes artificiales. A todo se le echa preservativos y productos químicos.

—Mi amor, lo que dices se aplica solamente a la comida de los pobres —puntualizó la Condesa, tratando de suavizar la crítica feroz de su marido—. Para ellos esa comida es muy buena.

—¿Y por qué ha de ser buena para ellos si para ustedes es mala? —preguntó Christian, indignado tanto de la opinión del Conde como de la de ella.

—Bueno, porque los pobres no tienen el paladar refinado.

—Me da la impresión de que a usted, *madame*, no le gusta la gente pobre —aventuró Sofía.

—¿Acaso a alguien le gusta?

—A mí —afirmó Christian, no con mucha sinceridad, pero fiel a las enseñanzas de su padre, el humanista.

—A mí también me gusta —concurrió Maurice de Bonhomme—. No debemos olvidar que los pobres cumplen una función muy importante en la economía de todos los países: son los trabajadores.

—¡Y los consumidores! —agregó el Conde.

—Yo estimo que ¡hay!... que darles más crédito que ése.

Todos miraron sorprendidos a Christian, sin poder explicarse su extraña manera de hablar. Todos menos Sofía, quien, debajo de la mesa, había puesto la mano sobre el muslo de Christian.

—Ives tiene razón —dijo Maurice de Bonhomme—. ¿Qué haríamos los hombres de negocios sin la clase trabajadora? Aun suponiendo que se pudiera producir sin ella (digamos, en fábricas completamente automatizadas), ¿quién compraría nuestros productos? Tenemos que darle gracias al Señor por habernos gratificado con el proletariado.

—¡Vaya exageración! —exclamó la Condesa— No veo por qué tenemos que estar contentos de que el mundo esté lleno de gente tosca, que no puede hablar bonito, que ni siquiera sabe vestirse bien.

Sofía deslizó la mano por el muslo hacia arriba.

—¡Ay!... que entender al proletariado, *madame*. Si no hablan ni visten bien, es porque no tienen la educación ni los medios para hacerlo.

De nuevo todos se quedaron mirando a Christian, sin comprender su curiosa forma de expresarse.

—Acaban de tocarle un punto muy sensible a mi yerno —explicó Maurice de Bonhomme, refiriéndose al tema de la pobreza.

—No tengo nada contra los trabajadores —continuó la Condesa Marie Claire con su no muy socialista exposición—, pero hay que reconocer que son gente sin modales, y en cuanto a higiene, dejan mucho que desear.

—No importa que haya gente pobre —juzgó Rosa torpemente—, lo malo es que haya tanta.

—¿Qué ¡quik! quie-res, Rosa?

La tutora sabía muy bien dónde y cómo tocar.

Todas las miradas se posaron en Christian. Luego, por un instante los huéspedes se miraron entre sí, desconcertados, para volver a fijar la vista en el ofuscado anfitrión. Christian ensayó otra vez.

—¿Qué quieres, Rosa? ¿que los maaaaatemos a todos?

El silencio fue absoluto. Nadie sabía cómo reaccionar. Désirée de Bonhomme fue la primera en hablar.

—¿Qué te pasa, Christian?

Naaaada.

Un silencio sepulcral se apoderó del recinto. De súbito, Rosa prorrumpió en una risa sonora y contagiosa.

¿No captaron? preguntó, los ojos lacrimosos de tanto reírse ¡Christian nos está tomando el peeeelo!

Todos soltaron la carcajada.

Muy gracioso opinó Désirée, tratando de normalizar el ambiente.

¡Me parece chistosíííísimo! exclamó el Conde de Faucigny, provocando una explosión de risas.

La incongruencia entre lo que dijo y la distinguida personalidad del aristócrata causó tal hilaridad que ninguno de los presentes pudo dejar de reírse durante varios minutos. Y aún después, cuando por fin pudieron dominarse, continuaron con una sonrisa en los labios que les duró toda la noche. En más de una ocasión, en medio de la charla, alguno de repente decía "chistosíííísimo" y todos explotaban en sonoras carcajadas.

Al día siguiente Christian amaneció con nuevas manchas moradas en el cuello y en el pecho.

¡Qué es eso, por Dios! exclamó Rosa alarmada.

No sé mintió Christian. Debe ser una alergia.

Cada vez se te pone peor. Tienes que ir al médico.

Sí, querida. Hoy mismo voy a pedir cita.

Christian no se comunicó con ningún médico, pues sabía que lo único que tenía que hacer era esperar y la equimosis de la piel se iría desvaneciendo hasta desaparecer del todo. Pero cuando pasaron los días y los moretones no se iban, ni siquiera los de la primera vez, Christian principió a preocuparse en serio.

X V I I

—Buenos días, doctor— saludó Christian tan pronto Watanga Kakazulo lo recibió en su consultorio—. ¿Se acuerda de mí?

—¡Cómo podría olvidarlo! El cohete blanco con la mecha negra.

Christian no soportaba al doctor Kakazulo, pero había vuelto donde él porque le parecía que de todos los especialistas que lo examinaron —y fueron muchos los que lo examinaron—, él era el que más sabía sobre enfermedades raras.

—¿Cómo ha seguido? —le preguntó el médico.

—Pues, no sé qué decirle. Estoy muy preocupado.

—¿Se le volvió a poner blanco y echa de menos el negro que tenía?

—No señor.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Mire usted —dijo Christian quitándose la camisa.

—¡Uy! ¡Qué bonito! —exclamó Watanga Kakazulo cuando vio las manchas oscuras en el cuerpo.

—Doctor, eso no es gracioso.

—No, no. Yo no dije "gracioso", dije "bonito".

—Con todo respeto, no creo que...

—Permítame —lo interrumpió el galeno y se acercó a examinar los moretones—. Parecen chupados —dijo después de observarlos de cerca.

—Son chupados.

—¿Entonces?

—¡No se me van!

—¡Ajá! No se le van —musitó mientras los examinaba de nuevo—, y no se le irán.

—¿Cómo?

—No se le irán. No tienen adónde irse.

—¡Por Dios, doctor, no estoy para chistes!

—No hablo en chiste.

—¿Quiere decir que me voy a quedar así?

—Me temo que sí.

Christian se estremeció.

—No se preocupe, señor White. No es tan grave como parece.

—¿Que no me preocupe? Tengo manchas negras por todo el cuerpo ¿y usted me dice que no me preocupe?

—Está bien. Preocúpese.

Por un instante Christian consideró darle un puñetazo.

—Doctor...

—Lo que usted tiene no es una enfermedad —volvió Watanga a su tesis original—, sino, simplemente, un estado... diferente. Así es su piel.

—¿Y donde me la chupen se vuelve negra?

—No necesariamente. Depende de los humores.

—¿Míos?

—De la boca de la otra persona.

—¿Y no hay forma de impedirlo?

—Puedo darle un líquido especial para utilizar antes del coito.

—¿Me lo tengo que untar, o beber?

—Ni lo uno ni lo otro. Es para que su compañera se enjuague la boca.

—¿Se enjuague la boca?

—Y haga gárgaras, si quiere.

—¿Y para mí no hay remedio? ¿algo que me pueda aplicar en las manchas? ¿algo que me las quite?

—Me temo que no.

—¡Algo tiene que haber! ¡Por favor, doctor, deme algo!

—Si tanto insiste —dijo Kakazulo pasándole un tubo de crema rosada—, use esta pomada, pero le advierto que no sirve para nada.

Ahora sí que le doy una trompada, pensó Christian.

—¡Qué suerte perra! —exclamó en vez.

—¿Por qué? No le duele, ¿verdad? No lo afecta fisiológicamente. Entonces ¿qué importancia tiene?

—Pero, doctor, mire cómo se ve.

—¿Cómo?

—¡Horrible! Me impresiona verme en el espejo. Por las noches tengo pesadillas... eso es, cuando puedo dormir, porque la desesperación es tal que con frecuencia me paso la noche en vela.

—Pues... si tanto lo preocupa, tal vez se pueda hacer algo para mejorar la estética.

Christian vislumbró un rayo de esperanza.

—¿Qué?

—Pídale a su amiga que le chupe el lado opuesto de donde tiene cada moretón, así quedará con diseño simétrico.

"¡Por Dios que le rompo la cara!", se dijo Christian.

—Usted bromea, doctor.

—Sí, pero no del todo. Pídale a su amiga que lo chupe por todas partes; quizá logre darle un tono parejo. No se lo garantizo, pero

puede que funcione.

—Quedaría negro, como usted, doctor.

—Sí. Quedaría bien, como yo.

—Pero yo no quiero ser negro.

—Por lo menos dejaría de pasar las noches en blanco.

Christian no se pudo contener más. Agarró a Watanga de la manga, le torció el brazo y le dio tal puñetazo en el regazo que le hizo doblar el espinazo y casi le revienta el bazo. Como si eso fuera poco, arremetió con furia de loco. Le rasgó la mejilla desde la patilla hasta la barbilla, como con cuchilla. Le hundió la rodilla en la tetilla, rompiéndole una costilla. Armado de una silla, le asentó un golpe en la espinilla y otro en la rabadilla. En la mejilla cortada le propinó una cachetada, en la canilla golpeada una patada, en la papada maltratada una bofetada, y para dar por terminada su embestida desaforada, le zampó una trompada en la quijada. Watanga rodó por el tapiz, retorciéndose como una lombriz. Tenía reventada la nariz y sangraba un tris. De por vida el infeliz llevaría en la nariz una gruesa cicatriz. Christian se quedó parado a su lado mirándolo airado. Con la mano estirada tomó el tubo de pomada, el de la crema rosada que no servía para nada, y se lo lanzó como una granada.

—¡Métaselo por el culo! —le gritó a Kakazulo.

Se dio media vuelta y salió furibundo del consultorio.

El galeno se incorporó con dificultad, aturdido por la zurra. Alcanzó a ver a Christian White en el ascensor cuando se cerraba la puerta. Kakazulo tomó el florero que estaba sobre la mesa, se arrastró hasta la ventana abierta y esperó. Tan pronto vio a Christian salir del edificio le lanzó el florero con todas sus fuerzas, pero no dio en el blanco.

X V I I I

Christian White no salía de su casa sin ponerse alguna de las bufandas de su inmensa colección de bufandas de seda. Las usaba para cualquier ocasión, en cualquier época del año. No es de extrañar, pues, que su fama de millonario excéntrico se hubiera aumentado cuando le sumó a los anteojos rosados y a la ropa de doble forro las bufandas de seda. No por elegancia usaba Christian las bufandas, como la gente suponía, sino para ocultar las manchas en el cuello. Por ese mismo motivo nunca más fue visto en traje de baño.

Los encuentros clandestinos con la tutora estaban acabando con Christian, quien además de verse ojeroso hablaba con dificultad debido al labio inferior que le amanecía cada día más estirado y a veces se le mecía de un lado al otro. Las manchas negras se le habían multiplicado. En el cuello y en otros lugares donde estaban juntas, formaban grandes parches oscuros. ¡Cómo le había cambiado la tez! Hasta en las partes del cuerpo donde no tenía manchas, la piel ya no era del blanco lechoso que había sido. "¡Qué libido!" había exclamado Sofía esa primera noche cuando Christian entró en su cuarto. "¡Qué lívido!" exclamó después, cuando prendió la luz y lo vio desnudo. Ahora nadie se maravillaría de mi palidez, reflexionó Christian, porque los humores de Sofía me la han hecho perder. Durante meses Christian había gozado de sus encuentros sexuales con la tutora de ángulos agudos que tanto lo excitaban, pero le era evidente que esa relación amorosa tenía un negro porvenir y que debía terminarla cuanto antes.

En más de una ocasión Christian intentó explicarle a Sofía la conveniencia de acabar con aquel amor que desde un principio estaba condenado a fracasar, pero la ardiente tutora, enceguecida por la pasión, se negaba a escucharlo. A su vez, ella trataba de convencerlo de que su secreta relación podía prolongarse indefinidamente y que de

ellos dependía ser dichosos durante muchísimos años. Él, con sólo verle la lengua puntiaguda que le ponía el pene de punta, terminaba por ceder. Solamente cuando no la tenía al lado y podía razonar con serenidad, libre de su perturbadora presencia, veía la gravedad de la situación. Comprendió que era menester usar algo más que persuasión para deshacerse de ella.

"Me he enterado de sus relaciones con Christian", decía la carta anónima que el mismo Christian le había enviado a Sofía. "Sépalo bien: Ni usted ni nadie podrá robarme mi amor. En un pacto de sangre juramos ser el uno para el otro y ¡por Dios que lo haré cumplir!" advertía la misiva como preámbulo a una serie de improperios que culminaban con una amenaza: "¡Maldita! Pagarás con tu vida".

Cuando Sofía le mostró la carta, Christian fingió un miedo incontrolable.

¡La loca! exclamó en tono dramático ¡Dios mío! ¿Cómo pudo enterarse?

¿Cuál loca?

Lula. La loca Lula. Estás en grave peligro.

¿Quién, yo?

¿No leíste lo que dice?

–Debe ser una broma.

Eso mismo pensaba Lily.

¿Lily?

–La hermana de un amigo mío que ahora vive en algún lugar de Australia. La loca creía que ella, o una de sus dos amigas, era mi amante. Entonces le escribió una carta diciendo que les iba a cortar la cabeza tanto a ellas como a mi amigo. Sólo cuando milagrosamente se salvó de un atentado contra su vida, Lily entendió que no se trataba de una broma. Si no hubieran huido del país, Lily, Lalo, Lulú y Lola, Lula los hubiera matado a todos.

Cuando la tutora oyó lo de Lula y Lily, se quedó lela.

–¿Es verdad lo que me cuentas?

–Lula es una psicótica de alta peligrosidad.

–No puedo creerlo.

–Tampoco Anastasia creyó.

–¿Anastasia? ¿Quién es?

"Es", no, "era".

¿Qué quieres decir?

Anastasia murió de una sobredosis de anestesia, en un hospital donde no tenía por qué estar. Fue un verdadero misterio.

Al día siguiente la tutora desapareció de la casa con todas sus pertenencias. Una semana después, sin dirección de la remitente, llegó una carta de despedida que dejó confundidas a las niñas, indignada a

Rosa y satisfecho al amante ingenioso.

Christian se había quitado un peso de encima. La naturaleza se encargaría de quitarle un gramo más, castigándolo con la caída del pelo que en cuestión de pocos años habría de dejarle la cabeza como una bola de cristal. Por lo menos así se la veía Rosa, la juguetona, quien solía tomarle la cabeza entre las manos y decirle: "Veo un viaje en tu futuro".

La tutora de ángulos agudos fue la primera mujer con quien Christian engañó a su esposa, pero no fue la última. En el curso de los años, a medida que aumentaba su aversión por los "disfraces" de Rosa y disminuía la frecuencia de las relaciones sexuales con ella, tuvo varias amantes.

Por pura casualidad, muchas de las mujeres que amó se llamaban Ana. De cada una de ellas guardó un cariñoso recuerdo: Ana Cronik, la romántica solterona que le exigía que le besara la mano y le declarara su amor de rodillas; la joven idealista que luchaba por la revolución de las masas, Ana Arkika; su camarada atea, Ana Tema; la casada que vivía comparándolo con su marido, Ana Logia; la morena que le daba los besos más dulces, Ana Nass; la deportista que le daba los abrazos más fuertes, Ana Conda; la pelirroja que le dejaba el rostro untado de carmín, Ana Ranjado; la muchacha con quien no sentía nada cuando hacían el amor, Ana Algésica; la psiquiatra que analizaba sus sueños, Ana Lisa Melo; y, por último, la hermafrodita que descubrió que tenía el pene negro (Christian, no ella, aclara Mohamed) y se mantenía fascinada estudiándole el cuerpo, Ana Tomía.

Cada episodio amoroso de Christian duraba mucho tiempo y largos períodos separaban uno del otro. Generalmente era la mujer la que daba por terminado el *affaire*, pero a veces era Christian quien lo hacía, en especial cuando le parecía que las relaciones íntimas le oscurecían la piel. Si notaba que el amor con determinada mujer no lo ennegrecía, hacía lo posible por conservar la relación, mas nunca tenía éxito y la amante acababa por abandonarlo. Entonces Christian sufría en silencio durante meses y meses, hasta que el calor de un nuevo lazo le restituía el sosiego.

Solamente de la pérdida de su última amante —veinte años después de la primera— nunca pudo reponerse. Se llamaba **M**imi **M**ótek, pero Christian la llamaba "Dulzura". Difícilmente hubiera podido ponerle un nombre más apropiado. m&m era un verdadero bomboncito. Cariñosa hasta el punto de ser empalagosa, mimaba a su amado como a un niño chiquito. "Ni mi mami me mima como Mimi me mima a mí", decía Christian para sus adentros cuando Dulzura le ponía una golosina en la boca y le acariciaba la calva cabeza con la mano libre.

—Tienes las manos de terciopelo —le decía él amorosamente.

—Y tú tienes la cabeza de seda —le contestaba ella tomándole el pelo.

Mimi le sonreía y Christian se derretía. La verdad es que la sonrisa de Dulzura era divina. Mostraba unos dientes blancos y perfectos a la vez que se le hacían dos preciosos hoyuelos a los lados de la boca.

Mimi tenía hoyuelos no sólo en las mejillas, sino en las nalgas, en las rodillas, en los codos y en el dorso de las manos, frente a cada uno de los dedos. Pero la particularidad más sorprendente de esa agujereada mujer es que tenía la vagina en sentido horizontal ("estando de pie", consideró Mohamed Rosenblatt que había que aclarar). Christian se quedó boquiabierto cuando la vio desnuda por primera vez.

—Yo no sé cómo hacen las otras mujeres para mantener esa ranura en equilibrio, así, parada de punta —le dijo ella con surrealístico humor—. A mí se me cae.

Que él supiera, Mimi Mótek era la única mujer en el mundo que podía sonreír con la vagina. Era una sonrisa silenciosa y desdentada, naturalmente, pero ¡qué dulce!

Christian se apegó a Mimi como una criatura a su madre (a la madre de la criatura misma, no a la de Christian, aclara Mohamed). A Christian le encantaba estar con ella (con su amante, no con la madre de la criatura, precisa Mohamed, decidido a evitar cualquier malentendido). El millonario excéntrico se moría por las caricias y los besos de Mimi. Ella lo abrazaba y le decía cosas dulces, quedamente, con los labios pegados a la oreja (a la oreja de él, no a la suya propia, vuelve a aclarar Mohamed).

—Mi cielo —lo llamaba con voz melosa.

—Mi sol —contestaba él con ardor.

—Mi Christian.

—Mi Mimi.

Christian White no podía vivir sin Dulzura. La necesidad de estar a su lado se asemejaba a las ansias de un narcómano: se había vuelto adicto a esa mujer de múltiples encantos. Ella era como una droga que, entre otros ingredientes, tenía dos estimulantes muy efectivos y un poderoso calmante.

En cierto momento Christian consideró seriamente divorciarse de Rosa para casarse con Dulzura, pero ella lo disuadió (Dulzura, no Rosa). Quizá lo hizo porque ya había tomado la determinación de dejarlo.

Cuando un buen día Mimi le avisó lacónicamente que todo había terminado entre los dos, y sin darle tiempo de reaccionar desapareció de su vida, Christian quedó con el corazón destrozado. Se

sentía humillado y desamparado a la vez. Muchos meses pasaron hasta que logró tranquilizarse y dejar de pensar en ella todo el tiempo, pero dejar de pensar en ella del todo era imposible. La imagen de sus múltiples hoyuelos y de su dulce sonrisa vaginal se le había fijado en la mente para siempre.

La separación fue un golpe terrible para Christian. Con la pérdida de Dulzura su vida se tornó amarga. Tan dolido quedó, que nunca quiso volver a tener una amante, prefiriendo la abstención a los sinsabores del amor. ¿Sería que el millonario excéntrico había perdido la confianza en sí mismo? ¿o sería, más bien, que los últimos residuos de juventud habían abandonado su cuerpo?

Después de Mimi Mótek hubo otra mujer en la vida de Christian, pero con ella el amor fue platónico, si es que fue amor del todo. Linda se llamaba, como la mayor de las cuatrillizas, y también era fea, como Linda y sus hermanas. La fealdad de Linda no tenía arreglo, por más que ella tratara de arreglarse. Usaba un peinado que la hacía ver como Vidal Sasoon, y cuando se maquillaba se parecía a Max Factor.

Con ella Christian charlaba sobre el arte y la literatura. Él sabía mucho de arte (en su época vendía cuadros) y ella sabía mucho de literatura (en su época fue bibliotecaria). Platicaban horas enteras sobre los pintores, desde los más conocidos, como Rafael y Leonardo, hasta los más desconocidos, como Samuel y Eduardo. Christian le contaba cosas interesantísimas acerca de los aspectos poco conocidos del arte. Le contaba, por ejemplo, cómo averiguó Da Vinci el menú de *La Última Cena*; qué se atrevía a decirle a las muchachas el fresco de Miguel Ángel; dónde está enterrada la oreja de van Gogh; la altura verdadera de los personajes de El Greco; el nombre completo y peso exacto de las señoras que pintó Botero; el color de los ojos de las modelos de Modigliani; la especialidad de cada una de las rameras de Toulouse-Lautrec; los pecadillos que hacían sonreír a *La Gioconda*; lo que tiene de cómico el único ícono cónico de Míkonos. Los conocimientos de Christian sobre el impresionismo eran impresionantes; y sobre el expresionismo y el cubismo, lo mismo.

Linda no era menos ilustrada en lo que concierne las letras. Se las sabía todas, desde la A hasta la X... Bueno, casi todas. Con Christian discutía apasionadamente sobre las obras de sus autores predilectos, desde los más conocidos, como Dante Alighieri y Sir Walter Scott, hasta los más desconocidos, como Sir Vantes y Koman Dante.

Linda era ferviente admiradora de Daniel García Vásquez, a quien Christian había conocido bien durante sus años mozos, en las memorables tertulias del Café Dada. El escritor desconocido de ese entonces se había revelado como un genio de la literatura

costumbrista, alcanzando en pocos años fama internacional.

—El mundo de García Vásquez flota sobre el éter del surrealismo literario y trasciende la dinámica de la narración, impregnándola de ese fatalismo estoico tan propio de él, que a pesar de su enfoque multidimensional le confiere a sus obras una autenticidad dramática difícil de igualar. ¿No te parece, Christian?

—Sí.

—Y sus personajes poseen un pragmatismo metafísico que los hace impermeables a las pasiones del mundo real, como si fueran extra-existenciales y pudieran eludir la inexorabilidad de sus destinos.

"Esta señora sabe mucho", se dijo Christian, "pero ¡cómo habla mierda!"

—¿Por qué usas siempre bufandas de seda? —le preguntó ella un día, así, de repente, aventurándose en el dominio de lo personal.

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—Porque las de lana me dan mucho calor.

Linda no era linda, pero era discreta. Aceptó esa graciosa evasión y no preguntó más. Fue él el que quiso confesar.

—Las uso porque escondo un secreto.

—¿Con las bufandas?

—En parte.

—Todo el mundo esconde algo.

"Verdad", se dijo Christian.

—¿Qué escondes tú? —preguntó él.

Linda sonrió mostrando los pocos dientes que aún le quedaban, grandes, oscuros y torcidos.

—Mis sentimientos.

"¡Qué respuesta!", se dijo él. "De veras que me encanta esta señora."

—Pero no los escondes con una prenda de vestir.

—En parte sí —repuso ella con su voz carrasposa—, y en parte con una sonrisa, o con una palabra, o con el silencio.

"¡Si yo pudiera hablar así! Se expresa como un ángel, cuando no habla mierda."

—Las bufandas me hacen sentir cómodo.

—Tengo un tío que siempre usa bufandas de seda, como tú.

—Seguramente también esconde algo.

—Seguramente.

—Cuéntame de él.

—Se llama Donald Bell, pero todos le dicen simplemente Don. Tiene un mayordomo español, Daniel Campanilla, que por respeto lo llama don Don. Eso enerva a mi tío, quien para desquitarse llama a Daniel don Dan. "¿Sabes planchar bufandas de seda?", le preguntó antes de emplearlo. "Sé planchar lo que me den, don Don." Don lo

contrató en seguida. "Ven a mi casa mañana," le dijo, "y de paso tráeme din." "¿Din?" "Sí, din. Pide que te den din, Dan." "Perdón, don Don, ¿dónde dan din?"

Tienes un don extraordinario para contar anécdotas.

Mi tío tiene bufandas de todos los colores, olores y sabores.

¿Olores y sabores?

Sí. Mucha gente no sabe distinguirlas, pero yo se las reconozco desde lejos. Sé que está usando una de sabor a limón si tiene la cara amarga. Cuando se viste para un evento de gala, sé que se puso una de las que huelen mal. Las porta porque le ayudan a mantener la nariz en alto. Pero las bufandas rojas son las que puedo reconocer más rápidamente. ¿Sabes cómo?

¿Cómo?

Porque son rojas.

Me estás tomando el pelo.

Sí.

Yo uso las bufandas porque tengo manchas en el cuello.

Ahora tú me estás tomando el pelo.

No. Sufro de una extraña enfermedad de la piel. Me apareció cuando tenía veinticinco años. Un buen día, así no más, se me puso negra la piel en... cierta parte del cuerpo. Desde ese entonces me han ido saliendo manchas oscuras en todas partes.

¿De repente se te puso negra la piel en cierta parte del cuerpo?

Linda no era linda, pero era perspicaz.

Tal como oyes.

¿Y en dónde se te puso negra la piel?

En Nueva York repuso Christian, esquivando hábilmente la respuesta. Yo vivía allá antes de venir a Los Ángeles.

¿Viniste por tu enfermedad?

No. Vine por avión.

Ahora no sé si lo que me dices de tu enfermedad también es en broma.

Desgraciadamente, es muy en serio. ¿No ves que tengo la piel extremamente blanca?

Es blanca, pero yo no diría que extremamente.

Tal vez ahora no lo sea. Se me ha oscurecido un poco con los años. Pero cuando era joven, donde me encontrara llamaba la atención por el color de la piel. Nadie había visto piel tan blanca como la mía. Luego, con el tiempo se me fue... cambiando.

¿Sabes, Christian, que lo que te pasó no es tan raro? Los hombres cambian de piel, como los lagartos.

Eso, obviamente, no era cierto, pero ¡qué gusto le daba oírlo! Sin embargo, algo de verdad había en lo que ella dijo. Linda no era

linda, pero era inteligente.

Me pesa no haberte conocido cuando era joven, antes de haber cambiado de piel. Estoy seguro de que nos hubiéramos enamorado.

Linda suspiró.

Sí, yo también estoy segura de que nos hubiéramos enamorado dijo quedamente y fijó en él un ojo de su mirada bizca.

Yo era muy distinto en mi juventud. No me colgaba el labio como ahora y no tenía ni una mancha en... la conciencia. Vivía despreocupado. El mundo era menos complicado en ese entonces, y yo también. No tenía dinero, pero era muy atractivo.

Ahora eres más atractivo porque tienes dinero.

Linda no era linda, pero era avispada.

¿El dinero me hace buen mozo?

¡Por supuesto! Y simpático e inteligente.

No es verdad, pero gracias de todas maneras.

Es verdad. Quizá no seas buen mozo, pero sin dinero serías más feo.

Tan feo soy, Linda, que, te confieso confidencialmente, nadie me ama. Hace meses que no tengo relaciones sexuales.

¿Me estás sugiriendo algo?

¡No! No, por supuesto.

¿Y con tu mujer no te acuestas?

Rosa es tan gorda que si me monto encima me resbalo hacia los lados; y en cuanto a colocarme por debajo, te diré la verdad, no me arriesgo. Es demasiado peligroso.

Entonces, consíguete una amante.

Me sorprendes, Linda.

Tú eres el que me sorprendes a mí. Un hombre nunca se queda sin amor.

No puedo conseguir a nadie. Ninguna mujer quiere a un hombre como yo.

¿Con tu dinero? ¡No seas tonto! No tienes por qué aguantarte. Aunque sea, págale a una prostituta.

Linda no era linda, pero era práctica. Christian se sonrió.

¿Lo dices en serio?

Absolutamente. Yo lo haría si estuviera en tu lugar.

Linda no era linda, pero era sincera.

X I X

—Profesor Froidman —dijo la secretaria asomando la cabeza por la puerta entreabierta—, el señor Christian White desea verlo.

—¿Está aquí? —preguntó Froidman sorprendido de oír que Christian White, el magnate excéntrico, había venido a su despacho— Hágalo pasar.

Un momento después Christian entraba en el estudio.

—¡Qué grata sorpresa, Christian! Sigue, por favor.

—Hola, Sigmund.

—¿Qué tal? Siéntate.

—Gracias.

—Debo confesar que tu visita me sorprende.

—¿Por qué? Somos amigos, ¿no?

—Sí, pero nunca nos hemos encontrado fuera de reuniones sociales.

—Bueno, ya ves. Hay que romper la rutina de vez en cuando.

—Absolutamente. ¿Te puedo ofrecer un café?

—Gracias, sí. Descafeinado, por favor.

—No tengo.

—Bueno, del corriente está bien.

—No, es que no tengo café, de ninguna clase... ¡Qué pena!

—Entonces ¿por qué me ofreciste?

—Creí que me ibas a rechazar... A veces la psicología me falla —dijo Froidman, algo desconcertado—. Perdóname.

—No hay cuidado.

—No, no hay cuidado. Ni café, como te dije, ni chocolate tampoco; pero puedo ofrecerte té.

—¿Tete? ¿Cómo a los bebés?

—¿Bebes té? Eso es lo que te pregunté.

Esta vez fue Christian el que quedó algo desconcertado.

—Bueno, si no te molesta —repuso, dudando si hizo bien en

aceptar–. ¿Tienes té, verdad? se atrevió a preguntar.

Té tengo.

¿Me tienes qué?

No, dije que tengo té.

Y yo entendí que dijiste que sí tienes té.

Sí, eso es lo que dije, que tengo té.

–Y luego dijiste que no.

–Que no ¿qué?

–Tienes té.

–No, dije que tengo té.

–Eso es precisamente lo que estoy diciendo.

–No te entiendo. ¿Quieres té?

–Sí, si tienes.

–Tengo, tengo. ¿Cómo te gusta?

Mucho.

Te estás desquitando ¿no?

Christian sonrió.

Muy caliente… hirviendo dijo, con dos cucharitas de azúcar y limón... si tienes.

Tengo, tengo. ¡Lucrecia! llamó en voz alta.

Su secretaria apareció en la puerta. Era una agraciada chica, morena, en tacones altos, que lucía una falda roja, corta y apretada, y una blusa blanca de escote atrevido.

−Lucrecia, el señor toma té.

−Señor Pepino me describe mejor −chanceó Christian.

−No le hagas caso, Lucrecia. Es un viejo amigo que le gusta embromar a todo el mundo.

La secretaria sonrió coquetamente.

Traiga por favor un té muy caliente, con azúcar y limón continuó Froidman, buscando en Christian un gesto de confirmación. Es para el señor.

Y usted, profesor, ¿qué toma?

Nota de lo que pasa. Gracias, Lucrecia.

La joven se dio media vuelta y Christian la siguió con la vista.

¿Viste cómo viste?

¿Lucrecia?

Sí.

No es por lucro, sólo por coquetería.

Sigmund, debo decir que a veces me confundes.

No, no es indispensable que lo digas. Pero allá tú. Tú también a veces me confundes. ¡Siempre tomándome el pelo!

Es la prerrogativa de un buen amigo.

Cuéntame, Christian, ¿que hay por tu casa?

Sillas, cuadros...

¿Ves?... En serio: ¿Qué hay de nuevo?

Nada en especial.

¿Cómo está Rosa?

Como siempre: gorda y tratando de adelgazar.

Hace mal en tratar, porque ella es muy atractiva así como está. No sabes lo afortunado que eres, Christian.

¿Afortunado?

Sí. Puede decirse que te ganaste el premio gordo. Muy pocos hombres tienen esa suerte. Ojalá hubiera tenido yo una esposa como la tuya. No hay nada más seductivo en este mundo que una mujer obesa.

Christian lo miró sorprendido.

Yo quiero a Rosa, pero... la verdad es que no veo cómo la gordura la hace más seductiva.

Es elemental: Si uno quiere a una mujer, cuanto más gorda sea más mujer tiene uno para querer.

Christian se preguntó si el profesor hablaba en serio.

Además continuó Froidman, la mujer de carnes abundantes es tan blanda, tan calientita, tan sensual.

Bueno... Cada cual con sus gustos, Sigmund.

Ah, eso sí, estamos de acuerdo. ¿Te molesta si fumo?

No, en absoluto.

Lo aprecio dijo el profesor y, sin encender nada, siguió charlando. Dime, ¿cómo andan las chicas?

En tacones bajos y rápidamente.

Me la volviste a hacer, ¿ah, Christian? En serio, cuéntame de tus hijas.

En ese momento entró la secretaria trayendo en una bandeja azúcar, limón y una humeante taza de té. Se inclinó frente a Christian para servírsela.

¡Qué teta caliente! –exclamó éste.

Lo pedisteasí ¿no?observó Sigmund.

Sí... Gracias, señorita.

La morena le echó una sonrisa y salió de la pieza.

Me ibas a contar sobre las chicas.

¿Las chicas? Hace tiempo que dejaron de ser chicas. Están todas en la universidad.

¡Qué bien! ¿Siguen con la música?

¿Que si siguen? Me vuelven loco con sus instrumentos y toda esa música. Mi casa parece un conservatorio. Lo único que no se conserva allá es la tranquilidad. ¡Y lo peor de todo es que a estas horas de la vida me quieren educar! Me regañan porque confundo a Verdi con Monteverdi, a Delius con Sibelius, a esos dos con Berlioz, a

Handel con Haydn, a Puccini con Rossini, a esos dos con Bellini, a Bruch con Bloch, a Paganini con Toscanini, y a Shostakovich con Rostropovich. Cuando comentan sobre la música de Berg, nunca sé si se refieren a Alban o a *Schoen*. La verdad es que estoy muy confundido. ¿Fueron Schubert y Schumann los creadores del baile zapateado? ¿Copland compuso coplas? ¿Chausson, *chansons*? ¿Toscanini, *Tosca*? ¿Barber, *El Barbero de Sevilla*? ¿Era Meyerbeer el que bebía cerveza en el ***bar Ber***? ¿Y Glinka el que tomaba vod***ka Chaturian*** en el ***bar Tok***? No recuerdo si Stravinski fabricaba Stradivarius, si Leoncavallo es un animal o dos, o si Villa Lobos es una casa de animales. ¿***Mauri será vel***eidoso? ¿***César franc***o? ¿***Edvard grieg***o? ¿O***scar lati***no? ¿***Edward el gar***ante de las deudas ***de Bussy***? ¿Saint Saëns santo de verdad? ¿Estará ***Franz list***o? ¿Ganó ***Edouard la lo***tería? ¿***Manuel de falla*** en falla va? ¿Quién es ***don Izetti***? ¿Cuánto ***paga Nini***? ¡Qué desastre! Y las cosas no mejoran. Voy de **mahler** en **paer**. ¡Ya no puedo más! En todo me llevan la contra. Si digo no belius, dicen ***sí belius***. Si ofrezco un haud, exigen ***mil haud***s. Si quiero menos cagni y menos senet, me dan ***más cagni*** y ***más senet***. Si pido monozet, me traen **bizet**. Si soy antikofiev, quieren que me vuelva **prokofiev**. ¡Bendito sea Dios! ¡Es para volverse loco!

—¡Qué chistoso! —exclamó Froidman, soltando una estruendosa carcajada.

—Como una película de Charlie Chopin —remató Christian.

—Sin embargo, sabes mucho de música.

—Sí, pero todo lo sé a medias.

—A medias y zapatos. Botas los conocimientos que no captas.

—Sigmund, de veras que me confundes.

—Con fundes o sin fundes, no tienes más remedio que ampliar tus conocimientos musicales. Debes absorber más cultura.

—Mis épocas de sentarme a estudiar pasaron hace mucho tiempo.

—Pero puedes sentarte a aprender sin tener que estudiar. Mira —dijo poniéndose de pie y señalando su asiento.

Christian miró. Su amigo había estado sentado sobre un libro. Lo tomó y lo examinó. *La Edad de Oro en el Arte Veneciano*. El libro estaba tibio.

—¿Qué significa esto?

—Es una técnica poco conocida. Se llama "instrucción por ósmosis".

—¿Y funciona?

—¡Seguro! Yo tenía con la pintura el mismo problema que tú tienes con la música. Confundía a Botticelli con Cellini. Hasta creía que había un pintor llamado Botticellini. Mi incultura era total. Creía que los dibujos en pastel eran para comer y los dibujos en carboncillo

para tirar al fogón. No había o***bra que*** me gustara. Procu***ré no ir*** nunca a museos ni ***ver o nece***sitar ningún objeto de arte. ***Boté ro***llos enteros de dibujos chinos que no supe apreciar. Era terrible. Nunca supe a quién **Joan miró**, ni cuándo ***Jean-Auguste-Dominique ingres***ó a la academia. ¿A dónde ***van Rijn*** y Roslin? me preguntaba despistado. ¿Irán a donde ***van Dyck*** y Frick, o a donde ***van Gogh*** y Magog? ¿Fue un pintor el que escribió *El Rojo y el Negro*? ¿un zoólogo el que descubrió la mona lisa? ¿una mucha***cha gall***ega la que Velázquez amó? ¡Qué incultura! Ignoraba que cuando ***John Singer sargent***o era, **bramante** como él solo, colgó a **Andrea del sarto** y a **Eugène de la cruz**, para que la víctí***ma grite***. Estaba convencido de que Tintoretto pintaba con tinta, y Tissot y Tiziano con tiza. Creía que también Pissarro pintaba con tiza, pero sólo sobre una pizarra. No sabía que si ***picas so***bre el **murillo** de una ***calder***a, la puedes ***devis***ar. Ignoraba que El ***Salvador da li***cencia para cazar **siqueiros** en la **ribera**, y que en protesta, ***Jean François mil let***ras escribió. No sabía que Moor p***aga m***ás que Lessing, ni que da Vinci estudió análi***sis, ley***es y física. Tampoco sabía que la cara de ***Odilon redon***da es, el pelo de **Juan gris** y la estufa de **Edgar de gas**. Aunque es co***mún ch***ismear, nunca me enteré de que **Pietro lombardo** era, ni que Chaim Soutine tuvo una amante **goya**. ¡Qué embrollo! Confundía a Bellini con Bernini, a Canaletto con Tintoretto y a Caracciolo con Caravaggio, por no decir nada de Manet con Monet, Murillo con Utrillo, Buffet con Dubuffet, o ese último con Dufy ¡y ni qué hablar de Poussin y Pascin y Chardin y Boudin y Rodin! ***Verme er***rar así era deprimente.

—Deprimente —repitió Christian.

—Pero eso se acabó. Ahora soy una autoridad en materia de arte, además de coleccionista. Tengo un centenar de óleos muy valiosos y una colección de cinco mil grabados que traje de la China sin pagar impuestos. Tú sabes, los grabados no son gravados... Mis conocimientos son enormes; la gente me consulta en cuestiones de arte. ¡Y todo esto se lo debo a la instrucción por ósmosis! Tomo un libro de arte que me interese (si se trata de una enciclopedia, sólo tomo un tomo) y ahí donde me voy a sentar, ahí lo coloco.

"Loco, loco, de veras," pensó Christian.

—Cuando me pongo de pie —dijo el profesor—, cojo el libro de la silla y lo quito.

"¿Loquito?" se dijo Christian. "¡Loco de remate! Pero... quién quita... puede tener razón."

—En lugar de sentarme a perder el tiempo —siguió Sigmund con entusiasmo—, me siento sobre un libro a enriquecer mis conocimientos. La información le va entrando a uno por los poros. Eso sí, el proceso es lento, pero tiene la ventaja de que no requiere esfuerzo.

A Christian se le hizo lógico. Sabía desde años atrás que los billetes de dólar irradian una energía que afecta a las personas que se encuentran en su proximidad. ¿Por qué no han de irradiar sabiduría los libros? ¡Cómo no se le había ocurrido!

—A veces, por la noche, cuando me voy a dormir —continó Froidman—, me acuesto encima de un libro. ¿Quién dice que no se puede aprovechar la noche también? En teoría, lo ideal sería usar de almohada un tomo de la enciclopedia, pero en la práctica no es así. Yo ensayé una vez y lo único que saqué fue un dolor de cabeza por exceso de información.

—¿Y no te quedó nada?

—Sí: una tortícolis que me duró diez días.

Christian se rio.

—Pero con libros sobre la música y la vida de los grandes compositores, estoy seguro que no tendrás problema —afirmó el profesor—. Al principio deberás experimentar con diferentes formas de colocar el libro para facilitar el proceso de absorción, y luego con diferentes poses para que la información se te vaya a la cabeza y no a otras partes del cuerpo. Al fin y al cabo —concluyó con una sonrisa—, no queremos que resultes con el cerebro nulo y música en el culo.

—Te agradezco tu sugerencia, Sigmund. La verdad es que vine a verte por algo muy diferente. Quería pedirte un consejo.

Christian hizo una pausa, como buscando las palabras antes de seguir.

—Es un asunto personal —continuóen tono confidencial— y me atrevo a hablarte porque te tengo confianza.

—Soy todo oídos.

(Mohamed señala que eso, lógicamente, no es más que una grotesca exageración.)

—Creo que te extrañarás si te cuento que hace mucho tiempo que no tengo relaciones sexuales con Rosa.

Froidman levantó una ceja.

—Francamente, sí. Me sorprende.

—Estoy lejos de ser un marido ideal. En el curso de los años he tenido varias amantes, pero con ninguna logré establecer una relación duradera. Muchas veces me he preguntado por qué, y llegué a la conclusión de que eso se debe a una enfermedad de la piel que tengo. Hace muchos años, cuando era joven, de repente un día se me puso negro el pen… No sé cómo decírtelo… El pen... dulo del amor se aleja siempre de mí. Me queda sumamente difícil hablar de esto, Sigmund. Mi pen... samiento se mantiene fijo en mi extraña enfermedad. El pen... último mes hubo un empeoramiento, y a medida que pasa el tiempo la enfermedad avanza. Tengo negro... el pen... dejo de mi médico dice que no es grave, pero ¿cómo no ha de ser si el

pen... tateuco mismo dice que las manchas del pecado son indelebles? Créeme que para mí es muy... penoso. Mis hijas me saturan de música y yo tengo el pen... tagrama sin una nota de alegría.

—No entiendo ni jota de lo que me estás diciendo.

—Es que no sé cómo decírtelo.

—Simplemente échalo afuera, suéltalo.

—Hace unos seis meses rompí con la amiga que tenía y resolví que no quiero volver a encariñarme con ninguna mujer.

De nuevo Christian hizo una pausa antes de continuar.

—Medio año hace que no tengo relaciones íntimas con una mujer y... bueno, un hombre necesita tenerlas, aun a mi edad. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo, comprendo.

—El problema es que no sé qué hacer. Un hombre de mi posición no puede entrar a un bar y buscarse una mujer así no más, o levantarse una prostituta de la calle.

—No, no, por supuesto.

—Entonces... se me ocurrió que tú podrías darme algún consejo.

Christian se calló y Sigmund permaneció silencioso.

—Hmm —murmuró el profesor Froidman al cabo de un rato y continuó silencioso.

Christian esperó.

—Yo, personalmente, no sabría qué consejo darte —dijo Sigmund finalmente—, pero conozco a alguien que puede ayudarte. Es muy buen amigo mío, así es que si yo se lo pido no se negará. Mi amigo vive en París pero nos vemos siempre que él viene a Los Ángeles. Cuando yo voy a Viena, viene a Viena. Conoce los lugares más increíbles del mundo, donde van los magnates árabes y los jefes de la mafia con quienes (yo sospecho) él hace negocios. Mi amigo te dirá preciso lo que debes hacer. Mi cuñado, Malcom Penzado, cuando enviudó tenía un problema muy similar al tuyo, y él se lo solucionó.

Sacó de su escritorio una libretita y buscó entre las páginas. Luego tomó el teléfono y marcó un número.

—Habla el profesor Sigmund Froidman —dijomientras le guiñaba el ojo a Christian—. ¿Puedo hablar con Wolf**gang Ster**n?

X X

Sobre la puerta resaltaba el letrero en esbeltas letras bastardas: *SANTO PADRE*. Presionó el botón del timbre y escuchó un melódico repique de campanitas al otro lado de la puerta. Ésta se entreabrió y unos ojos oscuros lo observaron.

—¿Sí? —preguntó la voz ronca.

—Tengo una cita. Soy el recomendado de Wolf**gang Ster**n.

La puerta se abrió del todo.

—Entre, por favor, *monsieur* —dijo el hombre de cabello blanco mientras lo escudriñaba—. El señor Stern es uno de nuestros mejores clientes. Me llamo Aimé Fornicard. ¿Su nombre, por favor?

—Christian White.

—Mucho gusto —saludó con su acento francés—. Siga, por favor.

Desde el primer momento a Christian le cayó mal el individuo que lo estaba recibiendo. Quizá fue por su pomposidad, o por el fuerte olor a Colonia que desprendía. Lo acompañó hasta una pequeña antesala y se sentó en el sofá, al extremo opuesto de donde el francés se había acomodado.

—Yo soy el director del Centro *SANTO PADRE*. Entiendo que usted está interesado en nuestros servicios.

Sí.

Supongo que el señor Stern le habrá informado que ante todo debe usted inscribirse. La inscripción vale diez mil dólares.

¿Diez mil dólares sólo por la inscripción?

Sí, *monsieur*. Por eso es que solamente aceptamos clientes de "recursos extraordinarios", como nuestro nombre especifica. Pero puede usted estar seguro: prestamos el mejor servicio del mundo. ¿Quiere inscribirse?

Sí.

¿Ahora?

Sí.

Muy bien. Si gusta, sírvase pasar a la oficina.

De nuevo Christian caminó tras el hombre elegantemente vestido con traje gris oscuro de tres piezas, camisa blanca de mangas con gemelos, corbata de seda fucsia y pañuelo del mismo material en el bolsillito de la solapa. Entraron en la oficina y el hombre cerró la puerta. El cuarto era grande y los muebles modernos, todos blancos con elementos delicados en rojo y negro. Unos cuadros ultramodernos, de esos que no dicen nada, adornaban la pieza. A un costado de la habitación había una computadora, con teclado, pantalla e impresora. Un escritorio blanco con montones de papeles a un lado y un florero con rosas rojas al otro ocupaba el centro de la estancia. Sobre el escritorio, una placa metálica destacaba el nombre completo del Centro, el cual, por lo general, sólo aparecía escrito en siglas: ***S**ervicios **A**morosos **N**info-**T**écnicos **O**rgiásticos **P**ara **A**dultos **D**iscretos de **R**ecursos **E**xtraordinarios.*

Se sentaron, Aimé Fornicard tras el escritorio y Christian White en el asiento de en frente. Fornicard tomó de un rimero de papel una hoja impresa y anunció:

Vamos a llenar el formulario. La información quedará estrictamente confidencial. Dijimos que el nombre es...

White, Christian.

El director del Centro *SANTO PADRE* escribía rápidamente a medida que Christian iba suministrando los datos.

¿Nacido?

Sí.

¡Qué gracioso! repuso Aimé secamente.

En Halifax, Nueva Escocia.

No interesa. Me refería a la fecha.

7, 7, del 24.

Diga el mes primero, por favor.

Bueno. 7, 7, del 24.

¿Fecha de nacimiento de su padre?

¿Para qué la necesita?

Para nuestra estadística de generaciones.

¿Cuáles degeneraciones?

Ningunas. Son datos que nos interesan, eso es todo. ¿En qué fecha dijo?

No dije.

Pues diga la fecha.

La fecha.

¡Qué pesado! ¿Puede decirme en qué fecha nació su padre?

–Sí.

–¿En qué fecha?

El 23 de mayo de 1889.

¡Ah, nació en el siglo pasado! ¿Y su mamá?

Está bien, gracias.

Quise preguntar si ella también nació en el siglo pasado.

Pues pregunte.

–¿También ella nació en el siglo pasado?

–No, nació a principios de este siglo.

¿En qué fecha?

El 2 del 2 del 2.

Dos al cubo.

¿Cuál cubo?

Al cubo: A la tercera potencia. A propósito: ¿tiene usted problemas de potencia?

No entiendo.

¿Problemas de impotencia?

No. Ni de los unos ni de los otros.

¿Sufre del corazón?

Cuando sufro, siempre es de todo mi corazón.

Aimé levantó la vista, no sabiendo qué anotar.

¿Perdón?

Fue en broma. No, no tengo problemas del corazón.

El director fingió una risa.

¡Ajá! Carácter juguetón observó. Ese era uno de los puntos más adelante, pero lo anotaré ahora. ¿Tiene la presión alta?

No.

¿Baja?

No.

¿Ancha?

¿Perdón?

Yo también soy de carácter juguetón afirmó, y se rio, esta vez de verdad.

¡Ajá! exclamó Christian, adoptando la expresión del otro.

¿Tuvo usted alguna vez una enfermedad venérea?

No.

¿Enfermedades infecto-contagiosas, en general?

No. Tengo una enfermedad de la piel, pero no es contagiosa.

¡Ajá! ¿Es de nacimiento?

No. Me la pegaron cuando tenía veinticinco años.

¿Se la pegaron y no es contagiosa?

Me expresé mal. Quise decir que tenía veinticinco años cuando me apareció.

¿Sola? preguntó Fornicard con desconfianza ¿Como por magia negra?

Exactamente. Magia... y negra.

¿Qué más tiene?

Nada, que yo sepa.

¿Dientes?

¿Perdón?

¿Son propios?

No, alquilados.

¡Muy gracioso!

Por supuesto que son propios.

¿No tiene puentes?

¿Me vio cara de constructor?

No se impaciente, por favor. ¿Juega algo?

Bridge.

Entonces sí tiene que ver con puentes. ¿Qué más juega?

Canasta. ¡Y no hago artesanías de paja!

Tampoco se hace la paja, espero.

¡Esto ya es el colmo!

Le ruego que tenga paciencia. Todo es pertinente. Voy a anotar en general: "Juega naipes". ¿Qué más juega?

Nada.

¿Practica algún deporte?

No.

¿Nada?

No, porque no me gusta que me vean en traje de baño.

Luego, nada.

Acabo de decirle que no.

Quise decir: absolutamente nada.

Para no decir nada, habló mucho.

Drogas dijo el francés haciéndole mala cara ¿consume?

Consumo con sumo cuidado, cuando estoy enfermo y el médico me las receta.

¿Fuma?

Hace años que no.

¿Bebe?

Hijas grandes.

Pregunto que si usted toma.
Precausiones, cuando percibo algún peligro.
Quiero decir: bebidas alcohólicas.
Pues diga.
¿Qué?
Bebidas alcohólicas, o lo que quiera decir.
¿Vino?
¿Quién?
¿Es usted tonto o se está haciendo?
Me estoy haciendo. ¿Y usted?
¡Señor, dame paciencia! ¿Nivel de educación académica?
Universitario. Estudié...
No interesa lo interrumpió. Universitario. ¿Profesión?
Financista.
Necesitaremos una copia de su última declaración de renta.
No estoy solicitando un préstamo protestó.
Nuestro interés es prestarle un buen servicio.
Está bien. Le daré una copia.
Y una fotografía.
¿De la declaración de renta?
No, de usted.
¿Desnudo o vestido?
Sólo requerimos una foto pequeña de su cara contestó Aimé fastidiado, pero usted puede estar desnudo cuando lo retraten, si gusta.
¿De frente o de perfil? siguió chuzándolo Christian.
De frente, pero parado en la cabeza. Aquí nosotros pegamos la foto en el formulario al revés.

Fornicard sonrió contento, seguro de haberse apuntado la última broma sobre la foto.

¿Quiere usted decir: el frente de la fotografía contra el papel? le salió adelante Christian.
Una foto, por favor suspiró el francés.
¿Quiere el negativo también?
Negativo. La foto, no más.
Bueno. ¿Qué más?
¿Gusta quitarse los pantalones?
−Mucho, cuando hay buen motivo.
−¡No, no! Le estoy pidiendo que se quite los pantalones.
−Ah… ¿Para qué?
Para medirle el pene.
¿Perdón?
Para medirle el pene. Nosotros garantizamos satisfacción a todo lo largo y, por consiguiente, cobramos de acuerdo al tamaño.

¿No le parece justo?

Sí, pero...

Entonces ¡calzones abajo!

¿Ustedes cobran por pulgada? preguntó Christian mientras se desabrochaba el cinturón.

Por centímetro.

¿Cuánto por centímetro lineal?

¡Ah no, *monsieur*, no por centímetro lineal! No sería justo, porque algunos hombres lo tienen grueso y otros delgado. Cobramos por centímetro cuadrado. El largo por la circunferencia. Es la forma técnica de hacerlo.

¡Ajá!

Los calzoncillos cayeron al piso encima de los pantalones.

¿Podría colocar el miembro sobre el escritorio?

Christian se acercó e hizo lo que se le pedía.

¿No le llama la atención? preguntó inseguro.

¿Qué?

El color.

¿Qué tiene?

Pues... es negro.

En el *SANTO PADRE* nada nos sorprende. Los hemos visto de todos los colores, olores y sabores.

Como las bufandas de don Don.

¿Perdón?

Es un señor que tiene bufandas de todos los tipos.

¿Y...?

Esa es precisamente mi enfermedad. La piel se me ha vuelto oscura en ciertas partes del cuerpo.

¿Y qué tiene eso que ver con las bufandas?

Nada.

¿Otro de sus chistes?

No. Digo simplemente que esa es mi enfermedad.

A mí no me parece que eso sea una enfermedad.

Debe ser alumno de Watanga Kakazulo, pensó Christian.

En una época mi pene era blanco.

¡Y qué! En una época mi pelo era negro. Veamos, pues dijo Aimé tomando el falo en una mano y un calibrador milimétrico en la otra.

¿No necesita también atornillador y alicates? preguntó Christian sarcásticamente.

Se lo voy a medir, no a desenroscar observó Fornicard, acomodando el instrumento. Tres punto catorce en la base dijo el francés como hablando consigo mismo mientras anotaba la medida y 3.14 en la mitad también.

π π por donde lo mida.

Fornicard puso el calibrador a un lado y cogió una regla amarilla.

Es nuestra regla de oro anunció con una sonrisa.

Christian se estremeció.

No se mueva, por favor. Si no, no puedo tomar la medida exacta. Eso es... cinco y medio.

No está en erección observó Christian.

Por supuesto. Nosotros aplicamos un factor.

¿Un factor?

Sí. Tenemos establecida una tabla de erecciones y multiplicamos por un factor que varía según la raza del miembro.

¿Del miembro del Centro, o del miembro del cuerpo?

Del Centro, pero es lo mismo.

En mi caso, no.

Hm, veo lo que quiere decir.

¿Puedo vestirme?

Supongo que sí. No creo que necesite ayuda.

Christian lo miró fastidiado y se puso los pantalones rápidamente. El director seguía haciendo anotaciones en el formulario.

–¿Ya terminamos la inscripción? –preguntó Christian.

Casi. Firme aquí... Muy bien. Diez mil dólares, por favor.

Christian sacó la chequera.

¿A nombre de quién giro el cheque?

SANTO PADRE.

Seguramente tiene la cuenta en el Banco del Vaticano, o en el del Portugal, Banco Espírito Santo.

En ninguno de los dos respondió Fornicard, sin molestarse por la ironía.

¿En la Caja de Credo?

No.

¿En el Bank of Amen Rica?

No.

¿En More Gan Satan?

Tampoco. La cuenta del *SANTO PADRE* está, como corresponde, en el *Chaste Man Bank*.

–¿Y quién la maneja? ¿Gold Man Sucks?

–No. Nosotros manejamos directamente nuestras finanzas. Tenemos depósitos en dólares, marcos alemanes y francos suizos.

¿Dólares de los Estados Unidos?

¡Por supuesto! Se sobrentiende.

No necesariamente. Fíjese que no todos los marcos son alemanes, ni los suizos francos.

Bueno, nosotros sólo recibimos divisas fuertes.

"Fuertes nosotros, los que pagamos estos precios", se dijo Christian mientras escribía.

Tome dijo pasándole el cheque.

Gracias... ¡Qué ceros tan redonditos! Delicados como burbujitas de jabón comentó el francés a la vez que examinaba el cheque. Perfecto. Está usted inscrito. Cuando guste puede usar nuestros servicios. Las reservaciones se hacen por fax… o por Halifax, si se encuentra de paso por su ciudad natal −agregó en tono burlón.

¡Qué odioso! pensó Christian.

Si no hay inconveniente, quisiera utilizar sus servicios ahora mismo.

¡Ah, no, *monsieur*! Nosotros no mantenemos ¿cómo diría yo? "comida congelada" en el SANTO PADRE. Aquí todo es fresco. Preparamos los platos especialmente para cada evento. Si gusta, podemos alistar una sesión para el jueves por la tarde. Es lo más pronto que tenemos disponible. ¿Le parece bien?

Sí.

Digamos... dijo consultando su agenda ¿a las cuatro y media?

Está bien.

Permítame mostrarle el menú.

Sacó de su escritorio un álbum grueso de pasta de seda roja. Lo colocó frente a Christian y lo abrió ceremoniosamente a la primera página. La hoja contenía fotografías pornográficas en colores, muy explícitas por cierto, y junto a cada una, un título en letras de elegante caligrafía.

¡Voilà nos apéritifs! anunció Fornicard en tono pomposo y se puso a pasar las hojas haciendo una pausa entre una y otra Desde esta página hasta ésta, *les entrées*. De aquí en adelante, los platos principales.

Christian tragó saliva. Tomó el álbum en sus manos y comenzó desde el principio a mirar detalladamente las fotografías. Miraba y no decía nada.

Me permito sugerirle principiar con un trago, como para entrar en calor aventuró Aimé. Si sus placeres son exotéricos, un *Bloody Mary* o una *Margarita* estaría muy bien; si son esotéricos, una *Viuda de Clicquot* sería ideal. Usted me entiende, algo que se preste para nuestros deleitosos *teta à tête*.

La verdad es que no le entiendo muy bien. Sexotéricos o esos otros téricos que dijo, todos me parecen muy ricos.

Usted dirá.

La Viuda me llama más la atención.

Perfecto. Luego, como *entrée*, podría ensayar esta

exquisitez —prosiguió el francés, tocando con la punta de su bolígrafo una de las primeras fotografías del menú—, o esta otra, si le gusta algo más picante.

—Ésta —dijo Christian señalando una foto—. Y ésta... y ésta.

—¡Ah! *Monsieur* tiene buen apetito —exclamó el director, haciendo las anotaciones correspondientes en una libreta—. Si gusta probar de todo un poquito, puede escoger un par de cosas más y nosotros, en lugar de porciones completas, le preparamos un *Hors d'Oeuvre*.

—Estupendo. Póngame también ésta... ésta y ésta.

—Muy bien, *monsieur*. ¿Y como plato fuerte?

Christian principió a ojear las dos terceras partes restantes del álbum. Miraba con los ojos bien abiertos, sin levantar la vista, sin ni siquiera pestañear. De vez en cuando suspiraba antes de pasar la página.

—Tenemos los platos más exquisitos de la comida internacional —aseguró Aimé Fornicard, señalando orgullosamente las hojas correspondientes en el menú—. En esta página están las empanadas mexicanas, sabrosísimas, con el pedacito de carne siempre adentro.

Christian asintió con la cabeza.

—Tenemos unas especialidades chinas extraordinarias, como *Pi Cho, Sin Chu Par*, o *Ching Ar*. O si prefiere la comida japonesa, servimos *Sushishí*. Aquí, en estas páginas, están los platos italianos: *Calzone, Penne al Forno, Linguine, Fettuccine*, lo que quiera. Aquí, nuestras carnes, firmes pero tiernas, siempre calientes y en el punto de sazón. ¡Fíjese qué apetitosas! Le recomiendo la *lengua provençale*; es una de mis favoritas. A menos que se incline por una pollita sudada, que es igual de buena. La preparamos con *Amaretto* y viene con bróculi o culiflor. Si gusta algo español, podemos ofrecerle gazpicho, pa él y paella. También tenemos comida de mar y cones. Tenemos de todo: Deleites de ***Moza***mbique y de las Islas Poli***necias*** y Vírgenes.

Christian miraba y miraba.

—*Ah, oui, monsieur*, es muy difícil decidirse. Seguramente, con el tiempo, podrá ensayar todas nuestras especialidades.

—Ésta —dijo Christian por fin, el índice sobre la foto.

—¡Excelente elección! Veo que prefiere *les delicatesses françaises.* Y ahora, lo mejor del festín: *¡Les desserts!*

Corrió el álbum a un lado y puso en su lugar otro menos voluminoso.

—Para los postres tenemos un menú especial —dijo.

Christian empezó a pasar las páginas, estudiándolas más lentamente que las del álbum anterior. Periódicamente se detenía a observar durante largo rato una fotografía.

—*¡Ah, oui!* —expresó Fornicard exhalando un suspiro— A uno se le hace agua la boca. ¡Tanto para escoger! *Crêpes Suzette, Pêche Melba, Charlotte Russe, Crème Marie Louise, Brazo de Reina, Dedos de Mantequilla, Boccone Dolce...*

Christian respiró hondo.

—*Tiramisu*italiano —añadió el director—, o americano: *Tírame Sue*.

Christian no contestó.

—Si le parecen estos postres demasiado ricos —dijo Aimé—, tenemos otros más sencillos y no por eso menos deliciosos, como Computa de Manzana o nuestro exótico Salpicoño de Frutas, que hasta mamoncillos tiene. Son éstos, aquí —agregó señalando la página.

Christian seguía silencioso.

—Permítame ayudarle —intervino Aimé de nuevo, viendo que Christian no podía decidirse—. Si le gusta concluir con algo ardiente, le recomiendo uno de nuestros *flambés*. ¿O prefiere terminar con un *soufflé*?

—Quisiera esto —decidió Christian por fin.

—¡Excelente elección! Me halaga usted, *monsieur*. Veo que de nuevo escogió una *delicatesse française.*Muy bien —añadió cuando acabó de anotar—, tendremos todo listo para el jueves.

—Gracias.

—Ah, sí, un pequeño detalle más. Debemos recibir un depósito.

—¿Depósito?

—Sí, *monsieur*. Tres mil dólares.

—¡Pero si acabo de darle diez mil!

—Eso fue por la inscripción. La alimentación se paga aparte.

—¿Tres mil dólares? ¿No se le hace excesivo?

—Es política del *SANTO PADRE*. Si sobra se le devuelve o, si prefiere, se le abona a la próxima sesión. No recibimos tarjetas de crédito ni cheques viajeros... de ésosque se van y uno nunca vuelve a ver —añadió, siempre con su sonrisita burlona.

—El depósito se me hace un escándalo, especialmente después de pagar la inscripción. ¿Cómo saben cuánto cobrar?

—Cobramos por tiempo.

—¿Y por centímetro cuadrado?

—Exactamente. Superficie por minutos por tarifa es la fórmula.

—¿No sería mejor cobrar un precio fijo?

—No señor. No sería justo. Todo es función del tiempo. El taxímetro es el que determina.

—¿El taxímetro?

—*Oui, monsieur*. Es un medidor que funciona como el de los

taxis. Principia a marcar cuando usted se monta y se detiene cuando usted se baja.

—Pero... yo no podría disfrutar con un taxímetro marcando todo el tiempo. Es azarante, perturba.

—¡Oh, no! Créame que no le molestará. Usted ni lo ve. Está incorporado al colchón y no es de los que hacen "tic tac".

—Francamente, debo reconocer que sus servicios son altamente sofisticados.

—Estamos para complacerlo, *monsieur*.

X X I

Maurice de Bonhomme y su señora aspiraban a que sus nietas se casaran con jóvenes europeos de alta alcurnia, poseedores de títulos de nobleza. Rosa quería que sus yernos fueran norteamericanos ricos, con muchos títulos inmobiliarios. Christian prefería ver a sus hijas casadas con profesionales que tuvieran títulos universitarios.

Al cumplir los veintidós años las cuatrillizas se casaron una tras la otra (se casaron en fechas cercanas, y no haciendo fila, aclara Mohamed). En la escogencia de sus maridos, las cuatrillizas no realizaron las aspiraciones de sus padres y abuelos, ya que sus consortes no tenían títulos universitarios, ni inmobiliarios, ni de nobleza. Esto, sin embargo, no significa que las hijas de Christian White se casaron mal.

Ángela se casó con el reverendo John Churchill, un pastor evangélico que le llevaba dos cabezas de altura y treinta años de edad. A Christian le molestaba que su yerno, que tenía la misma edad que él, lo llamara "hijo mío". Le sonaba como si su hija se hubiera casado con el abuelo. A Rosa le sonaba aún peor, porque si su marido era el hijo de su yerno, entonces ella estaba casada con su nieto. Sólo a Ángela le parecía gracioso, porque si su padre de veras fuera el hijo de

su marido, entonces su madre sería la suegra de su abuelo. Rosa odiaba al reverendo Churchill. Odiaba a todos sus yernos, pero en especial al pastor, no tanto porque la llamaba "hija mía", con lo cual la hacía sentirse hermana de su esposo, sino porque por él Ángela se había vuelto evangélica, y abandonar el catolicismo era para Rosa un pecado mortal.

Grace se casó con el conocido cómico del teatro y de la televisión Jake Gutman, famoso por su chistosa imitación de otros actores más famosos que él. A Christian no le caían en gracia las imitaciones de su yerno. Hubiera preferido que Jake fuera un "financista", con traje de doble forro y anteojos rosados, como él, o cualquier otra cosa, menos actor, pues consideraba que la profesión de cómico no era seria. Además, el cómico era judío, lo cual no tenía nada de cómico. Christian nunca pudo comprender por qué gracia Grace se casó con él. Jake Gutman no se convirtió a la religión de su esposa ni le exigió a ella que se convirtiera a la suya. No obstante, Rosa jamás le perdonó a su hija ese matrimonio, pues, al igual que su marido, le parecía que estar casada con un cómico judío no era ningún chiste. Sentía que en algo le había fallado a sus padres (no Grace, sino ella misma, Rosa) y se avergonzaba ante ellos. Si para los White el matrimonio de Grace con un judío era deplorable, para los de Bonhomme, que se codeaban con la aristocracia, era una desgracia.

Linda se casó con Lyndon B. Jackson, presidente de *United States Cigar Company*, nombre pomposo de una pequeña empresa distribuidora de cigarros de dudosa procedencia que, según sospechaba Christian, no era más que una pantalla de humo para el verdadero negocio de Jackson. "Así por encima se ve todo muy legal", le decía Christian a su esposa, "pero ese negocio de los cigarros me huele mal". En los subrepticios viajes de Lyndon a Linden, Lunden y London, Christian veía confirmadas sus sospechas. Rosa no compartía el recelo de su marido, pero igual despreciaba a su yerno. Le parecía que Lyndon era feo y que Linda se hubiera podido casar con alguien de presencia más agradable.

Clarabelle se casó con Jacopo Bellini, y desde el día de su matrimonio se hizo llamar simplemente "Clara" para evitar la aliteración de Clarabelle Bellini. Jacopo era clarinetista y se decía ser descendiente de Jacopo Bellini, el célebre pintor veneciano del siglo XV, padre de los aún más célebres Gentile y Giovanni Bellini. Jacopo Bellini era en efecto descendiente de Jacopo Bellini, mas no de Jacopo Bellini el pintor del Renacimiento, sino de Jacopo Bellini el repellador de cemento, quien también era pintor, pero de brocha gorda. En otras palabras, Jacopo era descendiente de su abuelo, el obrero infeliz que había encontrado la muerte al caerse de una claraboya, años antes de que su nieto se casara con Clarabelle. Como músico, Jacopo Bellini

estaba orgulloso de su apellido, aunque no pretendía ser también descendiente de Vincenzo Bellini, el renombrado compositor. Proclamaba jocosamente que sus amantes eran dos: Clarabelle y Clarinete. En ambas empleaba los dedos y la boca con maestría, pero muy diferentes eran los sonidos emitidos por Clara y Clari, claro está. Christian aborrecía a Jacopo por haber traído un instrumento musical más a la familia, y Rosa lo despreciaba sin motivo en especial. No quería hacer excepción con ninguno de sus yernos.

Por una extraña coincidencia, los cuatro concuñados —John, Jake, Jacopo y Jackson— se apodaban Jack. Cuando Rosa le contaba a su marido algo sobre "Jack", Christian nunca sabía de quién le estaba hablando. Con el fin de evitar las confusiones, resolvieron modificar los apodos de sus yernos. A Jacopo le pusieron *Jackpot*; a John, *Jacket*; a Jackson, *Jackal*; y a Jake, *Jackass*.

Como regalo de matrimonio, Christian le compró una casa a cada una de sus hijas. Todas eran del mismo tamaño y de la misma categoría (las casas, no las hijas, aclara Mohamed), pues Christian no quería mostrar favoritismo. Consiguió las casas en el mismo barrio donde él vivía, con el fin de tener cerca no sólo a sus hijas, sino a los nietos que seguramente no tardarían en llegar.

Contrariamente a su abuela Fecunda, las cuatrillizas fueron fecundas. En cuestión de cuatro años les dieron a Christian y a Rosa veinte nietos, entre ellos unos trillizos y dos pares de mellizos. "Está en los genes", decía Rosa con orgullo. *Jackal* y *Jackass* tuvieron los mellizos, *Jackpot* los trillizos.

Cada uno de los yernos llamó Jack a uno de sus hijos, de manera que la confusión de los nombres pasó a la segunda generación y Christian nunca sabía de qué nieto le estaban hablando cuando le contaban que Jack hizo una gracia nueva.

—¿El hijo de Ángela? —preguntaba confundido.

—No, el de Jack —le contestaba Rosa para jorobarlo.

También hubo cuatro Rosas, todas de la misma edad, pero Christian jamás preguntaba de cuál nieta estaban hablando. Le bastaba con saber que era una del ramillete.

Christian, quien jamás llegó a enterarse de su verdadero origen, no podía comprender cómo era posible que algunos de sus nietos hubieran nacido oscuros de piel y con facciones negroides. Rosa lo atribuía a los designios del Todopoderoso. Por lo menos, eso es lo que ella afirmaba en forma muy persuasiva, quizá con la intención de evitar que sus yernos tuvieran malos pensamientos.

El más negrito de los niños era uno de los Jacks, un chico flaco y juguetón a quien todos apodaban *Jackstraw*, salvo su tío Jake, el *joker* de la familia, quien prefería llamarlo *Blackjack*.

Todos los meses del año había cumpleaños de los nietos. Por

lo general un solo cumpleaños, a veces dos y en ocasiones tres. A los abuelos les quedaba difícil llevar la cuenta de quién cumplía cuándo, a pesar de que la cuenta se facilitaba por una serie de casualidades. En febrero de un año bisiesto nació Ernesto, el menor de los varones, y Mayol, el mayor, en mayo. Eneas nació en enero, Marcelo en marzo, Augusto en agosto, Octavio en octubre y Julio en julio. Las Rosas eran todas de abril. En cambio, los Jacks nacieron cada uno en una estación distinta. Jack, el de *Jackass*, nació en la primavera; el de *Jackal*, en verano; el de *Jackpot*, en otoño; y el de *Jacket*, en invierno.

En los niños veían los adultos cómo volaba el tiempo, pues crecían de una forma impresionante (los niños, no los adultos, señala Mohamed para mayor claridad).

La más graciosa de las nietecitas era Grace, la hija de *Jackass* y Grace. Era la consentida de la familia, tal vez por ser la menor, tal vez por su voz, dulce y pasita. Tenía la misma cara chistosa del papá, no podía pronunciar la erre y decía las cosas más simpáticas que uno se pueda imaginar. El abuelo se derretía cuando la niña le decía: "Clistian, si me polto bien ¿me complas un cuculucho de losetas?"

Hubo un solo nieto llamado Christian y fue el más indomable de los niños. Hijo de Ángela y del reverendo Churchill, era un diablo de muchachito. El abuelo quería mucho a su tocayo, aunque no era su nieto preferido. Le recordaba a Placido, el compañero de su infancia, no por el físico, puesto que eran muy diferentes, sino por lo travieso. El pequeño Christian se pasaba el día cometiendo travesuras y haciendo daños. Lo peor de todo es que arrastraba a los demás chicos en sus diabluras. Era el líder inexpugnable de todos los niños menores que él. Hasta tal punto lo seguían, que Rosa dividió a sus nietos en dos grupos, según la fecha de nacimiento: antes de Christian (AC) y después de Christian (DC). Christian (el abuelo, no el nieto) llamaba *Alternating Current* a los niños del grupo AC, y *District of Columbia* a los del grupo DC.

Los chicos se desarrollaban sanos y alegres en la bulliciosa compañía de sus hermanos y primos. Christian, quien nunca conoció □ni siquiera supo que tuvo□ hermanos ni primos, se complacía de ver crecer a sus nietos en ese ambiente de alegría. A medida que ellos se aproximaban a la época de máximo desarrollo, él se alejaba de ella, siguiendo la inexorable ley de la naturaleza: Los niños crecen hacia arriba, los viejos hacia abajo.

X X I I

Christian White se acomodó en el asiento de atrás de su lujoso automóvil. Era un precioso día de septiembre, uno de esos días frescos y llenos de sol, sin una nube bajo el cielo azul. Se quitó los anteojos de tinte rosado y observó que —aun sin ellos— el mundo se veía lindo. Los limpió con el pañuelo y se los puso de nuevo, más por costumbre que por necesidad. Se encontraba de muy buen ánimo. Era difícil no estarlo en un día así.

—Zbigniew, vamos a una floristería antes de ir a casa. Quiero llevarle rosas a Rosa.

—Sí señor.

—O tal vez debiera llevarle otras flores. ¿Qué crees que le gustaría? ¿Claveles y violetas?

—Pasteles y chuletas.

Christian soltó una carcajada. En el espejo retrovisor vio los ojos de Zbigniew sonreír. "También la vida me ha sonreído", se dijo.

Efectivamente, la vida le había sonreído. Gozaba de buena salud (a pesar de su problema de la piel), tenía armonía en el hogar (a pesar de su infidelidad) y había amasado una inmensa fortuna (a pesar de no trabajar).

Christian no le enseñó a sus yernos a forrar sus trajes de

billetes, ni a usar anteojos de tinte rosado o relojes que se adelantan de día y se atrasan de noche, ni ninguno de los tantos trucos que su suegro le había enseñado a él. No obstante, el efecto de esas medidas que tomaba parecía abarcar todo su clan, pues también a sus yernos los acompañaba la buena suerte en todas sus actividades financieras.

Lyndon B. Jackson había dejado el ramo de los cigarros para dedicarse a los jabones. Para Christian fue un alivio ver que su yerno abandonaba una actividad de dudosa moralidad para iniciar un negocio limpio, como era el de los jabones. La pequeña fábrica de Jackson, que inició haciendo un solo tipo de jabón blanco, se convirtió en pocos años en un conglomerado industrial que producía todas las clases de jabones, de todas las formas, colores y olores. Como las bufandas de don Don.

El reverendo John Churchill tenía un negocio limpio desde el principio. El respaldo de Dios a la Iglesia infundía una confianza absoluta entre los consumidores, manteniendo a un nivel alto las acciones de la empresa, no obstante la agresiva y constante actividad ideológica de la competencia. Aunque el pastor no era más que un pequeño accionista, la antigüedad y el prestigio de la firma le proporcionaban una inmensa satisfacción. Se sentía importante de trabajar para el Todopoderoso. Además, las condiciones de trabajo difícilmente podían ser mejores porque, fuera de tener un cargo cómodo y seguro, los beneficios sociales se extendían mucho más allá de la muerte.

A Jacopo Bellini se le ocurrió la original idea de formar una orquesta de *jazz* con sólo músicos japoneses vestidos de samuray. El único que se vestía diferente era él. De pie frente a los músicos, en frac amarillo y gorra de aviador, tocaba con frenesí, y en los ratos que no tocaba dirigía la orquesta utilizando el clarinete como batuta. Al principio se hizo una mala reputación porque les tocaba a los jóvenes lo que se dejaran tocar, pero con el tiempo aprendió a seleccionar mejor sus números y adquirió gran notoriedad. Su orquesta se llamaba *Jack's Jap's Jazz*, nombre que nadie podía pronunciar a la carrera, pero que dicho pausadamente, era muy mencionado entre los adolescentes del mundo entero.

El yerno que más éxito tuvo fue Jake Gutman, quien se volvió uno de los cómicos más famosos de los Estados Unidos. En todo el país no había quien no reconociera el rostro de Jake. La entrada a sus funciones siempre era cara, pero la gente pagaba por verle la cara. Su mera presencia causaba hilaridad. Dicen que en una presentación de beneficencia en el museo antropológico de cierta ciudad, imitó al director del museo de manera tan cómica que siete señoras se orinaron de la risa, y el público duró riéndose una hora después de terminado el espectáculo, o sea, veinte minutos más de lo que duraron

las momias. Jake Gutman era el rey de los bufones, y haciendo imitaciones hacía millones.

Christian compró las flores para su señora; no claveles y violetas, sino lo que originalmente había pensado comprar, rosas, grandes y rojas.

—Son bellísimas —dijo al regresar al coche—. Creo que le gustarán.

—Seguro que sí —opinó el chofer—. Señora White aprovechar para echarle pétalos al *strudel* de manzana.

—Vamos a casa, Zbigniew, sin sarcasmos superfluos.

—Sí señor —contestó éste sin entender.

Puso en marcha el vehículo y lo condujo con cuidado, más lentamente que de costumbre. Media hora más tarde se detenía frente a la casa de los White.

—Llegamos, señor —dijo aliviado—, sin las cosas que usted dijo.

—¿Qué cosas?

—Los supercasmos ésos.

—Ah, sí —le sonrió Christian—. Eso será todo por hoy. Gracias, Zbigniew.

Tan pronto abrió la puerta de la casa oyó la voz de su mujer llamándolo desde la sala.

—Christian, ¿eres tú?

—Sí, querida.

—¿Puedes venir un minuto?

Encontró a Rosa sentada en el sofá junto a un hombre pequeño, con la cara contraída como si tuviera dolor (el hombre pequeño, no Rosa). El extraño sostenía en las manos el álbum de fotografías de su boda (la de Christian, no la de él). De muy baja estatura debía ser el hombre, pues los pies le colgaban del sofá, sin alcanzar a tocar el piso. Sentados uno junto al otro, la gordísima anfitriona y su huésped se veían como el ventrílocuo y su muñeco.

—Christian, este es don Ángel Maduro. Te estuvo esperando casi una hora.

—Mucho gusto —saludó Christian.

—Mucho gusto —contestó el hombrecillo.

—Para ti —dijo Christian volviéndose hacia su esposa y extendiéndole el brazo con el ramo de flores.

—Gracias, querido. Están lindísimas. ¡Qué travesura habrás hecho que decidiste traerme flores! —exclamó en broma y luego, como acordándose de que no estaban solos, agregó en tono serio—: El señor Maduro es un detective.

—No, no —se apresuró éste a contradecir—. No soy detective. Soy simplemente empleado de una firma de investigaciones.

¿Qué clase de investigaciones, si se puede saber? preguntó Christian.

Todo tipo; en especial las relacionadas con desaparecidos.

¡Qué interesante! exclamó Rosa.

Ni tanto, señora. Es un trabajo monótono que requiere mucha paciencia.

Veo que estaba mirando las fotografías de nuestra boda observó Christian.

Quería saber cómo te ves habló Rosa por él.

No me diga que le intereso.

Muchísimo. No se imagina cuánto tiempo hemos estado tratando de localizarlo. Años y años.

¡Pero yo no desaparecí!

Por lo visto, no, puesto que siempre ha estado viviendo aquí, en su casa.

Exactamente. Entonces ¿cómo así que estuvieron tratando de localizarme?

Quiero decir que para la persona que contrató nuestros servicios, usted sí había desaparecido.

¿Y quién es esa persona?

No sé; pero aunque supiera, no podría decírselo. Nunca divulgamos quiénes son nuestros clientes.

¡Vamos! No debe ser ningún secreto.

Seguramente no. Lo más probable es que ahora que la pongamos al tanto de su paradero, la persona se comunique con usted. Me da pena, pero nosotros no podemos informarle quién es.

Por lo menos cuéntenos algo sobre esa persona: la edad, el sexo,cualquier cosa imploró Rosa muerta de curiosidad. Sea un ángel, por favor.

Soy Ángel dijo Ángel calmadamente, pero, como les expliqué, ni aunque supiera podría informarles; los reglamentos de la compañía lo prohíben. Lo que sí puedo decirles, si de algo les sirve, es que el caso nos fue remitido por nuestra oficina de Bogotá. Los únicos datos que nos suministraron para iniciar la investigación fueron los nombres de los padres del individuo solicitado: Adam y Fecunda White, de Nueva Escocia. Nos dieron también el año de nacimiento del hijo, pero no la fecha exacta. Ni siquiera nos dijeron que se llamaba Christian. Fue un caso difícil.

¿Dijo usted Bogotá?

Sí. Bogotá, Colombia. Se encuentra a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar y el número de secuestros es aún más alto. Por eso atendemos allá todos los casos de personas desaparecidas en Sudamérica.

¿Qué tengo yo que ver con Sudamérica?

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Bueno, deboirme —dijo, descolgándose del sofá para ponerse de pie—. Me encanta haber dado con usted y haberlo conocido —continuó, empinándose para estrechar la mano de Christian. Luego, haciéndole una reverencia a Rosa, añadió—: Señora, fue un placer. Muchas gracias por todo.

Dicho esto, Ángel Maduro se dirigió hacia la puerta. Christian y Rosa lo acompañaron hasta el umbral, lo vieron caminar hacia una motocicleta y ponerse un voluminoso casco rojo. El enano se había convertido de repente en una cerilla gigante. Se montó en la moto de un salto y arrancó echando humo por detrás (el humo salía de la moto, aclara Mohamed). Los White lo siguieron con la vista hasta que su figura se fundió a lo lejos con otras que transitaban por la calle.

—Mimetismo de Ángel en Los Ángeles —chanceó Christian.

—¿Mime qué?

—tismo.

—¿tismo?

—Sí. Como en patriotismo y reumatismo. ¿Entiendes?

—No, pero da lo mismo.

Christian suspiró.

—Sí, da lo mismo.

—Los Ángeles es la ciudad más peligrosa del mundo para montar en moto.

—¿Quién te dijo eso? ¿Helena?

—¿Cuál Helena?

—El enano.

—No debes burlarte de él. Es un hombre encantador.

—Podrá ser, pero creo que fuimos víctimas de una broma.

—A mí se me hizo muy serio.

—¿Entramos? —preguntó él, abrazándole un cuarto de cintura.

Pensativos, entraron en la casa. El extraño visitante los había intrigado.

—Vino a eso de las cuatro de la tarde —comentó Rosa—. Estuvimos tomando té.

—¿Qué es lo que estuvieron tomándome?

—No, mi amor. Estuvimos tomando una taza de té mientras esperábamos que llegaras. Me pareció un hombrecillo muy simpático.

—Cuando recién lo vi creí que no había terminado de crecer, luego me dijiste que era Maduro.

—Pero pude haberte dicho mal. Si de veras estaba haciéndonos una broma, entonces era inmaduro.

—Tal vez. ¿O será que hemos perdido el sentido del humor?

X X I I I

Christian no tenía la menor duda: Los dos acontecimientos estaban relacionados de alguna forma. La trágica desaparición de su madre tuvo que ver con la visita de la loca; pero de qué manera, nunca lo supo. La relación entre los dos acontecimientos habría de quedar sumida en el misterio para siempre.

Eran las cinco de la tarde del martes 13 de octubre. Lo recordaría toda su vida. El día era gris y lluvioso. Se encontraba en su oficina con Mr. Edward Ondo, su contador, a quien había citado para que le rindiera un informe sobre la marcha de sus negocios (los de Christian, no los de Mr. Ondo).

—Sus acciones de General Motorssubieron cinco por ciento—le decía Edward—, Admiral Corp subió seis y medio y General Electric siete.

—Los militares siempre se desempeñan bien—comentó Christian.

—Cierto—concordó Mr. Ondo, tomando por genialidad la ignorancia del exitoso inversionista.

—¿Cómo va mi nueva fábrica de confecciones?

—Aumentaron las ventas en el departamento de ropa interior. Los brassieres sostienen el incremento. También las batas y faldas subieron. Los calzones bajaron, pero en promedio el aumento es impresionante: ¡Seis por ciento! *Yes sir, sex per scent!* La planta a duras penas alcanza a producir lo que vendemos.

—¿Le echan agua a la planta?

—Eh... sí. Se mantiene limpia hasta donde es posible.

—¿Y abono?

—Eh... Se le hace un abono al banco cada vez que el flujo de efectivo lo permite.

—Muy bien. ¿Qué pasa con el interés bancario?

—Es interesante: no ha cesado de subir. Hoy llegó al nueve

por ciento.

¿Tanto? se sorprendió Christian, haciéndose una nota mental de cambiar sus anteojos rosados por unos de tinte más elevado. ¿Y cómo están los metales?

El oro subió dos por ciento, el estaño cuatro por ciento y el cobre seis por ciento. Sólo la plata bajó.

Pero yo no tengo plata.

Sí señor, sí tiene; y mucha.

Me refiero a certificados.

Ah. No señor, por el momento no tiene.

Quisiera tener... Debo comprar unas minas.

¿De plata?

No, para mi lapicero.

Ah. Yo se las compro, ahora que salga.

Gracias. ¿Cree que debo comprar algo más? ¿o vender? Acciones, me refiero.

Mr. Ondo pensó un minuto antes de aconsejar:

Compre Bally, que está por el suelo, y venda Air France, que está por las nubes. Podría también comprar algunos *futures,* como carbón, petróleo.

Carbón, petróleo.

Sí, si gusta. Café, azúcar...

No gracias.

Mr. Ondo respiró hondo.

Quiero decir *commodities*.

Ah...

Para no cometer un error, le sugiero consultar con alguno de sus conocidos judíos, que son los que más saben de estas cosas. Puede preguntarle a Dov Cohen o a Zvi Levy, los corredores de bolsa.

–¿Cuál de los dos corre más rápido?

–¿Ah?... pues… yo diría que Zvi es más veloz que Dov.

¿Dónde está Levy?

Le vi esta mañana en su oficina.

¿En mi oficina? ¿Qué estaba haciendo aquí?

No señor. En su oficina de él.

Ah...

La puerta se abrió y Elsa Patero, la secretaria de Christian, anunció, algo agitada, que una tal Dolores Ramos, de extraña apariencia, había llegado a la oficina y exigía verlo cuanto antes.

¿Quién es? inquirió Christian.

No dijo, pero se ve una persona rara, como nerviosa.

Pregúntele de qué negocio se trata y...

En ese momento una mujer de edad y aspecto de disturbada mental prorrumpió en la oficina gritando y agitando los brazos. Elsa

pegó un grito.

¡Llama a Dido! ¡Rápido! le ordenó Christian, tan aterrorizado como ella.

La secretaria salió espantada a llamar a Dido, el portero del edificio, mientras Christian y el contador se quedaron congelados en sus puestos. La vieja se abalanzó sobre Mr. Ondo y con voz cargada de emoción preguntó:

¿Tú eres Christian White?

N... n...

No hueles a hijo chilló ella.

N... n... balbuceó Edward. Soy Eddie Ondo.

La mujer se volvió hacia Christian.

¿Eres tú?

Eddie aprovechó la oportunidad para salir corriendo. Respirando ruidosamente por la boca, la vieja se acercó a Christian. Lo examinó de pies a cabeza y luego se quedó contemplándole el rostro. Sus ojos desmesuradamente grandes lanzaban destellos.

¡Sí, eres tú! exclamó.

Christian empezó a temblar de miedo. Trató de dominarse, pero no pudo.

Yo... soy yo dijo, dudando si hizo bien en decirlo.

¡Por fin te encontré! −gritó la loca.

¿Perdón?

Tu nariz es de Verga.

¡Por Dios, señora!

Y tu boca es de Verga.

¿Yo? ¿Qué dije? ¿Qué?

Pero tienes un aire que es mío... mío.

Le juro que no le he quitado nada, señora.

Te miro y me veo a mí, aunque algo tienes de Inocencio.

¡Sí, sí, soy inocente!

¡Mi nene!

¡No, no!

Nene.

¡Socorro!

Christian pegó un salto enorme y se sorprendió al verse de pie sobre su escritorio.

¡Ah! gritó la loca y Christian volvió a saltar, aterrizando junto al escritorio, pero al lado opuesto de donde ella se hallaba.

¡Alabado sea El Señor! exclamó la mujer y corrió alrededor del inmenso escritorio para llegar hasta Christian, quien también corrió alrededor del escritorio para escaparse, pero a tal velocidad que alcanzó a la vieja por detrás y se chocó con ella.

¡Ah!

Esta vez fue él quien pegó el grito. Gritando él y aullando ella, se pusieron a correr alrededor del escritorio. Tan rápidamente lo hacían que no se sabía quién corría detrás de quien. A ratos se detenían, se cruzaban miradas feroces por encima del escritorio y arrancaban a correr en sentido contrario.

¡Por aquí! gritó Elsa Patero al regresar acompañada de Esteban, quien venía a prestar auxilio.

Esteban era un hombre robusto que usaba siempre camisetas apretadas para hacer resaltar su musculatura. Le marcaba la cara una cicatriz que se extendía desde el pómulo derecho, por encima de la nariz, hasta la parte inferior de la mejilla izquierda.

¿Qu' es lo que pasa aquí, ah? rugió con su vozarrón de hombre rudo.

La vieja se asustó al verlo. ¿Quién no se asustaría al ver a Esteban Dido? No obstante, ella no se detuvo. Continuó corriendo alrededor del escritorio mientras Christian, manteniéndose al lado opuesto, corría en el mismo sentido y a la misma velocidad. El portero giraba la cabeza de un lado al otro, como si estuviera mirando una partida de ping pong.

¡Socorro! chilló Christian.

Esteban se metió en el carrusel y agarró a la mujer por la cintura. Tan vigorosa era la vieja, que tuvo que luchar un rato hasta poder dominarla. Abrazados como si estuvieran bailando tango, él la empujaba hacia la puerta y ella lo tiraba hacia adentro. A empujones logró sacarla al corredor.

¡Hijo, hijo! voceaba la mujer de pelo blanco alborotado.

Esteban le sujetaba los brazos mientras ella luchaba contorsionándose violentamente. El tango se había vuelto *twist*.

Cálmese, señora, que no quiero causarle daño.

¡Hijo, hijo!

Agárrala bien −le gritó Christian a Esteban, temiendo que la loca se soltara.

Dido seguía forcejeando con la mujer. Christian los observaba con los ojos muy abiertos, el corazón latiéndole con fuerza. Se sentía mareado de tanto haberle dado vueltas a su escritorio (Mohamed aclara que el escritorio se mantenía en su sitio y que Christian era el que daba las vueltas).

−¡Suélteme! −le gruño la vieja a Esteban Dido.

−No la sueltes −le ordenó Christian−. Está loca.

−¿Loca? ¿Así te atreves a llamarme? Te voy a quebrar todos los huesos.

Christian temblaba. Estaría perdido si no fuera por Dido haberlo defendido.

−¿Oíste? −le gritó− Los huesos me quiere rom**per**, **Dido**. ¿La

tienes bien?

–Su**per** –**Dido** le aseguró.

–De la vida nada has aprendido, nada has comprendido. Lo único que he pedido –dijo la anciana llorando– es recuperar a mi hijo.

El portero no entendió lo que la loca quiso decir, ni si le había hablado a él o a Christian, pero se conmovió de verla llorar y por un instante aflojó su agarre. La vieja vio cuán confundido estaba Dido y aprovechó su descuido para zafarse. Con la velocidad de un rayo corrió hacia la salida de emergencia y desapareció por las escaleras de emergencia del edificio.

Christian y los dos empleados se quedaron pasmados, sin saber cómo interpretar el extraño episodio.

—Chiflada hasta más no poder —comentó la secretaria.

—¡Qué fuerza la que tiene! —exclamó el portero.

—¿Oyeron cómo llamaba al hijo? —preguntó Christian— Menos mal que no estaba por estos lados, porque si es tan loco como la madre, nos hubiera matado a todos.

Llorando amargamente y sin detenerse para tomar aliento, Dolores corrió escaleras abajo los trece pisos que la separaban de la planta baja. Cuando ganó la calle estaba a punto de desmayarse. Se pasó la manga del vestido por la cara, limpiándose a la vez el sudor, las lágrimas, los mocos y las babas. El encuentro enternecedor que ella había repasado en su mente mil veces durante el largo viaje de San Quixotá a Los Angeles no sólo que no se produjo, sino que en su lugar había recibido el golpe moral más duro de su vida. Podría decirse que la mayor parte de su triste existencia había transcurrido entre dos golpes, el de haber perdido a su hijo y el de haberlo encontrado. Pero, por desgracia suya, haberlo encontrado resultó ser perderlo por segunda vez, porque Dolores no quiso arriesgarse a revivir el trauma de ver a su hijo tratándola como a una loca y prefirió desaparecer para siempre.

Christian volvió del corredor a su oficina, aún no repuesto del susto. Apenas alcanzó a sentarse tras su escritorio cuando sonó el teléfono. Era Fecunda que lo llamaba desde Nueva York.

—¿Christian?

—¿Sí?

—¡Gracias a Dios oigo tu voz! ¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Tuve una corazonada. Pensé que te había ocurrido algo.

—Pues, la verdad es que sí me acaba de ocurrir algo muy raro —repuso, maravillado de la misteriosa telepatía que había hecho que su madre, ya una mujer anciana, lo llamara justo en ese momento.

Christian le contó lo que había sucedido.

—Pero ¿qué decía la mujer? –preguntó Fecunda varias veces

en el curso de la conversación.

—Nada. ¿No te dije que era demente?

—Mañana me voy a Los Ángeles.

—¿Y eso? ¿Qué te dio de repente?

—Quiero verte. Hay algo que tienes que saber. Tengo que hablarte de... tantas cosas, pero no por teléfono. Trataré de tomar un vuelo temprano por la mañana.

Su madre sonaba angustiada. Algo importante quería contarle, pero Christian jamás habría de saber qué. Mañana me lo dirá, se dijo al colgar el teléfono, sin imaginarse que acababa de escuchar la voz de su madre por última vez. La fatalidad le había jugado a Christian White una de sus bromas más morbosas: Casi en el mismo momento, sin él saberlo, había escuchado —para nunca más volver a oírlas— la voz de su madre natural y la voz de su madre adoptiva.

X X I V

Hay locos y hay locos. El episodio de la vieja de pelo alborotado que prorrumpió en la oficina de Christian White estuvo lejos de tener la trascendencia del causado por el demente que, al día siguiente, atrajo la atención del mundo entero.

Desde el lugar mismo de los acontecimientos, el aeropuerto

internacional de Kennedy, la radio y la televisión transmitían en directo los pormenores del drama que había comenzado a las siete y siete minutos de la mañana, cuando alguien con diabólico humor, hablando desde la cabina de un avión, se identificó por radio a la torre de control. "Habla el agente 007, con licencia para cometer cualquiera de los siete pecados capitales", anunció la voz ominosa. La alarma fue inmediata. Un desconocido se había apoderado del Boeing 707 con destino a Los Ángeles y amenazaba con matar ("despachar al séptimo cielo", fueron sus palabras) a un pasajero cada siete minutos si no le traían 700 millones de dólares en dinero efectivo, para lo cual daba un plazo perentorio de 70 minutos. Luego de intensas y dramáticas negociaciones, el hombre aceptó recibir 70 millones, los cuales le fueron llevados al avión pocos minutos antes de vencerse el ultimátum. Una vez el dinero a bordo, la nave decoló llevándose a los pasajeros aterrorizados y al secuestrador apuntando su pistola a la cabeza del capitán. El FBI identificó al criminal como Ali Henao, alias "El Loco", un esquizofrénico de mente aguda. "Demente agudo" lo hubiera descrito mejor.

Ali Henao ordenó volar en dirección a la península arábiga, y ninguno de los pilotos tuvo las pelotas de oponerse. Alí tampoco es que tuviera muchas bolas, pero tenía balas.

Ayudados por vientos de cola, los pilotos lograron hacer la travesía antes de que se acabara la gasolina (Rosenblatt aclara que por "vientos de cola" debe entenderse aquellos que impulsan los aviones hacia adelante, y no los que huelen mal).

El sol se estaba poniendo cuando el Boeing 707 se aproximaba a un aeropuerto en el legendario mundo de Las Mil y Una Noches. Los pasajeros más entendidos supieron de inmediato sobre qué país volaban: ***el rei****no* Arab Al Afinka. Lo supieron porque la tierra se veía desolada, árida. El capitán de la nave pidió autorización para aterrizar y de la torre de control le contestaron algo en árabe.

–*I don't understand Arabic* –repuso el capitán.

Para sorpresa suya, de la torre le hablaron en castellano.

–*Entrad por la pista 0 1. Bienvenidos a Salam Anka*.

Una tempestad de arena envolvió la nave cuando hacía su descenso final. El capitán trataba de mantener el avión equilibrado mientras el desequilibrado mantenía la pistola contra su cabeza. Hasta que no aterrizó y apagó turbinas, Henao no bajó el arma.

El rey Al Nasser estaba listo a otorgarle asilo político (¡cómo no le iba a dar refugio a un pirata llamado Ali!), mas "el agente 007" rehusó bajarse del avión, con lo cual demostró ser más loco de lo que se creía. Pidió, en cambio, que abastecieran la nave de combustible y que le subieran a bordo la película de Cantinflas *El Siete Machos*, unas cuantas botellas de *7 Up* y una beduina que supiera bailar *La Danza de*

los Siete Velos.

—Ni a través de nuestro consulado en Hollywood hemos podido conseguir la película que usted pide— explicaba por el radioteléfono la psicóloga Abu Salam Al Dita, comisionada por el gobierno para negociar con el secuestrador—. ¿Podemos traerle otra película en vez?

—*Blanca Nieves y los Siete Enanitos*— contestó El Loco.

—Haremos lo posible para conseguirla.

—¿Y qué pasa con el resto?

—El *7Up* nos lo están despachando de Roma. La beduina ya está en camino al aeropuerto.

De repente se le ocurrió a Ali Henao que la tal bailarina podría ser una agente entrenada en artes bélicas. "Podrá atraparme con los velos, si es veloz", pensó.

—¿Quién es la beduina? —preguntó.

—Una muchacha de veinte años: Amena Salam Al Bada.

—¡Que no venga! —ordenó el demente— Ya no quiero bailarina. ¿Por qué no están llenando los tanques de gasolina?

—Tenemos un pequeño problema—dijo la psicóloga—, el suministro de combustible no ha sido autorizado por el gobierno.

En efecto, el Jefe del Servicio de Inteligencia, Ibrahim Besil, había dado órdenes de no abastecer el avión. Entonces Ali Henao ofreció pagar cincuenta millones de dólares de los setenta que tenía si le llenaban los tanques.

Reunidos a puerta cerrada, los ministros del gobierno deliberaron sobre la gasolina en una reunión que estuvo varias veces a punto de explotar. Finalmente, resolvieron aceptar la propuesta de El Loco, más con el fin de repartirse los cincuenta millones entre ellos, que con el de desembarazarse de los pasajeros y del secuestrador. Al primer ministro, Ali Baba, se le caían las babas de pensar en la suma que su tocayo, Ali Henao, el pirata desesperado, estaba dispuesto a pagar. De inmediato ordenó que se llevara a cabo el abastecimiento de la nave contra el pago en efectivo. El comandante de la aviación, brigadier general Ali Kaido, quedó encargado de la operación. *Ali Baba y los Catorce Ladrones*, es decir, el jefe de gobierno y los catorce ministros del gabinete (el ministro de guerra, Ali Arce Ibn Zer; el de agricultura, Ali Mentar Alah Massa; el de salud, Kemal Hasan Larrés; el de hacienda, Elmas Abu Sibo; el de información, Yosef Al Sifikar; el de seguridad, Kassim Epiyan; el de comunicaciones, Malcom Unny Kado; el de industria y comercio, Quitar Ibn Der; el de educación, Butrus Idi Otta; el de cultura, Kettan Abu Rido; el de deportes, Simbad Minton; el de relaciones exteriores, Yasser Erriko; el de policía, Omar Shasom Weres; y el de turismo, Ali Saddam Asajes) se hicieron presentes en el aeropuerto para recibir personalmente su tajada del

soborno.

El llenado de los tanques se llevó a cabo simultáneamente con la entrega del dinero. Por un lado de la nave entraban galones y por el otro salían millones. Ali Henao arrojaba los atados de billetes desde la puerta del avión al interior de un volquete que las autoridades se habían hecho traer para recoger el botín. Fuerzas de seguridad especial mantenían el ojo puesto sobre el motorista, por si acaso intentaba arrancar de súbito con el vehículo (los integrantes de las fuerzas de seguridad no quedaron tuertos, señala Mohamed, y eso de "el ojo puesto sobre el motorista" es una exageración grotesca).

Con los tanques repletos y echando humo por las turbinas, el avión decoló rumbo al noroeste. Un tiempo después, el Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos informaba que el secuestrador se había tirado en paracaídas sobre la antigua ciudad de Cartago, en el Golfo de Tunis. El Ministro de Justicia de Tunisia desmintió la noticia, aludiendo con malicia a la poca pericia de la CIA. También el Ministro del Interior desmintió la noticia procedente del exterior. En efecto, la noticia resultó ser falsa. El “El agente 007” no había abandonado la nave y continuaba volando. Ali Henao era loco, pero no hasta el punto de tirarse en paracaídas sin tener idea de cómo se hace.

Durante varias horas nadie sabía dónde se hallaba la nave, si estaba volando o si había aterrizado en alguna parte. De repente se escuchó por la radio una transmisión del piloto. Era un llamado angustioso: "¡Tenemos una falla en la turbina número uno! ¡Estamos cayendo!" avisó en voz alta. "Estamos cayendo", repitió en voz baja, como para recalcar la perdida de altura.

El 707 cayó sobre el río Congo, en el noroeste de Zaire. En toda la historia de la aviación, jamás un avión de semejante tamaño se había accidentado en forma tan espectacular y a la vez tan benigna. "La gasolina no era pura, lo cual causó que se fueran apagando las turbinas, una tras la otra", habría de declarar el piloto a la United Press. "Cuando estábamos ya muy cerca del suelo, el avión cayó sobre unos árboles frondosos y ¡boeing! rebotó hacia arriba para descender en planeo sobre el río." Todos los pasajeros salieron ilesos. "Fue un verdadero milagro", comentó el locutor de las noticias. "Ahora sí creo en Dios", declaró un cura ante las cámaras de la televisión.

Los helicópteros de rescate que llegaron al día siguiente recogieron a todos los pasajeros, salvo a dos que no se encontraron por ningún lado: Fecunda White y Ali Henao. Habían desaparecido. También los veinte millones de dólares se habían esfumado. Hasta el día de hoy nadie sabe del paradero de los unos ni de los otros. Una comisión investigadora de la Interpol, después de acampar un mes en la selva, llegó a la siguiente conclusión: El secuestrador se escapó con el dinero, aguas abajo, y se salió del río en un punto no determinado,

entre Lukolela y Langa-Langa. Loco, loco, pero se quedó con la plata. En algún lugar del África septentrional, bajo una falsa identidad, "el agente 007" debe estar disfrutando de sus millones y engendrando sietemesinos.

En cuanto a Fecunda White, los investigadores consideraron tres hipótesis: Un hipopótamo hipocondríaco, creyendo tener hipoglucemia, se la comió para quitarse el hipo; unos caníbales de la zona, en cuyos dientes se encontraron trazas de pelos blancos, se la comieron; o El Loco se enamoró de ella y se la llevó consigo. Dada la avanzada edad de la señora White, las últimas dos hipótesis no parecían muy verosímiles, pero ¡vaya a saber el gusto de los dementes o de los caníbales!

X X V

Con el correr de los años Christian White se fue volviendo más devoto. A medida que disminuía su necesidad fisiológica de valerse del SANTO PADRE, aumentaba su necesidad espiritual de adorar al Santo Padre. Cuanto más separadas se hacían sus visitas al centro licencioso, más frecuentaba la iglesia del Todopoderoso. Nunca faltaba a la misa dominical, y entre semana iba de repente a cualquier hora del día a rezar un padrenuestro o un avemaría. Quizá obedeciendo a algún complejo mecanismo de la mente, desde que su

madre desapareció —literalmente desapareció— muy pocas veces volvió a pensar en ella y, en cambio, la imagen de su padre, que hacía años no acudía a su memoria, comenzó a aparecer con frecuencia en sus pensamientos. "Para recibir hay que dar", solía decir el humanista que nunca daba nada. Y a pesar de que Christian jamás vio a su padre regalar ni un centavo, las lecciones que recibió de él dejaron su marca. Christian era generoso. Si bien es verdad que había contribuido a toda clase de instituciones de beneficencia desde que se casó y empezó a enriquecerse, en el ocaso de su vida su generosidad se hizo pródiga.

No faltaban tramposos que de vez en cuando embaucaban al millonario excéntrico, aprovechándose de su ingenuidad y de su empeño en dispensar su fortuna. Fueron tantos los estafadores que lograron defraudarlo, que sería imposible enumerarlos a todos. No obstante, vale la pena señalar algunos de los más desfachatados.

Un vivo timador, Timoteo Hurtado, le sacó a Christian una donación para "rehabilitar delincuentes". Los delincuentes en cuestión no eran otros que el mismo Hurtado y sus compinches.

El presidente de la Asociación Mundial de Zurdos, doctor Manolo Izquierdo, hizo que Christian aportara una suma inmensa para construir la sede de la organización en París, y mediante una maniobra siniestra desvió los fondos para comprarse un apartamento en la *Rive Gauche*.

Un psiquiatra llamado Sigmund Fraud, le contó a Christian que su principal preocupación era dotar "La Casa del Loco". Christian le ofreció un millón de dólares sin sospechar que el psiquiatra se refería a su propia casa. El incauto millonario había pensado que Fraud no quería aceptarle el dinero, y cuando lo recibió se dijo: "***Siqui***era el ***siqui***atra ***sí qui***so."

Presentándose como corredores de bolsa llegados recientemente de Hong Kong, dos timadores de poca monta, Ten Yen y Un Sou, lograron sacarle un dineral en efectivo a Christian, lo metieron en una bolsa (metieron el dineral, Mohamed quiere aclarar) e hicieron una demostración de su especialidad: salir corriendo con la bolsa.

Otros dos corredores, europeos esta vez, Marc Waluta y Frank Sterling, miembros del Zurich Stock Exchange y propietarios de la firma **B***ourse* **S***wiss* **F***rancs*, le hicieron invertir un platal en la BSF, que resultó ser una **B**olsa **S**in **F**ondo, debajo de la cual ellos sostenían su cartera.

Stefan Estafapopoulos, un armador griego, quien Christian creía que construía barcos cuando lo que hacía era proveerle armas a cuanta pandilla las solicitara, le ofreció al incauto millonario una importante suma de divisas a una tasa de cambio muy favorable. Christian aceptó el cambio, entregó los dólares y se quedó aterrado de

la cantidad de ***drec**mas* que recibió.

Un par de suecos (de los que viven en Suecia, no de los que se usan en los pies, aclara Mohamed) convencieron a Christian de financiar la filmación de una comedia en Estocolmo, *¡Esto es el Colmo!*, mediante la compra de acciones de la sociedad productora, Stockholm Film, subsidiaria de Stock Hole Fill. El dinero que Christian invirtió, en vez de multiplicarse de aquí a la eternidad, se esfumó como lo que el viento se llevó.

El timador palestino, Yassir Ben Lazena, fundador del Dinar's Club, convenció a Christian de que abriera una cuenta de un millón de dólares en el West Bank. Luego hizo trasladar los fondos de esa cuenta a otra cuenta, y de esa cuenta a otra cuenta, hasta que se quedó con el millón sin que nadie se diera cuenta.

Tras hacerle beber un par de *Bloody Marys* y tomarse él mismo unas cuantas copas de sangría, el astuto estafador Red Roitman le pidió a Christian que mandara cinco millones de dólares a la cuenta especial que la Cruz Roja había abierto en un banco de sangre, supuestamente con el fin de financiar la lucha contra la escarlatina que estaba diezmando a los pieles rojas. **Diez mandó**Christian en vez de cinco poniendo de manifiesto su extraordinaria generosidad. La transferencia se hizo a Suiza, donde efectivamente se encuentra la sede mundial de la Cruz Roja, pero no a una cuenta de la organización, sino a una que el astuto estafador, disfrazado de Caperucita Roja, había abierto en el banco Rothschild. Roitman retiró del banco más de lo que había disponible, dejando la cuenta en rojo. Testigos lo vieron meter el dinero en el baúl de un convertible rojo y partir velozmente. En vano siguió la policía una serie de pistas suministradas por informantes irresponsables. Una esbelta pelirroja declaró: "En Redford, Michigan, me chingó". "En Michoacán me chingó", juró una mexicana. "En Mechlin me chingó", aseguró una belga. "¡En dónde no me chingó, el *mechíguene* ése!", exclamó una newyorkina sin sonrojarse siquiera. "Lo asesiné a sangre fría", confesó un psicópata en busca de publicidad. "Lo vi en misa", aseguró el padre Rojas, párroco de la iglesia de ***San Gre**gorio*. Todas las pistas resultaron falsas. Finalmente, las autoridades encontraron a Red Roitman muerto en un hotelucho de la zona roja de Denver, Colorado. La necroscopia estableció que había muerto de púrpura. Del dinero no se supo nada. Hubo rumores de que la amante de Red, Emma Tollog, se quedó con él (con el dinero, no el cadáver). Christian se puso rubicundo cuando se enteró de los hechos, pero la furia no le duró mucho y se resignó a la pérdida sin hacerse mala sangre.

Una hermosa actriz del teatro alemán, Greta Darlo, se dio a la tarea de enamorar al incauto millonario.

Cariño, ¿te ofenderías si te digo algo?

—¿Qué quieres, Darlo? —repuso Christian enardecido.

—Quisiera pedirte una pequeña ayuda para mi madre que está enferma —mintió Greta, quien tenía dos años cuando falleció su madre, Felisa de Darlo.

Christian le prestó su ayuda generosa, sin sospechar la verdadera intención de *Frau* Darlo.

Dando muestra de su espíritu altruista, Christian le regaló a ***P**ravda* — ***A**sociación **R**usa de **E**scritores **D**emócratas, **O**bjetivos y **N**eutrales*, mil becas de cinco mil dólares cada una, sin sospechar que los "becados" eran llevados derecho al *PAREDON*.

A un tal sargento mayor Maldonado, Christian le donó varios centenares de miles de dólares para renovar "La Casa del Soldado", que resultó ser nada menos que la casa de Maldonado.

Pero el fraude mayor no se lo hizo el sargento mayor, sino un tal Román Malaparte. Presentándose como hermano del escritor italiano Curzio Malaparte, le sacó buena parte de su capital para el "Asilo Romano de Escritores Desconocidos". El asilo resultó ser más desconocido que los tales escritores por el simple motivo de que no existía. Inicialmente Christian no quería dar nada, pero el embaucador le dijo: "El cielo abre sus puertas a quien ayuda al asilo". **Así lo** convenció.

Christian White hacía obras de caridad a diestra y siniestra sin buscar honores ni publicidad. Nadie sabía el verdadero motivo de su magnanimidad. Christian daba para recibir, pero no estrictamente en el sentido que su padre, el humanista, le había enseñado. Hacía sus cuentas de que ya no era joven y apoyaba con dinero a cuanta buena causa hubiera, persiguiendo una sola finalidad: comprarse el derecho de entrar al cielo. Pero ni a él mismo se reconocía ese móvil. Pensaba que si él lo ignoraba, Dios Todopoderoso tampoco lo sabría.

—Para recibir hay que dar —le dijo a Zbigniew cuando éste lo conducía a la ceremonia en la cual el Arzobispo de Los Ángeles le haría entrega de una condecoración en reconocimiento a su generosidad y altruismo.

—¿Dar para recibir qué, señor White?

—No importa, Zbigniew.

Hacía años que Zbigniew había sido ascendido de chofer a mayordomo, pero seguía haciendo las veces de chofer, además de las de mayordomo.

El honor del que fue objeto Christian lo alentó a aumentar todavía más sus espléndidas contribuciones.

—Tienes ganado el Reino de los Cielos, hijo mío —le dijo un día a manera de agradecimiento el padre Juvenal Infante, director de La Casa del Niño Desamparado, al recibir una importante donación.

—Entonces, nos veremos allá, padre —contestó Christian con

humor.

—Siempre y cuando que yo también vaya —repuso el sacerdote, siguiendo el juego.

—Los curas siempre se van al cielo.

—¡Qué va! Si así fuera, el cielo estaría lleno de pederastas y maricas.

Los dos soltaron una estruendosa carcajada.

La cuchufleta del padre Infante dejó a Christian pensativo durante varios días. Los curas siempre se van al cielo. De eso estaba Christian convencido. Lo que no entendía era por qué todos corrían la misma suerte, los justos y los que habían llevado en secreto una vida plagada de pecados. Y de tanto pensar, de repente cayó en la cuenta. ¡Pues claro, era evidente! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Están todo el tiempo en la proximidad de la cruz. Es más: portan una, así como portan el escapulario y el rosario. Con frecuencia tocan hostias y agua bendita. Todas esas cosas emiten una radiación propia de los objetos religiosos, de la misma manera como los libros y el dinero emiten su radiación particular. Los sacerdotes deben estar impregnados hasta la saturación de santidad y beatitud.

Habiendo hecho ese descubrimiento, Christian principió a usar una cruz colgada al cuello y no se la quitaba ni para dormir. Era una inmensa cruz de plata maciza, la cual —supuso Christian— producía simultáneamente dos tipos de radiación: una por ser cruz y otra por ser de plata. Lo que sin lugar a duda producía era dolor de nuca. Además de la cruz, le dio a Christian por andar con un rosario en las manos. Sus allegados aceptaron la nueva moda sin darle importancia, tomándola como una más de sus excentricidades.

Cierto día se tropezó en la calle con un sirio (de los que viven en Siria, no de los que se prenden en las iglesias, aclara Mohamed).

—*Alan wa salam* —lo saludó el sirio creyendo haberse topado con un compatriota, pues confundió el rosario con la cadenita de cuentas que los árabes utilizan para... nadie sabe exactamente para qué, haciéndola pasar constantemente entre los dedos.

—Christian White. Mucho gusto, Alan.

Con su cruz de plata sobre el abrigo negro, Christian parecía un prelado de la iglesia. Así se veía acompañando el féretro de su esposa el día que enterraron a Rosa. La infortunada había perdido la vida dos días antes, en un absurdo accidente, cuando se desfondó el ascensor en que montaba. Christian encabezaba el Cortejo Fúnebre que caminaba lentamente tras el ataúd cuadrado que dos equipos de ocho hombres se turnaban para cargar. El Cortejo llegó hasta la fosa cuadrada, cavada entre las tumbas de los esposos de Bonhomme, a un lado, y el lugar reservado para la sepultura de Christian, al otro lado.

Christian había tenido la precaución de comprar la media docena de puestos años atrás, cuando sus suegros aún vivían.

–Es una inversión en propiedad raíz que vale la pena hacer –le había dicho a su suegro, el financista–. La tierra en el cementerio es muy limitada y sólo puede valorizarse.

–Cierto –concurrió Maurice de Bonhomme–. Es un campo muy interesante.

–Ya lo creo –repuso Christian–. La gente se muere por entrar ahí.

De Bonhomme se quitó los anteojos rosados, miró a su yerno y le sonrió. Así lo recordó Christian en el entierro de su esposa (la de Christian, aclara Mohamed).

En el momento en que se aprestaban a bajar el cuerpo al fondo de la fosa alguien saltó hacia adelante, examinó rápidamente el ataúd y luego se hizo atrás sin decir palabra. Era un empleado de la funeraria que quiso ver la señal que habían hecho a un lado del ataúd cuadrado, con el fin de cerciorarse de que la difunta fuera enterrada en la misma dirección como estaban todas las tumbas, y no atravesada a lo ancho.

Un sacerdote católico ofició las exequias, pero fue el yerno de Rosa, el reverendo John Churchill, quien recitó la elegía.

La alta figura de Churchill se destacaba sobre los asistentes como la iglesia en la cima de una colina se destaca sobre las casitas del pueblo que la rodean.

Rosa, Rosita de nuestro corazón inició el reverendo Churchill su alocución. Siempre alegre, siempre servicial, siempre cariñosa. Fuiste como el sol para los miembros de tu familia. Todas nuestras vidas giraban a tu alrededor, dependientes de tu luz y de tu calor. ¡Cómo nos harás falta a nosotros, los que te conocimos de cerca y te amamos! Para mí fuiste una madre.

¡Carajo!, se dijo Christian, entonces ¿para qué tenías que enervarla llamándola "*hija mía*"?

El reverendo clamaba en tono melodramático.

Dejaste un vacío enorme entre nosotros (cerca de dos metros cúbicos, calculó Rosenblatt).

Al cabo de varios minutos, con los brazos extendidos en forma de cruz y los ojos dirigidos a lo alto, el pastor concluía su alocución:

Así de rápido como tu cuerpo se precipitó a tierra, tu alma ascendió al cielo. ¡Oh Señor! ¡Guárdala en Tus dominios! Y para sus adentros pensó: "Guárdala bien, no vaya a ser que se venga".

Las cuatrillizas y algunas otras personas sollozaban, pero nadie lloraba como Jake Gutman. Tenía los ojos anegados en lágrimas y emitía unos gemidos desgarradores. Partía el corazón escuchar el

llanto del cómico.

Dados los lazos que unían al millonario excéntrico con varias instituciones de beneficencia manejadas por la Iglesia, muchos curas asistieron al entierro. Todos se le acercaban para manifestar sus condolencias. Quizás el que más vehementemente lo hizo fue el rector del Seminario Conciliar de San Judas. Christian lo conocía desde muchos años atrás (al rector, no a San Judas, aclara Mohamed). El millonario lo había conocido cuando el otro apenas era un aspirante al sacerdocio, recién ingresado en el seminario conciliar que llegaría a dirigir treinta años después. En ese entonces todos lo apodaban Coca Cola, para no llamarlo por su verdadero nombre: Caca Cohen. El joven seminarista con frecuencia era víctima de la burla de sus compañeros de estudios y, a veces, de la de sus profesores también. Tan profundamente avergonzado de su nombre estaba, que un buen día se lo hizo cambiar. Desde ese momento su carrera eclesiástica tomó un rumbo ascendente sin precedentes. En el seminario conciliar —y hasta en la diócesis misma— no había nadie más admirado que Caca Colman.

Con su abrigo negro y su cruz de plata, Christian se confundía entre los curas que lo rodeaban.

"Fue divertido estar casado contigo, gorda juguetona", dijo para sí mientras miraba como se llenaba de tierra la fosa. "Fuiste chismosa, glotona y lujuriosa", reflexionó. "Ojalá puedas entrar en el cielo." (Christian pensó que su esposa podría tener dificultad de entrar en el cielo por los pecados que cometió en vida, no por el tamaño de las puertas.)

Rosa no sólo había sido lujuriosa, sino también adúltera. Christian lo supo desde el principio, pero eso ocurrió años después de que él había dejado de serle fiel, y en una época en que ya no le importaba. El amante de Rosa fue precisamente el profesor Sigmund Froidman, quien tanta atracción sentía hacia las mujeres obesas. Froidman la sedujo al día siguiente de que Christian estuvo en su consultorio y le confesó que hacía mucho tiempo no tenía relaciones sexuales con su mujer (la de Christian, no la del profesor, considera Mohamed que es muy importante aclarar). El magnate no les guardaba rencor a ninguno de los dos. En ese momento el pobre Sigmund se hallaba muy cerca de él y de Rosa, treinta metros hacia el norte y uno hacia abajo, enterrado en el mismo cementerio. Había fallecido por causas no muy claras, según los médicos. En cinco ocasiones lo habían llevado de urgencia al hospital acompañado de Rosa y sufriendo de aparente aplastamiento. Cuando lo trajeron por ***sex***ta vez, expiró con una sonrisa en los labios. "Sucumbió al peso de sus pecados", dijo el cura que oyó su última confesión.

—Así es la vida —le comentó Christian a Zbigniew cuando se

encontraron solos en el automóvil, de regreso de los funerales. Hoy estamos, mañana no estamos.

¿En dónde, señor White?

No importa, Zbigniew.

X X V I

El correr de los años benefició enormemente a Christian White. El millonario excéntrico no era el mismo de años atrás. Su cuerpo sazonado había progresado muchísimo. Desde que quedó calvo del todo, se le había suspendido la caída del cabello que tanto lo mortificaba. Su dentadura había mejorado mil por ciento. Ahora, en lugar de dientes oscuros y desgastados, tenía unos dientes blancos, parejos, duros, insensibles al dolor. También su vista había mejorado, no sólo por los lentes que usaba para ver de cerca y de lejos, sino porque los nuevos anteojos de prescripción, sin tinte rosado, le habían abierto un horizonte cuya existencia ya no recordaba. Posiblemente el mejoramiento más dramático lo sintió en la facultad de oír, pues en vez de las palabras inaudibles que tanto se esforzaba por captar apenas meses atrás, ahora escuchaba claramente el sonido metálico de las voces en el interior de su oído derecho. Ciertamente, su cuerpo había progresado. Ya no sufría de esas indigestiones frecuentes que incontables veces lo hicieron sufrir. Desde que había dejado de comer comidas abundantes, muy condimentadas, ácidas, picantes, grasosas,

dulces y saladas, ya nada le caía mal.

Su apariencia también había mejorado e inspiraba ahora admiración, o quizá temor o respeto, pues ya nadie lo empujaba. Todos lo trataban con deferencia. Donde iba lo dejaban pasar primero, le tenían la puerta abierta, le cedían el puesto. La epidermis se le había vuelto oscura en todo el cuerpo, salvo unos pedacitos de piel aquí y allá. De hecho, esto había eliminado las manchas negras de las cuales tanto se avergonzaba. Ahora sólo tenía unas pocas manchas blancas, que eran menos impresionantes, y aun ésas se le iban desvaneciendo poco a poco.

En cuanto a su intelecto, el desarrollo era impresionante. Poseedor de un conocimiento universal vasto, él ya no era basto. La instrucción por ósmosis le había permitido adquirir una cultura general inmensa, que tal vez por modestia nunca manifestaba. En el curso de los años se había sentado encima de miles de libros sobre los temas más diversos. Era tanta la información que había absorbido, que ya no sabía qué era lo que sabía. Si con frecuencia se le olvidaba algo, era porque se le salía momentáneamente de la mente, por falta de espacio, tan atiborrado de datos tenía el cerebro. Jamás su confianza en sí mismo había sido tan absoluta. Se creía un as en todos los campos y estaba seguro de la infalibilidad de su buen criterio, porque a la experiencia de años anteriores se le sumaba ahora la experiencia que sólo los hombres de mucha experiencia pueden tener.

Hasta en su comportamiento se notaba un progreso maravilloso. Jamás volvió a echarle en cara a alguien sus actuaciones indebidas. Se comportaba con una delicadeza digna de admiración, haciéndose el que no entendía o no se acordaba, si era necesario para no ofender. Abandonó su tendencia a obrar impulsivamente, lo cual evitó que volviera a decir cosas que después le pesaran. Su cautela era extraordinaria. Nunca se precipitaba. Prefería hacer las cosas poco a poco, en especial orinar.

La calidad de su vida había mejorado notablemente. Se acostaba después de oír el noticiero de las ocho y se levantaba muy de madrugada, con el alba (también se acostaba con Alba, señala Mohamed, refiriéndose a un episodio ocurrido décadas antes y que ahora no viene al caso). A las cuatro de la mañana Christian ya no podía dormir más. No es que durmiera menos que en años anteriores, sino que dormía más rápido, dado el aumento de su agilidad somnífera. Dentro de la casa no se quitaba el pijama, y cuando salía se vestía con la ropa más cómoda que tenía, sin dejar de ponerse alguna de sus bufandas de seda, más por costumbre que por necesidad. Desayunaba ciruelas pasas con salvado y yogur antes de echarle un vistazo al periódico. En vez de ir a la oficina a trabajar, salía a pasear todas las mañanas, lentamente, sin afán. Ya no silbaba al caminar,

pero se echaba unos pedos sonoros con el mismo buen ánimo de siempre. No obstante eso, nadie lo consideraba pedante. Todos lo encontraban simpático, a juzgar por el trato afable que le dispensaban. También a Christian le parecía simpática la humanidad. Le interesaba mucho la gente extraña, y en los días tibios se sentaba en una banca del parque y se distraía mirándola (la gente extraña, no la banca, aclara Mohamed).

Su campo de interés se había expandido considerablemente, pues mientras antes se fijaba solamente en las mujeres atractivas, ahora observaba embelesado a sus vecinos de banca en el parque, a los niños jugar, a los jardineros trabajar, a los pájaros volar, y a los perros y gatos pasar.

Nunca en su vida quiso a tanta gente y probablemente nunca hubo tanta que lo quería a él. Sus veinte nietos le habían dado 76 bisnietos, quienes junto con sus cuatro hijas sumaban justo un centenar de descendientes en línea directa. Su prole le llenaba los días de felicidad. No hubo más Christians que el hijo del pastor, pero en cambio hubo entre los bisnietos una docena de Rosas y Jacks al por mayor.

Christian continuaba disfrutando de la vida, como siempre, sólo que ahora sus placeres eran otros. Eran otros, forzosamente, porque la muerte de los amigos cambia la existencia del hombre.

Su primer amigo en perecer fue, por desgracia, su mejor amigo: su pene. Había muerto de muerte natural prematuramente, pensaba Christian, pero, por lo menos, sin sufrir. Para Christian fue un golpe doloroso del cual nunca se repuso del todo. Durante la última etapa de la vida de su viejo camarada, Christian hizo lo que pudo por levantarle el ánimo, por divertirlo un poco, mas sus esfuerzos fueron en vano. El pobrecito ya no tenía alientos para incorporarse y se mantenía agachado todo el tiempo, indiferente a los intentos de animarlo. Falleció tras un largo período comatoso, y leal al único amigo que tuvo, permaneció unido a él, colgando bajo la mata de pelo blanco, en espera del día en que sería sepultado junto con su compañero inseparable.

Desde que perdió el apoyo indispensable de su difunto amigo, Christian suspendió del todo sus visitas al *SANTO PADRE*, las cuales de todas maneras se habían vuelto muy escasas. Ahora su mayor placer era cagar. Había descubierto una interesante relación entre el colon y el miocardio: Cada vez que lograba tener una buena defecación se le alegraba el corazón. Lamentablemente, eso no ocurría sino una o dos veces por semana. No había para Christian sensación más agradable en este mundo que sentirse vacío por dentro. "Hoy se me movió el estómago", le decía a sus más íntimos, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

En esa etapa de la vida se encontraba Christian White, en pleno desarrollo físico e intelectual, cuando sufrió su primer infarto. El suceso lo sorprendió más de lo que lo asustó, y en el lecho del hospital, días después, seguía preguntándose cómo había podido pasarle semejante cosa a él.

—Tiene el corazón muy grande —indicó el médico que lo cuidaba.

"Este pendejo quiere halagarme", pensó Christian. "Que ni crea que va a sacar algo de mí" (es decir, dinero, aclara Mohamed, señalando que el médico no era cirujano).

El enfermo fue atendido como un rey durante su convalecencia. Permanentemente tenía una Rosa junto al lecho, pues sus cuatro nietas así llamadas se turnaban para no dejarlo solo ni un momento. Sus yernos lo cuidaban como a un padre, asistiéndolo en sus necesidades. Jackpot le traía y le retiraba la bacinilla plana de la cama; Jacket lo tapaba cuando sentía frío; Jackal ahuyentaba a los visitantes que pudieran incomodarlo; y Jackass lo distraía con sus chistes y graciosas anécdotas. Los nietos de Christian también acudían a verlo, a veces solos, a veces con los bisnietos. Todo el mundo fue al hospital a visitar al millonario excéntrico, algunos por amistad y otros por interés. Pero una visita en especial lo dejó perplejo. La enfermera jefe fue la que se la anunció.

—Buenos días, señor White —dijo al entrar en la pieza, temprano en la mañana—. Un amigo suyo que hace mucho tiempo no lo ve vendrá esta tarde a visitarlo.

—¿Quién?

—Un caballero de apellido Bravoleone. Es amigo suyo, ¿verdad?

Hacía más de treinta años que Christian no oía de él.

—Sí, éramos muy amigos.

—Bueno, pues llamó anoche por teléfono. No le avisé a usted porque ya era tarde. De todas maneras, dijo que se encuentra de paso por la ciudad y se enteró de que usted está en el hospital. Le envió muchos saludos y pidió que le dijera que vendrá a visitarlo hoy, alrededor de las cuatro.

La enfermera salió y Christian se quedó pensativo.

—Era mi mejor amigo de la infancia. Vivía en la casa de al lado —le dijo a la Rosa que en ese momento estaba de turno—. De grandes también fuimos amigos, pero ya no tanto.

—Se ve que estás entusiasmado con la visita.

—La verdad es que sí.

Ciertamente, estaba entusiasmado. Placido Bravoleone pertenecía a un mundo del pasado, un mundo del cual Christian se había apartado desde el momento en que ingresó en la familia de los

de Bonhomme. Podía decirse que tenía más curiosidad que anhelo de ver a su camarada de la niñez.

Diez minutos después de las cuatro de la tarde Christian estaba mirando por décima vez el reloj cuando entró en la pieza el visitante que tanto esperaba.

—¡Christian! —saludó el recién llegado.

Christian levantó la vista y cuál no sería su asombro al ver que en lugar de su amigo Placido Bravoleone, había llegado don Curzio Bravoleone, el padre de Placido. ¡Conque ése era "el caballero de apellido Bravoleone" que había llamado la noche anterior! se dijo Christian.

—Meplace verlo, señor Bravoleone—contestó Christian respetuosamente—. Nunca me imaginé que vendría a visitarme.

—Estoy en viaje de negocios, de paso solamente —precisó el otro con cara de disgustado.

—Sí. La enfermera me dio su recado. Siéntese, por favor.

Bravoleone se acomodó en la silla al borde de la cama.

—Le pregunté a alguien por ti y me contaron lo que te pasó. De veras lo siento, Christian.

—¡Oh, no es nada! Los médicos hacen toda una función por cualquier cosita. Yo me siento perfectamente bien. Si por mí fuera, me levantaba y me iba de aquí ya mismo, señor Bravoleone.

Bravoleone seguía poniendo cara de disgustado.

—Seguramente te dejarán salir dentro de un par de días —repuso en tono severo.

¿Para qué habrá venido el viejo a visitarme si le molesta tanto verme? se preguntó el enfermo.

—Sí señor. Espero que sí —asintió Christian, exhalando un suspiro de impaciencia.

—Te traje esto —dijo el otro, manteniendo el mismo tono severo, y le pasó a Christian una caja de galletas.

—Gracias, señor Bravoleone.

El viejo se puso de pie bruscamente. Parecía furioso, aunque trataba de dominarse.

—Me tengo que ir —dijo, terminando abruptamente la visita—. Espero que te mejores. Adiós.

Y dicho esto, salió a paso largo de la pieza. Christian quedó perplejo. Pobre don Curzio, se dijo, está senil.

Mientras caminaba rápidamente por el corredor del hospital, el visitante reventaba de la furia por el recibimiento frío que le había dispensado el enfermo.

—¡No quiero volver a verlo! —profirió para sí Placido Bravoleone.

X X V I I

Cuando Christian salió del hospital se sentía bien, pero, aun en su estado de permanente confusión, entendió que ya había vivido su vida. Fue entonces que tuvo la idea de convocar a todos sus conocidos a una reunión "rueda de prensa sin periodistas", la llamó él con el fin de hacer la declaración más importante de su vida.

Para la reunión contrató un salón de fiestas y organizó el evento como si se tratara de la Asamblea General de Accionistas de una gran compañía. Su intención era −en la medida que fuera posible− reunir bajo un mismo techo a toda la gente que había conocido en su vida. Además de enviar invitaciones escritas, hizo que su secretaria, Elsa Cristán (la misma Elsa Patero de soltera, ahora casada y madre manos de dos), llamara por teléfono a los gerentes y altos empleados de todas sus empresas, a sus asesores financieros y jurídicos, a sus numerosas amigas, a sus pocos amigos, a los sacerdotes más importantes de la ciudad, a sus veinte nietos y a todos sus bisnietos. A sus hijas y yernos los llamó él personalmente, así como a cada uno de los médicos con quienes en alguna ocasión consultó su problema de la piel. Fue precisamente haciendo esas llamadas que se enteró de que, con la única excepción del dermatólogo ruso Nikita Niponechkov, quien tenía cien años, quite o ponga unos meses, todos los médicos que él consultó de joven, cuando recién se le puso el pene negro, habían muerto. Resolvió entonces invitar a la reunión a las viudas de los médicos, y si éstas también habían fallecido, a sus hijos. ¿Por qué los invitaba? Ni él mismo sabía.

Es así como asistieron a la reunión el eminente neurocirujano Duit Alón, hijo del israelí Levitt Alón; Tomás MacAnudo, hijo del urólogo Tomás MacAnudo, aún más macanudo que su padre; Socorro Alvarado, hija del médico español Casimiro Alvarado; Tesuda Lanuka, yerno del sexólogo japonés Naguro Sakamoko; Mimí Koase Kakazulo, la viuda de Watanga; Evita Broncca, viuda del parapsicólogo Armando Broncca; Olga Zana, nieta de la doctora Pérez Ossa; y Noé A. Kusado, hijo del cirujano plástico que, como los otros médicos, ya se había ido de este mundo, Alex Kusado.

Más de mil quinientas personas acudieron al acto. Había muchos jóvenes aquella noche (nietos y bisnietos de Christian, en su mayoría), entre los cuales podía verse una buena cantidad de mulatos. Había también jóvenes que no eran de la familia, pues algunos invitados trajeron a sus hijos. Elsa Cristán, por ejemplo, trajo a sus hijas Esperanza y Felisa; y Esteban Dido a sus hijas Noemi, Susy, Daisy y Aña. Como era de esperar, asistieron al evento muchas de las ex amantes de Christian, ya mujeres de edad, entre ellas Mimi Mótek, Linda, algunas Anas y algunas que ya no estaban en buena salud.

La gente hablaba animadamente, haciendo conjeturas sobre los motivos que podría tener Christian White para hacer semejante reunión. Todos estaban ansiosos de escuchar la tan anunciada e importante declaración del excéntrico millonario.

¿Iría Christian a anunciar una espléndida donación? Su reputación como filántropo estaba bien establecida. Sin embargo, si convocaba a tanta gente, seguramente no era para anunciar una donación más, sino una de tal magnitud que dejaría al público con la boca abierta (Mohamed asegura que nadie se quedaría de verdad con la boca abierta).

¿Iría Christian a participar de su próximo enlace matrimonial? Se sabía que el magnate tenía debilidad por el sexo débil, y desde que Rosa murió muchas mujeres le habían echado el ojo (no le habían arrojado un ojo encima, aclara Mohamed, sólo querían casarse con él). Al fin y al cabo, a pesar de su edad y de sus excentricidades, Christian era un buen partido. ¿Con quién se iría a casar? ¿Con una decrépita billonaria cuya fortuna semejara la suya? ¿o con una afortunada jovencita?

¿Iría Christian a hablar de la misteriosa enfermedad que padecía? Todos los que conocían a Christian habían notado y comentado algunos divertidos y otros con sincera preocupación cómo se le había ennegrecido la piel con el paso de los años. La extraña metamorfosis había sido el objeto de especulaciones científicas y pseudocientíficas en varios congresos mundiales de dermatología. Muchos especialistas habían tratado a Christian sin éxito, y las autoridades más famosas del mundo se mostraban

desconcertadas ante lo que en los círculos médicos se había dado en llamar "el caso White". El hecho de que tantos dermatólogos y médicos en general estuvieran presentes en la reunión indicaba que la enfermedad de Christian podría ser el asunto que él iba a tratar.

¿Iría Christian a hacer pública su última voluntad? El testamento del magnate siempre había sido tema de animada conversación. ¿Quién habría de recibir su fortuna? ¿La familia no más? ¿La curia? ¿Una sola persona o entidad, o la gran cantidad de individuos e instituciones que constantemente se beneficiaban de su ayuda?

No faltaban quienes pensaban que había algo personal y escandaloso en las declaraciones que el hombre de las bufandas de seda se aprestaba a dar. ¿Iría Christian a revelar un secreto íntimo, celosamente guardado durante toda su vida?

La mezcla de curiosidad y tensión entre los asistentes se sentía en el ambiente. Cuando Christian subió a la tarima orientada hacia el público, un murmullo se elevó por el aire. Todas las miradas estaban fijas en él. El ruido se fue apagando poco a poco y un silencio absoluto se apoderó del recinto. Christian caminó lentamente hacia el podio que se encontraba al centro de la tarima, ajustó el ángulo del micrófono y se aclaró la voz.

Seré breve anunció, y se desplomó muerto ante los ojos atónitos de la concurrencia.

Un infarto fulminante había puesto fin a la vida de Christian White. Fue un infarto igual al que acabó con su padre, el humanista profesional, de quien no pudo haber heredado su deficiencia cardíaca. Este fin trágico-cómico, casi surrealista, difícilmente hubiera podido ser más apropiado para nuestro héroe.

White no murió blanco, sino de un color indefinido, algo entre café y gris oscuro, el mismo que tenía cuando llegó al mundo; el mismo que tanta consternación le causó a su abuelo y demás miembros de la familia; el mismo que el chiflado pero genial doctor Merlinsky creyó haber tapado para siempre. El color era parejo en toda la piel, y en el cuello que Christian siempre había cuidado de cubrir con sus bufandas, así como en el resto del cuerpo, no quedaba una mancha, ni negra ni blanca.

Esa misma noche, poco tiempo después de haber ocurrido, los boletines informativos de la radio propagaron la noticia de la muerte del millonario excéntrico. La televisión nacional abrió su Noticiero de Medianoche con esa noticia, y los diarios la publicaron al día siguiente, acompañándola de una fotografía y de extensos comentarios. Las instantáneas sacadas de los archivos de prensa eran de diferentes épocas, de suerte que en algunos periódicos Christian se veía blanco y en otros negro, según la antigüedad de la foto.

Una pequeña disputa —de la cual nadie se enteró— se produjo en la teta el seno de la familia. Las hijas de Christian querían sepultar a su padre en el cementerio, en el puesto junto a la tumba cuadrada de su esposa, pero los yernos insistieron en que el cadáver debía ser cremado (quemado, no untado de crema, aclara Mohamed). Al final se hicieron ambas cosas: El cuerpo se incineró y las cenizas fueron enterradas en el lugar que Christian se había reservado. Así, aunque nunca nadie colocara flores en la tumba de Christian, siempre habría una Rosa a su lado. Para llevar a cabo las exequias de manera convencional, se puso la cajita con las cenizas del difunto dentro de un ataúd. Igualmente dentro del ataúd se metieron todas sus bufandas de seda, su colección de anteojos de tinte rosado y el reloj de mano que había heredado de su suegro. Ninguna de las hijas ni de los yernos sabía que el reloj se adelantaba de día y se atrasaba de noche, pero era tanto el aprecio que Christian le tenía, que todos estuvieron de acuerdo en que debía ser enterrado junto con él.

Muchísima gente asistió a los funerales. La cantidad de sacerdotes católicos que había era realmente impresionante (el padre Caca Colman hizo que todo el Seminario Conciliar asistiera). Había más curas en el cementerio que en una caja de *Band-Aids*.

Colman ofició las exequias, pero fue Christian Churchill, el hijo del ya senil reverendo John Churchill, quien recitó la elegía.

—Abuelito —inició su alocución—, toda la vida nos hiciste disfrutar de tu sabiduría, de tu gran sentido del humor y de tu bondad.

Los asistentes guardaban respetuoso silencio y muchos de ellos, en especial las hijas de Christian, hacían esfuerzos por contener las lágrimas.

—Como tributo a tu legendaria generosidad, debiéramos sepultar tu cuerpo en la cima de una colina y erigir allí una iglesia—declamaba Churchill—, pero tu modestia nos obliga a sepultarte aquí, en el lugar que tú mismo escogiste, al lado de tu querida Rosa.

Ángela, la madre de Christian el orador y la hija de Christian el difunto, no pudo contener un grito de dolor. El grito que salió del corazón de aquella hija dolorida desató una ola de llanto entre los asistentes. Jacopo Bellini dejó caer *una furtiva lagrima*; Lyndon B. Jackson sollozaba tratando de conservar su compostura; El reverendo Chur**c**hill sintió un escalofrío por todo el cuerpo; el padre Juvenal Infante hacía pucheros como un chiquillo tratando de contener el llanto; pero, al igual que en el sepelio de Rosa, nadie lloraba como Jake Gutman. ¡Qué triste era el llanto del cómico! "Hasta el cielo llora", pensó Zbigniew en un destello poético, confundiendo con lluvia la gota de estiércol que un gorrioncito dejó caer sobre su cabeza.

Te fuiste de una forma inesperada, llevando a la tumba el mensaje que estuviste a punto de comunicarnos continuaba Christian Churchill con su alocución. Pero yo creo, abuelito, que el mensaje sí nos lo comunicaste. Nos lo transmitiste a lo largo de tu vida. Fue un mensaje de amor, de comprensión y de solidaridad con la humanidad. Sí, con la humanidad entera, porque tú nunca distinguiste entre etnias, razas ni religiones. Para ti, todos los seres humanos eran iguales, creados a la imagen de Dios. Dedicaste la vida a ayudar al prójimo, y lo hiciste con tal consagración como si tuvieras un mandato del cielo. Debo confesar que muchas fueron las veces que pensé que tú no eras un hombre sino un ángel.

Con aquellas palabras que expresaban lo que Fecunda toda su vida creyó y nunca se atrevió a decir, el nieto de Christian concluyó la elegía.

El entierro terminó al mediodía. La gente se retiró del camposanto comentando en voz baja las circunstancias extraordinarias de la muerte de Christian, o chismeando sobre su singular existencia. A eso de las cuatro de la tarde, cuatro de las hijas de las cuatrillizas, las cuatro Rosas, volvieron al cementerio y sembraron sobre la tumba, en la tierra recientemente removida, matas de camelias blancas. Las camelias brotaron con los días y durante un tiempo embellecieron la sepultura, cubriéndola con un manto de flores blancas; pero cuando las hijas de Christian fueron a visitar la tumba de su padre, un mes después, precisamente en el día de los inocentes, encontraron que todas las flores habían muerto. En su lugar se destacaba, gallarda pero solitaria, una espiga negra.

EPÍLOGO

¿Qué se aprestaba a decir Christian cuando cayó muerto? Los más disparatados rumores aparecieron dando respuesta a esa pregunta, pero rápidamente los rumores degeneraron en una especie de juego. Cada cual trataba de inventarse la respuesta más graciosa. Le pusieron a Christian el apodo de "el breve", en razón de sus últimas palabras, y le atribuían toda clase de dichos y hechos que nunca dijo ni hizo. De ahí no había sino un paso para llegar a los chistes. Éstos iban de boca en boca y aparecían por oleadas. "¿Qué le dijo el breve a...?", fue la primera de ellas. "¿Por qué el breve...?", fue la segunda. "¿En qué se parece el breve a...?", la tercera. Y por último, "¿Cuál es la diferencia entre... y el breve?" Hasta el día de hoy se escucha aquí y allá una anécdota del gracioso personaje. El destino quiso que Christian White no fuera recordado por su generosidad sino por su excentricidad, por su inexplicable cambio de color y por infinidad de historietas, algunas mezcla de realidad y fantasía, otras totalmente producto de la imaginación. Estas últimas fueron las más.

En cuanto a lo que Christian estuvo a punto de decir, todo quedó en el ámbito de conjeturas y especulaciones. El testamento de Christian no ayudó a dilucidar la cuestión. Escrito de su puño y letra, no tenía nada de singular: El magnate dejaba la mitad de su fortuna para obras de beneficencia y la otra mitad para sus nietos. Se saltaba a sus hijas para llegar directamente a la tercera generación, así como había hecho su abuelo Yehuda, a quien Christian no conoció y de quien nunca supo nada. Es más, por una extraordinaria coincidencia de la cual nadie podía haberse dado cuenta, las primeras palabras del testamento eran exactamente las mismas que usó su abuelo: "Bueno, pues, ya me fui".

¿Adónde se fue? Es de suponer que no se fue al infierno, pues

había absorbido mucha beatitud en los últimos años de su vida, cuando portaba la cruz, el escapulario y el rosario. Siendo que en nuestros tiempos ya le es más fácil a un rico entrar en el Reino de los Cielos que a un camello pasar por el hueco de una aguja, es posible que haya llegado allá (al cielo, señala Mohamed, no al hueco).

"Mis padres eran protestantes, pero yo me convertí y fui un buen católico," se rumora que Christian le dijo a San Pedro cuando llegó al cielo (Christian fue el que llegó al cielo; San Pedro ya estaba allá, aclara Mohamed).

Con esa declaración Christian quiso congraciarse con el venerable santo, mas sus palabras produjeron un efecto adverso.

"Comportamiento diverso", dice el anverso de tu ficha. "A veces perverso", anotaron por el reverso. ¡Vete! Yo no converso con un converso.

¿Será que en esta parte del universo sólo se habla en verso?, se preguntó Christian.

Según los entendidos, lo más probable es que el alma de nuestro héroe fue a parar al purgatorio (Mohamed, incapaz de resistir la tentación, aclara que el purgatorio no es el sitio donde se dispensan purgantes o se aplican lavativas). Libre de su cuerpo y a la vez preso del lugar, Christian tendría que sentirse constreñido en el purgatorio, como alma en pene; y con el espíritu caído, sin posibilidad de levantarlo, pues un ánima nunca se anima.

Por supuesto, nadie puede asegurar que Christian llegó al purgatorio. Como filántropo de gran corazón y empedernido fornicador, merecía tanto el cielo como el infierno. Pero, ¿no puede decirse lo mismo de todo individuo? De virtuosos y pecadores todos tenemos un poco. Christian era así, como la inmensa mayoría de los humanos: ni bueno ni malo, o mejor dicho, a la vez bueno y malo. Además, hoy en día no se sabe lo que es bueno ni lo que es malo, pues vivimos en un mundo de valores invertidos (Mohamed advierte que, en este caso, la expresión "valores invertidos" no debe tomarse en su sentido financiero).

¿Se habrá enterado Christian en el otro mundo sobre su origen? (El de él, no el del mundo a estas alturas el lector ya se habrá acostumbrado a las aclaraciones de Mohamed.) Sería lógico asumir que nadie ni ángel, diablo u otra alma le haya contado a Christian sobre sus antepasados (los de él, no los de ellos), pero... ¡quién sabe cómo funcionan las cosas allá! Tal vez las almas todo lo saben y por consiguiente no era necesario contarle nada a Christian para que se enterara.

En el reino del más allá ¿habrá conocido nuestro héroe a Yehuda Schwartz, su abuelo judío, o a Inocencio Constantino Vergara, su padre negro? ¿Qué habrá pensado Christian White al enterarse de

que, por su linaje, no era tan cristiano ni tan blanco como él se creía? Seguramente lo sintió en el alma. De todas maneras, no le quedaba otra parte en donde sentir.

La historia de Christian White es extraordinaria, pero el personaje en sí no lo era. Christian White era un hombre común y corriente. ¿Que era pintado, decís? El mundo está lleno de gente pintada. Lo que ocurre es que nosotros no nos damos cuenta. Algunos, como Christian, son pintados al nacer y crecen sin saber lo que realmente son. Otros crecen sabiéndolo. Y hay otros, todavía, que son pintados de adultos, o que se pintan ellos mismos. No sólo de blanco se pintan, por supuesto, sino de muchas clases de pintura, las cuales tienen una sola y misma finalidad: ocultar cómo es realmente el individuo.

Hay pinturas que atraen, pinturas que repelen, pinturas que tapan los humores, pinturas que esconden los defectos, pinturas que endurecen la piel... Pinturas que lo hacen ver a uno más inteligente de lo que es, más educado, más altruista… Christian estuvo de malas: la pintura mágica de Merlinsky se le fue desgastando a lo largo de su vida. En la inmensa mayoría de los casos la pintura no se cae, sino forma una capa resistente, invisible, que se mantiene fija hasta que el individuo exhala su último suspiro, y aún después de la muerte, la ilusión que produjo la pintura permanece en la memoria de los vivos, protegiendo al difunto para siempre.

Que lo sepas, ingenuo lector: ¡Las personas de quienes menos sospechas pueden ser pintadas!

Con esa última frase□que tanto da para pensar□ hubiera yo concluido esta obra, pero Mohamed insistió en que, antes de poner el punto final, tenemos el deber de prevenirte, querido lector: ¡Cuídate de la gente pintada! Veo que sonríes, como si éste fuera otro de los chistes del libro. ¿Por qué no tomas la advertencia en serio, ah? ¿De qué tetas riendo?

***

Perdona el atrevimiento, querido lector, pero mucho te agradecería si le pones una calificación a este libro (Amazon/Kindle te permite ponerle de una a cinco estrellas) y escribes brevemente un comentario.

Cordial saludo (si no te conozco) y un abrazo (si nos conocemos),
Jack